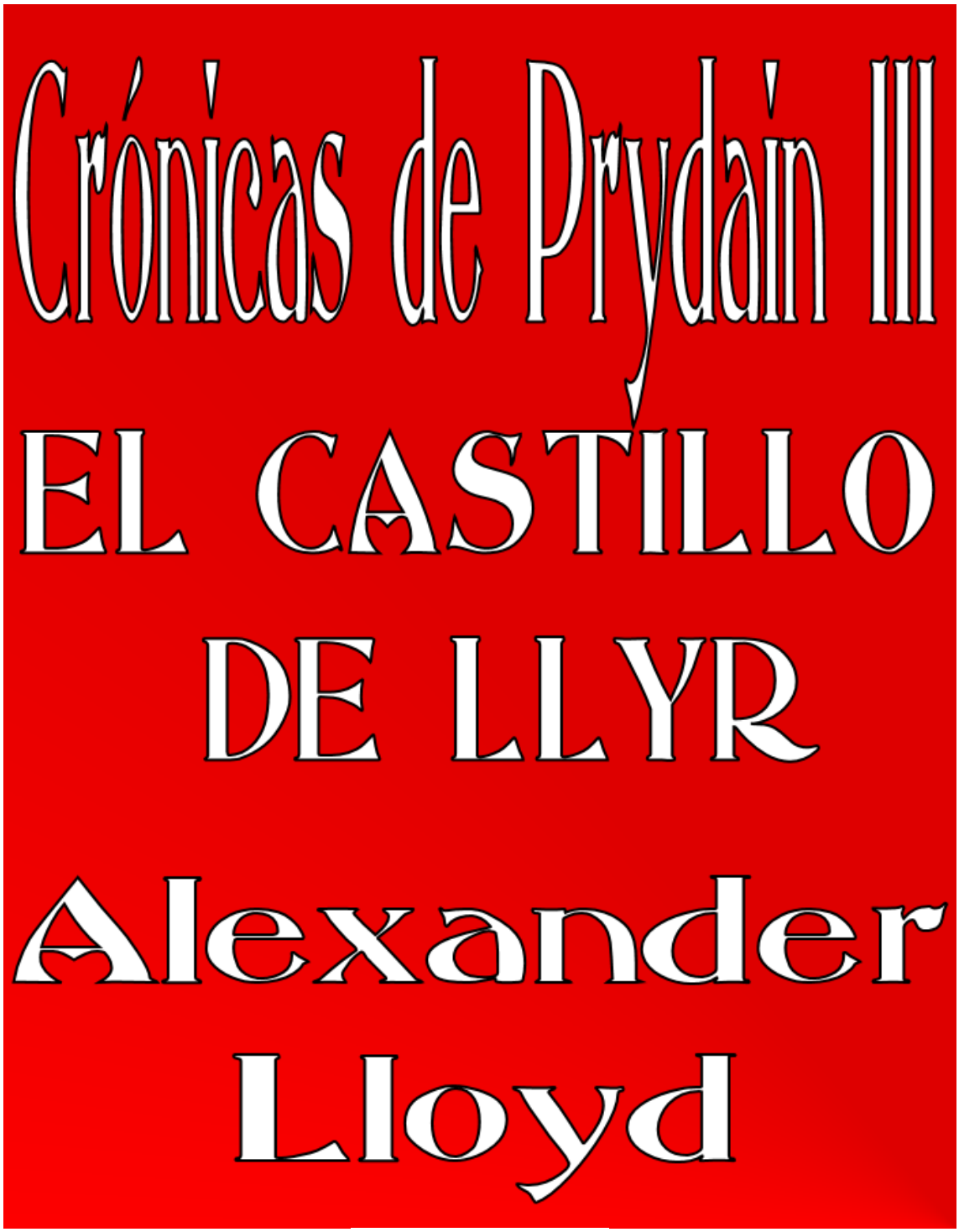
LIBROdot.com



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Nota del autor

En esta crónica de Prydain, que sigue a El Libro de los Tres y El caldero mágico, lo que le sucede a la heroína es tan importante y peligroso como la misión que debe llevar a cabo el héroe. La princesa Eilonwy, la del cabello rojo y oro, debe hacer mucho más que enfrentarse a la inevitable (y, en su opinión, absolutamente innecesaria) ordalía de convertirse en una joven dama. Tal y como le advierte Dallben, el viejo hechicero, «A cada uno de nosotros le llega el momento en el que debe ser más de lo que es». Y esto es así tanto para las princesas como para los ayudantes de porquerizo.

En cierto sentido, El castillo de Llyr es una crónica más romántica que las dos anteriores: Taran es claramente consciente de cuáles son sus sentimientos hacia Eilonwy. Y en algunos momentos incluso resulta más cómica: por ejemplo, la terrible desesperación de los compañeros cuando tienen que vérselas con el bienintencionado pero más bien inútil príncipe Rhun. El tono del relato quizá sea más agridulce que abiertamente heroico. Pero la aventura debería contener algo más aparte de los elementos típicos del cuento de hadas: una joya mágica, una reina vengativa, un castillo misterioso y rivales que aspiran a obtener la mano de la princesa. La naturaleza del género fantástico permite que ocurran cosas capaces de revelar mucho más claramente cuáles son nuestras debilidades y nuestras virtudes. Los habitantes de Prydain son figuras creadas por la fantasía; tengo la esperanza de que también resulten humanos.

Sin embargo, Prydain es un lugar totalmente imaginario. Mona, el telón de fondo donde se desarrolla El castillo de Llyr, es el antiguo nombre galés de la isla de Anglesey. Pero ese telón de fondo no ha sido trazado con la precisión de quien dibuja un mapa y, más que describirla de una forma realista, mi esperanza es haber logrado que el lector sienta cómo era la tierra de Gales y sus leyendas.

Algunos lectores quizá protesten, indignados ante el destino de varios villanos de esta historia, especialmente ante el de uno de los canallas más desagradables de todo Prydain. Creo mi deber recordarles que, aunque El castillo de Llyr, igual que los dos libros anteriores, es una crónica independiente y puede ser leída aparte de las demás, algunos de los acontecimientos que se relatan en él tienen consecuencias que llegan hasta un futuro bastante lejano. Salvo lo dicho, no voy a dar más pistas, y me limitaré a recomendarles que procuren dar muestra de una de las virtudes más difíciles de practicar: la paciencia.

1 - El príncipe Rhun

Eilonwy, la del cabello rojo y oro, la princesa Eilonwy, hija de Angharad, hija de Regat de la Casa Real de Llyr, estaba a punto de abandonar Caer Dallben. Dallben en persona lo había ordenado; y aunque el corazón de Taran se había llenado de una repentina y extraña tristeza, sabía que no servía de nada discutir las órdenes del viejo hechicero.

La mañana de primavera en que Eilonwy debía partir, Taran ensilló los caballos y los sacó del establo. La princesa, que se comportaba con una desesperada jovialidad, había recogido sus escasas pertenencias y hecho un pequeño fardo que colgaba de su hombro. Rodeaba su cuello una cadenita de la que pendía una luna creciente de plata; en su dedo llevaba un anillo muy antiguo, y en el pliegue de su capa transportaba otra de sus más preciadas posesiones: la esfera dorada que, a una orden suya, brillaba con una luz más

Librodot

potente que la de cualquier antorcha.

Dallben, cuyo rostro estaba más ceñudo que de costumbre y cuya espalda se encorvaba como si llevara una pesada carga, abrazó a la joven ante la puerta de la cabaña.

-Siempre tendrás un sitio en Caer Dallben -le dijo-, y otro sitio más grande en mi corazón. Pero, desgraciadamente, educar a una joven dama es un misterio tan grande que supera incluso a las artes de un hechicero. Y -añadió con una rápida sonrisa-, ya he tenido bastantes problemas educando a un Ayudante de Porquerizo. Te deseo un buen viaje hasta la isla de Mona -siguió diciendo Dallben-. El rey Rhuddlum y la reina Teleria son buenos y generosos. Están dispuestos a protegerte y cuidar de ti igual que si fueran tus padres, y la reina Teleria podrá enseñarte cómo ha de comportarse una princesa.

-¡Bah! -exclamó Eilonwy-. ¡No tengo ganas de ser princesa! Y dado que ya soy una joven dama, ¿de qué otra forma pueda portarme, sino como tal? ¡Eso es como pedirle a un pez que aprenda a nadar!

-Bueno -dijo sarcásticamente Dallben-, jamás he visto a un pez con las rodillas despellejadas, la ropa llena de agujeros y los pies descalzos. No creo que le favorecieran demasiado, igual que no te favorecen a ti. -Y puso suavemente su nudosa mano sobre el hombro de Eilonwy-. Niña, niña, ¿es qué no lo comprendes? A cada uno de nosotros le llega un momento en el que debe ser más de lo que es. -Se volvió hacia Taran-. Cuida bien de ella -le dijo-. Que Gurgi y tú vayáis con ella es algo que no acaba de hacerme muy feliz, pero si eso puede ayudar a que vuestra separación sea menos dura...

-La princesa Eilonwy llegará sana y salva a Mona -respondió Taran.

-Procura volver tú también sano y salvo -le dijo Dallben-. Mi corazón no estará tranquilo hasta que no lo hayas hecho.

Abrazó a la joven de nuevo y entró rápidamente en la cabaña.

Habían decidido que Coll les acompañaría hasta la embocadura del Gran Avren y volvería con los caballos a Caer Dallben. EÍ viejo y fornido guerrero, ya montado, les aguardaba pacientemente. Gurgi, siempre hirsuto, esperaba sobre su pony con el aspecto melancólico de un búho al que le duele el estómago. Kaw, el cuervo amaestrado, se había posado sobre la silla de montar de Taran y mantenía un silencio nada propio de él. Taran ayudó a Eilonwy a montar en Lluagor, su corcel favorito, y subió a la grupa de Melynlas, su caballo de crines plateadas.

El pequeño grupo dejó Caer Dallben a su espalda y partió hacia las colinas que debían atravesar para llegar hasta el Avren. Taran y Coll iban un poco por delante de los demás, y Kaw se había acomodado en el hombro de Taran.

-Nunca paraba de hablar y hablar -dijo Taran con voz lúgubre-. Bueno, al menos Caer Dallben estará más tranquilo...

-Sí -dijo Coll.

-Y no tendremos tantas preocupaciones. Siempre estaba metiéndose en líos.

-Es verdad -afirmó Coll.

-Creo que es lo mejor para todos -dijo Taran-. Después de todo, Eilonwy es una princesa de Llyr. No puede vivir igual que si fuera tan sólo una Ayudante de Porquerizo. -Muy cierto -dijo Coll, contemplando las pálidas colinas. Siguieron avanzando en silencio durante un rato. -La echaré de menos -acabó diciendo Taran, sin poderse contener, entre triste e irritado.

El viejo guerrero sonrió y se frotó su reluciente calva.

-¿Se lo has dicho?

-No..., no exactamente -tartamudeó Taran-, Supongo que tendría que habérselo dicho, ¿no? Pero cada vez que me disponía a hablarle de ello, yo... Me sentía muy raro.

Además, cuando intentas hablar seriamente con ella nunca sabes con qué observación estúpida te va a salir...

-Quizá aquello que más valoramos sea lo que más nos cuesta comprender -replicó Coll, sonriendo-. Pero cuando vuelvas tendremos muchas cosas de que ocuparnos. Ya lo verás, muchacho, no hay nada como el trabajo para hacer que un corazón turbado recobre la calma.

-Supongo que tienes razón -dijo Taran con tristeza.

A primera hora de la tarde pusieron rumbo hacia el oeste, allí donde las colinas empezaban su prolongado descenso hasta llegar al valle del Avren. Cuando coronaban el último risco, Kaw saltó del hombro de Taran y remontó el vuelo, graznando nerviosamente. Taran hizo que Melynlas apretara el paso. Cuando llegó a la cima vio bajo él la curva del gran río, más ancho aquí de lo que nunca había podido verlo. El sol arrancaba destellos al agua remansada en la bahía. Una embarcación de casco largo y esbelto se movía lentamente junto a la orilla, y a bordo de ella Taran pudo distinguir siluetas que tiraban de cuerdas para izar el cuadrado de una vela blanca.

Eilonwy y Gurgi también habían apretado el paso. Taran sintió que el corazón le daba un vuelco; y para todos los compañeros ver la bahía y el navío que aguardaba en ella fue como si una brisa del mar hubiera soplado sobre ellos trayéndoles una aguda pena. Eilonwy empezó a parlotear alegremente, y Gurgi agitó los brazos con tal frenesí que casi se cayó de la silla de montar.

-¡Sí, oh, sí! -gritó-. ¡El osado y valiente Gurgi se alegra de seguir a su bondadoso amo y a la noble princesa en el flotar y el navegar!

Bajaron por la pendiente y desmontaron junto a la orilla. Al verles llegar, los marineros colocaron una tabla a modo de pasarela que iba del barco hasta la arena. Apenas lo habían hecho, un joven subió corriendo a ella y fue hacia los compañeros con gran premura. Pero cuando solo había dado unos cuantos pasos por la oscilante pasarela perdió el equilibrio, tropezó y cayó de bruces en el agua con un sonoro chapoteo.

Taran y Coll corrieron hacia él para ayudarle, pero el joven ya había logrado ponerse en pie y estaba avanzando torpemente hacia la orilla. Tenía más o menos la misma edad que Taran, un rostro redondo como la luna, ojos azul claro y una cabellera pajiza. Llevaba una espada, y una pequeña daga ricamente adornada colgaba de su cinturón de eslabones plateados. Su capa y su jubón, bordados con oro y plata, habían quedado totalmente empapados; pero el desconocido no parecía sentir ninguna preocupación, ni por su caída ni por el lamentable estado de su ropa. Al contrario, sonreía tan alegremente como si no le hubiera ocurrido nada.

-¡Hola, hola! -gritó, agitando una mano de la que aún caía agua-. ¿Estoy viendo acaso a la princesa Eilonwy? ¡Naturalmente! ¡Tiene que ser ella!

Y, sin más preámbulos, sin tomarse ni tan siquiera el tiempo necesario para exprimir un poco su capa, hizo tal reverencia que Taran temió que el joven fuera a perder el equilibrio. Volvió a erguirse y, con voz solemne, proclamó:

-En nombre de Rhuddlum, hijo de Rhudd y de Teleria, hija de Tannwen, rey y reina de la isla de Mona, saludo a la princesa Eilonwy de la casa real de Llyr, y a..., bueno, al resto de vosotros -añadió, parpadeando a toda velocidad como si acabara de pensar en algo-. Tendría que haberos preguntado cuáles eran vuestros nombres antes de empezar.

Taran, sorprendido y un tanto molesto ante una conducta tan peculiar, dio un paso hacia adelante y se encargó de presentarle a los compañeros. El joven le interrumpió antes de que pudiera preguntarle su nombre.

-¡Espléndido! Tenéis que volver a presentaros después, uno por uno, si no quizá me olvide de vuestros nombres... Oh, veo que el capitán nos está haciendo señas. Estoy seguro de que debe tratarse de algo relacionado con las mareas. Siempre anda preocupado por ellas... Es la primera vez que dirijo una expedición -siguió diciendo con

Librodot

orgullo-. Es sorprendentemente fácil. Lo único que debes hacer es decirle a los marineros...

-Pero ¿quién sois? -le preguntó Taran, perplejo.

El joven le miró, pestañeando.

-Oh, ¿no os lo he dicho? Soy el príncipe Rhun.

-¿El príncipe Rhun? -repitió Taran con incredulidad.

-Cierto, cierto -respondió Rhun sonriéndole afablemente-. El rey Rhuddlum es mi padre; y, naturalmente, la reina Teleria es mi madre. ¿Qué os parece si vamos embarcando? No me gustaría poner nervioso al capitán; realmente se preocupa mucho por esas mareas...

Coll abrazó a Eilonwy.

-Creo que cuando volvamos a verte no te reconoceremos -le dijo-. Serás una princesa soberbia.

-¡Quiero que me reconozcan! -gritó Eilonwy-. ¡Quiero ser yo!

-No temas -le dijo Coll, guiñándole el ojo. Se volvió hacia Taran-. Y tú, muchacho... Adiós. En cuanto vayas a regresar, manda a Kaw para que me avise y te recibiré en la bahía de Avren.

El príncipe Rhun le ofreció su brazo a Eilonwy y la ayudó a cruzar la pasarela. Gurgi y Taran les siguieron. Taran, que ya se había formado cierta opinión sobre la agilidad de Rhun, no quitó ojo a la princesa hasta que Eilonwy se encontró sana y salva a bordo de la nave.

La embarcación era sorprendentemente espaciosa y bien provista. La cubierta, bastante larga, tenía a cada lado bancos para los remeros. En la popa se alzaba una gran estructura en forma de cuadrado, coronada por una plataforma.

Los marineros hundieron sus remos en el agua y llevaron la nave hasta el centro del río. Coll les siguió, trotando a lo largo de la orilla y saludándoles con la mano. La embarcación dobló una curva del río, que seguía haciéndose cada vez más ancho, y el viejo guerrero desapareció. Kaw se había posado en la punta del mástil: la brisa silbaba por entre sus plumas y estaba agitando las alas con tanto orgullo que más parecía un gallo negro que un cuervo. La distancia hizo que la orilla fuera volviéndose gris, y la embarcación avanzó hacia el mar.

Su primer encuentro con Rhun había logrado dejarle perplejo y vagamente irritado, pero Taran ya estaba empezando a desear no haber conocido al príncipe. Taran había tenido intención de hablar a solas con Eilonwy, pues había muchas cosas que su corazón anhelaba contarle. Pero cada vez que lo intentaba, el príncipe Rhun parecía surgir de la nada, con su redondo rostro iluminado por una sonrisa jovial, gritando «¡Hola, hola!», un saludo que Taran iba encontrando más irritante con cada nueva repetición.

En una ocasión el príncipe de Mona fue corriendo hacia los compañeros para mostrarles un gran pez que había capturado, lo cual encantó a Eilonwy y a Gurgi, pero no a Taran; pues un instante después Rhun concentró su atención en alguna otra cosa y partió a la carrera, dejando a Taran con el mojado y escurridizo pez entre las manos. Y en otra ocasión el príncipe se inclinó sobre la borda para señalarles un grupo de delfines, y estuvo a punto de que se le cayera la espada al mar. Por suerte Taran logró cogerla antes de que el arma se perdiera para siempre.

Cuando estuvieron en alta mar, el príncipe Rhun decidió encargarse del timón: Pero apenas lo hubo cogido éste se le escapó de entre los dedos. Rhun intentó dominarlo, y la embarcación empezó a oscilar y a saltar con tal violencia que Taran se vio arrojado contra la borda. Un tonel de agua se soltó de sus ataduras y empezó a rodar por la cubierta, la vela se agitó locamente ante el repentino cambio de curso y toda una hilera de remos casi se partió en dos antes de que el timonel lograra quitarle el timón de las manos al príncipe, que seguía decidido a aprender su manejo. El doloroso bulto que apareció en la cabeza de Taran no hizo nada por aumentar su estima hacia las

Librodot

habilidades marineras del príncipe Rhun.

Aunque el príncipe no hizo más intentos de dirigir la nave, trepó a lo alto de la plataforma y, una vez allí, se dedicó a darle órdenes a la tripulación.

-¡Sujetad bien la vela! -gritó alegremente-. ¡Mantened el rumbo!

Aunque nunca había navegado, Taran se dio cuenta de que la vela ya estaba más que sujeta y la embarcación avanzaba siguiendo un rumbo inalterable; y no tardó en percibir que los marineros, sin decir nada, se ocupaban tranquilamente de sus tareas y de mantener la buena marcha de la nave, no prestando ni la más mínima atención a lo que les gritaba el príncipe.

A Taran le dolía la cabeza a causa del chichón; su jubón seguía desagradablemente húmedo y olía a pescado, y cuando por fin tuvo ocasión de hablar con Eilonwy su estado de ánimo no era el más adecuado para tal conversación.

-¡Príncipe de Mona! Ya... -farfulló-. No es más que un..., un aspirante a príncipe, un crío torpe, un cabeza de chorlito. ¿Y afirma dirigir la expedición? Si los marineros obedecieran sus instrucciones no tardaríamos en encallar. Nunca he gobernado una nave, pero no me cabe duda de que podría hacerlo mejor que Rhun. Jamás había visto a nadie tan bobo como él.

-¿Bobo? -respondió Eilonwy-. Bueno, sí, a veces da la impresión de que no es muy espabilado. Pero estoy segura de que obra impulsado por una buena intención, y creo que posee un gran corazón. De hecho, creo que es bastante agradable.

-Sí, ya me lo imaginaba -replicó Taran, aún más irritado por las palabras de Eilonwy-. Y todo porque te ofreció el brazo para que te apoyaras en él, ¿no? Un gesto galante y de lo más principesco... Tuviste suerte de que no te hiciera caer al agua.

-Bueno, por lo menos supo mostrarse cortés -observó Eilonwy-, lo cual es algo que no suele darse con frecuencia en los Ayudantes de Porquerizo.

-Ayudante de Porquerizo... -dijo secamente Taran-. Sí, ése es mi destino. Nací para ser Ayudante de Porquerizo, igual que el principito de Mona nació teniendo ese rango. Es hijo de un rey y yo..., yo ni tan siquiera sé quiénes eran mis padres.

-Bueno -dijo Eilonwy-, no puedes culpar a Rhun por haber nacido, ¿verdad? Quiero decir que podrías culparle de ello pero no te serviría de nada. Sería igual que dar patadas a una roca con el pie descalzo.

Taran lanzó un bufido.

-Estoy seguro de que esa espada que lleva al cinto pertenece a su padre y estoy seguro de que nunca la ha utilizado para nada que no sea asustar a un conejo. Al menos yo me he ganado el derecho a llevar la mía. Y aun así sigue llamándose príncipe... ¿Es que le basta con nacer para ser digno de su rango? ¿Crees que vale tanto como Gwydion, hijo de Don?

-El príncipe Gwydion es el mejor guerrero de toda Prydain -replicó Eilonwy-. No puedes esperar que todo el mundo sea como él. Y tengo la impresión de que si un Ayudante de Porquerizo hace todo lo que está en su mano y un príncipe también, no hay ninguna diferencia entre ellos.

-¡Ninguna diferencia! -exclamó Taran, irritado-. ¡Ya veo que tienes una gran opinión de Rhun!

-Taran de Caer Dallben, realmente creo que estás celoso -declaró Eilonwy-. Y que estás compadeciéndote de ti mismo. Y eso es tan ridículo como..., como pintarte la nariz de verde.

Taran no dijo nada más; se dio la vuelta y se dedicó a contemplar las olas con expresión hosca.

Para empeorar las cosas, el viento se hizo más fuerte, el mar acabó encrespándose y Taran descubrió que apenas si era capaz de conservar el equilibrio. La cabeza le daba vueltas, y temía que la embarcación pudiera acabar hundiéndose. Eilonwy, pálida como una muerta, se aferraba a la borda.

Librodot

Gurgi gimoteaba, lanzando terribles aullidos.

-;Ay, mi pobre y tierna cabeza está llena de giros y mareos! A Gurgi ya no le gusta este barco. ¡Gurgi quiere ir a casa!

El príncipe Rhun parecía encontrarse estupendamente. Comía con gran apetito y se mostraba extremadamente animado, mientras que Taran, enfermo y miserable, yacía acurrucado y cubierto por su capa. El mar no se calmó hasta el ocaso y cuando cayó la noche Taran agradeció mucho el que la embarcación atracara en una cala de aguas tranquilas. Eilonwy sacó de su equipaje la esfera dorada. Nada más tenerla en sus manos la esfera empezó a relucir y sus rayos hicieron brillar las oscuras aguas.

-Oh, ¿qué es eso? -exclamó el príncipe Rhun, que había bajado de su plataforma, -Es mi juguete -dijo Eilonwy-. Siempre lo llevo conmigo. Nunca se sabe cuándo puede resultar útil.

-¡Asombroso! -gritó el príncipe-. Jamás había visto nada igual. -Examinó cuidadosamente la esfera dorada, pero apenas la tomó en sus manos la luz dejó de brillar. Rhun alzó los ojos, muy preocupado-. Me temo que la he roto.

-No -le tranquilizó Eilonwy-. No todo el mundo puede hacerla funcionar, eso es todo.

-¡Increíble! -dijo Rhun-. Tienes que enseñársela a mis padres. Ojalá tuviéramos unas cuantas esferas como ésa repartidas por el castillo.

Rhun le devolvió la esfera a Eilonwy después de una última ojeada llena de curiosidad. Insistió en que la princesa debía dormir cómodamente en su cama y se preparó un lecho entre un montón de cordajes. Gurgi se hizo una bola cerca de él mientras que Kaw, sin hacer caso de las llamadas de Taran, quien le pedía que abandonara el mástil, siguió en la punta de éste. Rhun se durmió en seguida y empezó a roncar de forma tan estruendosa que Taran, llegando a los límites de su paciencia, decidió tumbarse en la cubierta tan lejos del príncipe como le fuera posible. Cuando por fin logró quedarse dormido, soñó que los compañeros seguían en Caer Dallben y que nunca habían salido de allí.

2 - Dinas Rhydnant

El paso de los días hizo que el humor de Taran mejorara. Los compañeros acabaron acostumbrándose a los movimientos de la nave; las atmósfera estaba siempre limpia, fresca y olía a sal, y Taran podía sentir en sus labios el sabor de las olas. El príncipe Rhun se pasaba el tiempo subido a su plataforma, gritando órdenes a las que la tripulación no hacía caso, y los compañeros mataban las horas echándole una mano a los marineros. Tal y como le había profetizado Coll, el trabajo logró calmar poco a poco el turbado corazón de Taran, pero, aun así, había momentos en los que recordaba el propósito de aquel viaje y deseaba que nunca llegara a su fin.

Taran acababa de enrollar una cuerda cuando Kaw se dejó caer del mástil y empezó a revolotear a su alrededor, graznando como un loco. Un instante después el vigía gritó anunciando haber divisado tierra. El príncipe Rhun les dijo a los compañeros que subieran a la plataforma y éstos se apresuraron a trepar por ella. Taran vio las colinas de Mona, bañadas por el amanecer, que asomaban en el horizonte. La embarcación se fue acercando al puerto de Dinas Rhydnant, con sus atracaderos y muelles, su rompeolas de piedra y sus grupos de naves. Abruptos acantilados se alzaban casi junto a las aguas, y en el más alto de ellos había un gran castillo desde el que se veían los estandartes de la casa de Rhuddlum, que crepitaban movidos por la brisa.

La embarcación se deslizó hasta el muelle; los marineros arrojaron las cuerdas de amarre y saltaron a tierra. Los compañeros, con el príncipe Rhun a la cabeza, fueron escoltados hasta el castillo por filas de guerreros que les rindieron honores con sus lanzas.

Pero ni tan siquiera aquel breve trayecto pudo terminar sin incidente. El príncipe de

Mona desenvainó su espada para devolver el saludo que le había hecho el Capitán de la Guardia y blandió el arma con un floreo tan exagerado que su punta se enganchó en la capa de Taran.

-Oh, cómo lo siento... -exclamó Rhun, examinando con gran curiosidad el profundo desgarrón de la tela causado por su hoja.

-Yo también lo siento, príncipe de Mona -murmuró Taran, enfadado con Rhun y preocupado ante la mala impresión que su capa rota causaría en el rey y la reina.

No dijo nada más, pero apretó los labios y deseó con todas sus fuerzas que los reyes no se dieran cuenta del desperfecto. El cortejo entró por las puertas del castillo y llegó a un gran patio. «¡Hola, hola!», gritó alegremente el príncipe Rhun, y corrió hacia sus padres, que le estaban esperando. El rey Rhuddlum tenía la misma cara redonda y jovial que el príncipe Rhun. Saludó cordialmente a los compañeros, repitiendo las mismas palabras un montón de veces. No dio señal alguna de haberse fijado en el desgarrón de la capa de Taran, lo cual sólo consiguió aumentar la incomodidad de éste, y cuando acabó de hablar la reina Teleria fue hacia ellos.

La reina era una mujer robusta y de expresión afable, y vestía un holgado traje blanco; una tiara dorada ceñía su cabellera, que tenía el mismo color pajizo que la del príncipe Rhun. Cubrió de besos a Eilonwy, abrazó al todavía preocupado Taran y dio un respingo de sorpresa cuando vio a Gurgi, pero acabó abrazándole también.

-Bienvenida, hija de Angharad -dijo la reina Teleria, volviéndose hacia Eilonwy-. Tu presencia honra..., niña, deja de moverte todo el rato, estate quieta..., tu presencia honra a nuestra casa. -Y, de repente, se calló y cogió a Eilonwy por los hombros-. ¡Llyr bendito! -exclamó-. ¿De dónde has sacado esas ropas tan horribles? Sí, ya iba siendo hora de que Dallben te dejara salir de ese miserable agujero suyo perdido en mitad de los bosques...

-¡Miserable agujero! -gritó Eilonwy-. Amo Caer Dallben. Y Dallben es un gran hechicero.

-Exactamente -dijo la reina Teleria-. ¡Está tan ocupado arrojando hechizos y encantamientos que te ha dejado crecer igual que si fueras un hierbajo! -Se volvió hacia el rey Rhuddlum-. ¿No crees que tengo razón, querido?

-Cierto, cierto, igual que un hierbajo -dijo el rey, contemplando a Kaw con gran interés.

El cuervo tensó las alas, abrió el pico y chilló «¡Rhuddlum!», lo cual pareció dejar inmensamente complacido al rey.

Mientras tanto, la reina Teleria había estado examinando atentamente a Taran y a Gurgi.

-¡Oh, fijaos en esa capa rota! Necesitáis urgentemente ropa nueva -afirmó-. Jubones nuevos, sandalias nuevas, de todo... Por suerte nuestro castillo dispone de un zapatero excelente. Iba de paso..., venga, querido, no hagas mohines o te saldrán arrugas..., pero hemos conseguido darle tanto trabajo que aún está aquí, haciendo zapatos. Nuestro gran mayordomo se ocupará de vosotros. ¿Magg? -gritó-. ¿Magg? ¿Dónde está Magg?

-Aquí y a vuestras órdenes -respondió el gran mayordomo, que había permanecido durante todo ese tiempo a unos centímetros del codo de la reina Teleria. Llevaba una de las capas más hermosas que Taran hubiera visto nunca, y la riqueza de sus bordados casi superaba a la de los que adornaban los atuendos del rey Rhuddlum. Magg sostenía en su mano una vara de madera más alta que él, de su cuello colgaba una pesada cadena de plata y en su cinturón se veía un enorme aro de hierro del que había suspendidas llaves de todas las clases y tamaños-. Todo está preparado -dijo Magg, haciendo una gran reverencia-. Ya había previsto cuál sería vuestra decisión. El zapatero, los sastres y el tejedor están listos para empezar a trabajar.

-¡Estupendo! -exclamó la reina Teleria-. Bien, en primer lugar la princesa y yo iremos a los telares, y Magg os enseñará vuestros aposentos.

Librodot

Magg hizo una reverencia aún más pronunciada que la anterior y señaló hacia adelante con su vara. Taran siguió al gran mayordomo a través del patio con Gurgi pisándole los talones, cruzó el umbral de un gran edificio de piedra y fue por un pasillo de techo abovedado. Al final de éste había una puerta abierta: Magg apuntó hacia ella con su vara y se retiró en silencio.

Taran entró en la habitación. La estancia era pequeña pero cómoda y bien ventilada, y estaba iluminada por el sol que penetraba a través de un angosto ventanal. El suelo estaba cubierto de hierbas aromáticas y en una esquina había un catre cubierto de paja. Taran apenas si había tenido tiempo de quitarse la capa, cuando la puerta se abrió repentinamente y una cabeza cubierta de un revuelto cabello rubio asomó por el hueco,

-¡Fflewddur Fflam! -gritó Taran, sorprendido y complacido al ver de nuevo a su amigo, ausente desde hacía tanto tiempo-. ¡Qué gran alegría!

El bardo agarró la mano de Taran y empezó a sacudirla con todas sus fuerzas, propinándole ruidosas palmadas en el hombro. Kaw aleteaba sin parar mientras que Gurgi hacía piruetas, gritaba a pleno pulmón y abrazaba a Fflewddur por entre un diluvio de ramitas, hojas y vello.

-¡Bien, bien, bien! -dijo el bardo-. ¡Desde luego, ya iba siendo hora de que aparecieras! Te he estado esperando. Pensé que no llegarías nunca.

-¿Cómo se te ha ocurrido presentarte aquí? -preguntó Taran, que estaba empezando a recuperar el aliento-. ¿Cómo sabías que debíamos venir a Dinas Rhydnant?

-Oh, no he podido evitarlo -respondió el bardo, radiante de placer-. Últimamente no se ha hablado de nada más que no fuera la princesa Eilonwy. Y, por cierto, ¿dónde está? Debo verla inmediatamente para presentarle mis respetos. Tenía la esperanza de que Dallben te haría venir para acompañarla. ¿Cómo está? ¿Y cómo está Coll? Veo que te has traído a Kaw. ¡Por el gran Belin, hace tanto tiempo que no os veo que debo ponerme al día!

-Pero, Fflewddur -le interrumpió Taran-, de entre todos los sitios posibles, ¿qué te ha hecho venir a Mona?

-Bueno, no es muy largo de contar -dijo el bardo-. Decidí probar en serio con eso de ser rey. Y así lo hice, durante casi un año. Pero entonces llegó la primavera, la estación en que los bardos nos dedicamos a vagabundear y a cantar, y estar encerrado en palacio empezó a parecerme insoportable, mientras que el aire libre tiraba de mí, y antes de que pudiese darme cuenta de lo ocurrido ya me había marchado. Nunca había visitado Mona, así que tenía una excelente razón para venir, ¿no crees? Llegué a Dinas Rhydnant hace una semana. El navío ya había partido para ir a buscaros. De lo contrario, puedes estar bien seguro de que habría embarcado en él.

-Y puedes estar seguro de que habríamos disfrutado más con tu compañía que con la del principito de Mona -dijo Taran-. Suerte tuvimos de que ese bobo de alta cuna no lograra hacernos chocar con un arrecife y hundirnos en plena marea baja, pero ¿y Doli? -le preguntó-. Le he echado de menos tanto como a ti.

-Ah, el viejo Doli... -El bardo se rió, meneando su amarilla cabeza-. Intenté encontrarle nada más ponerme en marcha, pero parece haberse vuelto invisible: está con sus parientes en el reino del Pueblo Rubio. -Fflewddur suspiró-. Me temo que nuestro buen enano ha perdido el amor por la aventura. Logré. mandarle un mensaje, pensando que quizá deseara acompañarme para divertirse un poco, y él a su vez me mandó otro mensaje de respuesta. Lo único que decía era: «¡Humph!».

-Tendrías que haber venido a recibirnos al puerto -dijo Taran-. Saber que estabas aquí me habría animado mucho.

-Ah... Sí, pensaba hacerlo -contestó Fflewddur con cierta vacilación-, pero creí que sería mejor esperar y darte una sorpresa. Además, estaba muy ocupado haciendo los últimos retoques a una canción que he compuesto sobre la llegada de la princesa. Quizá no esté bien que lo diga, pero me ha quedado impresionante, y se nos menciona a todos,

con gran cantidad de hazañas y hechos heroicos.

-¿A Gurgi también? -preguntó Gurgi.

-Por supuesto. Esta noche os la cantaré desde el principio hasta el final.

Gurgi gritó y empezó a dar palmadas.

-¡Oh, Gurgi apenas si puede esperar a oír esos acordes y discordes!

-Te aseguro que los oirás a su debido tiempo, viejo amigo -le tranquilizó el bardo-. Pero, como podéis imaginaros, no disponía de un momento libre para unirme al cortejo de bienvenida y...

Una cuerda de su arpa se partió en dos.

Fflewddur se quitó del hombro su amado instrumento y lo contempló melancólicamente.

-Ya empezamos otra vez... -suspiró-. Estas malditas cuerdas siempre tienen que partirse cada vez que..., ejem, cada vez que adorno un poco la verdad. Y, en este caso, la verdad es la siguiente: no fui invitado.

-Pero si todas las cortes de Prydain le rinden honores a un bardo del arpa -dijo Taran-. ¿Cómo es posible que se les pasara por alto...?

Fflewddur alzó la mano.

-Cierto, cierto -dijo-. Esta corte me ha rendido honores, y no tengo ninguna queja al respecto. Pero eso fue antes de que se enteraran de que no soy un auténtico bardo. Después de eso..., bueno, me trasladaron a los establos -confesó.

-Tendrías que haberles dicho que eres rey -replicó Taran.

-No, no -dijo Fflewddur, meneando la cabeza-. Cuando soy bardo soy bardo; y cuando soy rey..., bueno, eso no tiene nada que ver. Jamás se me ocurriría mezclar ambas cosas. El rey Rhuddlum y la reina Teleria son dos personas realmente encantadoras -siguió diciendo-. Lo de los establos fue cosa del gran mayordomo.

-¿Estás seguro de que no hubo ningún error? -le preguntó Taran-. Por lo poco que he visto de él, creo que desempeña sus deberes a la perfección.

-Quizá demasiado bien, si quieres mi opinión al respecto -dijo Fflewddur-. No sé cómo logró enterarse de en qué punto había dejado mis estudios de bardo, y antes de que pudiera darme cuenta... ¡a los establos! La verdad, creo que odia la música. Es sorprendente la cantidad de gente que he llegado a conocer que, por una razón u otra, no soporta a los arpistas.

Taran oyó unos golpes secos en la puerta. Era Magg, acompañado por el zapatero, un hombre callado y de expresión humilde que permanecía unos pasos por detrás de él.

-No es que eso me moleste -susurró Fflewddur-. Es decir -añadió mirando de soslayo su arpa-, no me molesta más de lo que puedo aguantar sin perder la calma. - Volvió a echarse el instrumento a la espalda-. Sí, bien, como te estaba diciendo, tengo que ir en busca de la princesa Eilonwy. Ya nos veremos luego. En los establos, si no te importa. Allí podrás oír mi nueva canción. -Y, con una mirada feroz dirigida a Magg, Fflewddur salió de la habitación.

El gran mayordomo, que no se había fijado en esa mirada de irritación, le hizo una reverencia a Taran.

-Tal y como ordenó la reina Teleria, vos y vuestro compañero tendréis ropa y zapatos nuevos. El zapatero se encargará de satisfacer vuestros deseos.

Taran tomó asiento en un escabel de madera y en cuanto Magg salió de la habitación el zapatero fue hacia él. Su cuerpo estaba encorvado por la edad, y su ropa estaba casi destrozada. Un trapo sucio le rodeaba la cabeza y guedejas de cabello canoso caían casi hasta sus hombros. De su cinturón colgaban leznas, cuchillos de formas extrañas y correas. Se arrodilló ante Taran, abrió un gran saco y metió la mano en él para sacar unas cuantas tiras de cuero que fue esparciendo por el suelo. Contempló sus hallazgos con los ojos medio cerrados, cogiendo primero una y después otra para acabar arrojándolas a un lado.

-Debemos usar lo mejor, lo mejor -graznó, con una voz muy parecida a la de Kaw- . Tiene que ser lo mejor. Ir bien calzado es haber hecho ya la mitad del viaje. -Se rió-. Una gran verdad, ¿eh? ¿No es así, Taran de Caer Dallben?

Taran dio un respingo de sorpresa. La voz del zapatero había sufrido una brusca transformación. Taran contempló al anciano, que había escogido por fin un trozo de cuero y estaba dándole forma con diestros golpes de un cuchillito curvado. El zapatero, su rostro tan marrón como el material que utilizaba, estaba mirándole fijamente.

Gurgi parecía a punto de gritar. El zapatero se llevó un dedo a los labios.

Taran, confundido, se arrodilló apresuradamente ante el zapatero.

-Gwydion, mi señor...

Los ojos de Gwydion brillaron con un fugaz destello de placer, pero su rostro siguió serio y ceñudo.

-Óyeme bien -le dijo rápidamente en voz baja-. Si nos interrumpen ya encontraré alguna forma de hablar contigo más tarde. No le digas a nadie quién soy. Hay algo que debes saber: la vida de la princesa Eilonwy corre peligro. -Y añadió-: Y la tuya también.

3 - El zapatero

Taran palideció. Su cabeza seguía dando vueltas por el efecto de ver al príncipe de Don disfrazado de zapatero, y las palabras de Gwydion le habían dejado aún más confundido.

-¿Nuestras vidas corren peligro? -se apresuró a preguntarle-. ¿Cómo, es que la mano de Arawn de Annuvin puede llegar incluso a Dinas Rhydnant?

Gwydion le hizo una seña a Gurgi para que montara guardia junto al umbral y se volvió nuevamente hacia Taran.

-No -dijo Gwydion con un seco gesto de su cabeza-. Aunque la destrucción del Caldero Negro ha hecho posible que la ira de Arawn se convirtiese en una furia salvaje, la amenaza no viene de Annuvin.

Taran frunció el ceño.

-Entonces, ¿de quién se trata? En todo Dinas Rhydnant no hay nadie que nos desee mal alguno. No me estaréis insinuando que el rey Rhuddlum o la reina Teleria...

-La casa de Rhuddlum siempre ha sido amiga de los hijos de Don y de Math, nuestro Gran Rey -replicó Gwydion-. No, Taran de Caer Dallben, tienes que mirar en otra dirección.

-Pero ¿quién desearía hacerle daño a Eilonwy? -le preguntó Taran con voz apremiante-. Todos saben que se encuentra bajo la protección de Dallben.

-Hay una persona capaz de enfrentarse a Dallben -dijo Gwydion-. Una persona contra la cual quizá mis propios poderes no sean bastante defensa, y a la que temo tanto como al mismísimo Arawn. -El rostro de Gwydion estaba muy tenso y sus verdes ojos centellearon con una inmensa ira cuando pronunció una sola y áspera palabra-: Achren.

Taran sintió que se le helaba el corazón.

-No -murmuró-. No. Esa maligna hechicera ha muerto.

-Eso creía también yo -respondió Gwydion-. No es cierto. Achren vive.

-¡Pero no ha reconstruido el Castillo Espiral! -exclamó Taran, mientras que su mente volvía a la mazmorra donde Achren le había tenido prisionero.

-El Castillo Espiral sigue en ruinas, tal y como estaba cuando saliste de él -dijo Gwydion-, y las ruinas ya están empezando a cubrirse de hierba. Y Oeth-Anoeth, el lugar donde Achren me habría dado muerte, tampoco existe ya. He ido a esos sitios y los he visto con mis propios ojos.

»Debes saber que llevo mucho tiempo pensando en cuál fue su destino -siguió diciendo Gwydion-. Achren no ha dado ni la más mínima señal de vida, igual que si se la hubiera tragado la tierra. Eso me inquietaba y turbaba profundamente mi corazón, y

jamás he dejado de buscar alguna huella suya.

«Finalmente, logré encontrar esas huellas -dijo Gwydion-. Eran tan débiles como palabras susurradas al viento, rumores sorprendentes que, al principio, me parecieron tan sólo frutos de la imaginación. Un acertijo insensato para el que no hay respuesta... Quizá haría mejor hablando de una respuesta sin acertijo -siguió diciendo Gwydion-, y descubrir parte de ese acertijo requirió duros esfuerzos y penosos viajes. Ay, por desgracia sólo descubrí una parte de él.

Gwydion bajó la voz. Mientras hablaba, sus manos seguían trabajando en la sandalia a medio terminar.

-Esto es lo que he descubierto: después de que el Castillo Espiral se convirtiera en ruinas, Achren se esfumó. Al principio creí que habría buscado refugio en el reino de Annuvin, pues vivió allí largo tiempo como consorte de Arawn, y lo cierto es que Arawn consiguió su poder gracias a ella, cuando era Achren quien gobernaba todo Prydain.

»Pero Achren no había ido allí. Quizá temiese la ira de Arawn, pues había dejado que la espada Dyrnwyn se le escurriera de entre los dedos, y no había logrado arrebatarme la vida. Quizá no osaba enfrentarse a él después de haber sido superada en ingenio por una joven y un Ayudante de Porquerizo. No lo sé con seguridad. Fuera lo que fuese, huyó de Prydain y desde en ronces ningún hombre sabe qué ha sido de ella. Con todo, saber que está viva ya es causa suficiente para sentir miedo.

-¿Creéis que está en Mona? -le preguntó Taran-. ¿Buscará vengarse de nosotros? Pero cuando escapó de Achren, Eilonwy no era más que una niña; no comprendió nada de lo que hizo.

-No importa que lo comprendiera o que actuara inconscientemente: cuando sacó a Dyrnwyn del Castillo Espiral, Eilonwy hizo que Achren sufriera su más terrible derrota - dijo Gwydion-. Achren no perdona ni olvida. -Frunció el ceño-. Temo que ande detrás de Eilonwy, y no sólo por venganza. Tengo la sensación de que hay algo más aparte de eso. Aún no puedo saber de qué se trata, pero debo descubrirlo en seguida. Quizá estén en juego más cosas que la vida de Eilonwy.

-Si Dallben hubiese dejado que se quedara con nosotros... -dijo Taran, muy preocupado-. Él también debía saber que Achren estaba viva. ¿No comprendió que Eilonwy correría peligro apenas dejara de encontrarse bajo su protección?

-Dallben tiene una gran mente y no siempre soy capaz de llegar hasta el fondo de sus planes -dijo Gwydion-. Sabe muchas cosas, pero es más lo que presiente de lo que revela a los demás. -Gwydion dejó su lezna, cogió una correa de cuero y empezó a coserla a la sandalia-, Dallben me avisó de que la princesa Eilonwy iría a Mona y me aconsejó que estuviera atento a lo que suceda en este sitio, y también me contó otras cosas. Pero es mejor que no hablemos de ellas por el momento.

-No puedo quedarme sentado sin hacer nada mientras que Eilonwy corre peligro - insistió Taran-. ¿No hay forma alguna de que pueda ayudarte?

-La mejor ayuda que puedes prestarme es mantenerte callado -le respondió Gwydion-. Observa cuanto ocurra a tu alrededor. No hables de mí ni hagas ningún comentario sobre nuestra conversación, ni con la princesa Eilonwy ni tan siquiera con Fflewddur. -Sonrió-. Nuestro buen bardo me vio en los establos y, por suerte, no me reconoció. Mientras tanto...

Antes de que el príncipe de Don pudiera terminar la frase, Gurgi empezó a agitar los brazos para avisarles. Oyeron pasos que se acercaban por el pasillo, y Gwydion se concentró rápidamente en la tarea de terminar las sandalias.

-¡Hola, hola! -exclamó el príncipe Rhun, entrando en la habitación-, Ah, zapatero, estás aquí... ¿Has terminado tu trabajo? Oh, hay que reconocer que son preciosas, ¿verdad? -dijo, con templando las sandalias-. Asombrosamente bien hechas. No me disgustaría nada tener un par. Oh... Mi madre quiere verte en la Gran Sala -añadió,

volviéndose hacia Taran.

El rostro de Gwydion se había cubierto repentinamente de surcos y arrugas; sus hombros estaban encorvados y su voz temblaba bajo el peso de la edad.

-Venid conmigo, joven príncipe -dijo Gwydion, haciéndole una seña a Rhun y apartando los ojos de Taran-, Tendréis unas sandalias adecuadas a vuestro rango.

Taran salió rápidamente de la habitación y corrió por el pasillo, con Kaw revoloteando detrás de él. Gurgi, con los ojos muy abiertos a causa del miedo, iba trotando a su lado.

-¡Oh, temible peligro! -gimoteó Gurgi-. Gurgi lamenta mucho que el gran hechicero nos haya enviado a este lugar lleno de amenazas. Gurgi quiere ocultar su pobre y tierna cabeza bajo la buena y amable paja de Caer Dallben.

Taran le hizo una seña para que guardara silencio.

-Estoy seguro de que Eilonwy corre un peligro mucho mayor que nosotros -murmuró, yendo tan de prisa como podía hacia la Gran Sala-. Y pensar que Achren puede aparecer en cualquier momento me resulta tan desagradable como a ti. Pero Gwydion ha venido para proteger a Eilonwy, y nosotros debemos hacer lo mismo.

-¡Sí, sí! -exclamó Gurgi-. El valiente y leal Gurgi protegerá también a la princesa de cabello dorado, oh, sí; y ella estará a salvo gracias a Gurgi. Pero -resopló-, Gurgi sigue teniendo muchas ganas de estar en Caer Dallben.

-Valor, amigo mío -dijo Taran. Sonrió y puso su mano sobre el tembloroso hombro de Gurgi-. Los compañeros sabremos cuidarnos mutuamente para que nada malo le ocurra a ninguno de nosotros. Pero recuerda..., ni una palabra de que Gwydion está aquí. Tiene sus propios planes y no debemos hacer nada que pueda revelárselos a los demás.

-¡Gurgi guardará silencio! -gritó Gurgi, llevándose las manos a la boca-, ¡Oh, sí! Pero, cuidado -añadió, señalando con el dedo a Kaw-, porque ese negro pájaro charlatán puede acabarlo contando todo con graznidos y chillidos.

-¡Silencio! -graznó Kaw, ladeando la cabeza-. ¡Silencio!

Una vez en la Gran Sala, con sus losas que parecían cubrir un espacio tan grande como el huerto de Caer Dallben, Taran vio a Eilonwy rodeada por un grupo de damas de la corte. Algunas, de edad parecida a la suya, estaban escuchando con cara de gran placer lo que decía la princesa; el resto de damas, que se parecían enormemente a la reina Teleria, estaban frunciendo el ceño o murmuraban a escondidas. Magg, inmóvil junto al trono de la reina, las observaba con expresión impasible.

-...y ahí estábamos -decía Eilonwy, con los ojos echando fuego-, ¡hombro contra hombro, espada en mano! ¡Los Cazadores de Annuvin salieron del bosque! ¡Y un instante después cayeron sobre nosotros!

Las jóvenes dejaron escapar un jadeo emocionado mientras que algunas de la damas más maduras emitían cacareos de horror que a Taran le recordaron el gallinero de Dallben. Taran se dio cuenta de que Eilonwy llevaba una capa nueva; su cabello había sido cepillado y peinado de una forma diferente; ahora destacaba entre las damas de la corte igual que un pájaro de plumas doradas, y Taran, sintiendo una extraña punzada en el corazón, se dio cuenta de que, de no haber sido por su voz, quizá no hubiera logrado reconocerla.

-¡Llyr bendito! -exclamó la reina Teleria, que se había levantado de su trono mientras que Eilonwy se disponía a continuar con su relato de la batalla-. Estoy empezando a pensar que no has tenido ni un... (mi querida niña, no pongas esa cara de placer cuando hablas de cortar en pedacitos a la gente con espadas)... momento de seguridad en toda tu existencia. -Parpadeó, meneó la cabeza y se dio aire con un pañuelo-. Desde luego, me alivia mucho que Dallben haya decidido obrar con cordura y te haya mandado a vivir con nosotros. Por lo menos, aquí no correrás peligro.

Taran contuvo el aliento, necesitando toda su fuerza de voluntad para contenerse y no proclamar a voz en grito lo que le había contado Gwydion.

Librodot

-¡Ah, aquí estás! -dijo la reina Teleria, que había visto a Taran-. Quería hablarte del... (eso es, muchacho, camina con paso firme, haz una reverencia algo más pronunciada, si es que puedes, y por el amor de Llyr, no frunzas el ceño)... banquete real de esta noche. Supongo que te alegrará saber que tenemos planeado invitar a un bardo absolutamente soberbio; bueno, es decir, alguien que afirma ser un bardo y que, dicho sea de paso, afirma conocerte.

-Ese hombre que proclama ser un bardo ya ha recibido órdenes de acudir al banquete de esta noche -dijo Magg, sin disimular su disgusto al tener que referirse a Fflewddur.

-Así pues, y en lo que respecta al asunto de la ropa nueva, lo mejor será que vayas inmediatamente con Magg y busques alguna prenda que ponerte -siguió diciendo la reina Teleria.

-Ya me he ocupado de eso, dama Teleria -murmuró el gran mayordomo, entregándole a Taran un jubón y una capa pulcramente doblada.

-¡Maravilloso! -exclamó Teleria-. Entonces, cuanto queda por hacer es... ¡Bueno, creo que ya está todo hecho! Por lo tanto, Taran de Caer Dallben, sugiero que vayas... (no pongas ese ceño o envejecerás antes de tiempo)... preparándote.

Taran apenas si había terminado de hacerle una reverencia a la reina Teleria cuando Eilonwy le cogió de un brazo, hizo lo mismo con Gurgi y se los llevó a ambos a un rincón.

-Naturalmente, ya habrás visto a Fflewddur -murmuró-. Supongo que esto irá pareciéndose un poco más a los viejos tiempos... ¡Menos mal que está aquí! Jamás había conocido a mujeres más tontas! ¡Vaya, pero si creo que ni una sola de ellas ha manejado nunca una espada...! Lo único que desean es hablar de los bordados y los trajes y de cómo llevar un castillo. Las que tienen esposo siempre andan quejándose de él, y las que no lo tienen siempre andan quejándose de lo difícil que es encontrar marido. ¡Se han pasado toda la vida en Dinas Rhydnant! Les conté un par de cosas sobre nuestras aventuras; y no de las mejores..., ésas me las guardo para después, para cuando estés presente y puedas contar el papel que tuviste en ellas.

»Bien -siguió diciendo Eilonwy, con los ojos chispeantes-, después del banquete nos reuniremos con Fflewddur y nos marcharemos a explorar ese sitio durante unos cuantos días. No se darán ni cuenta de que nos hemos ido; aquí siempre hay montones de gente entrando y saliendo... Estoy segura de que Mona puede ofrecernos alguna que otra aventura, pero desde luego no vamos a encontrarlas en este ridículo castillo. Y ahora, lo primero que debes hacer es buscarme una espada... Ojalá me hubiera traído una de Caer Dallben. No creo que vayamos a necesitar espadas, claro está, pero siempre es mejor tenerlas a mano, por si acaso. Y, naturalmente, Gurgi deberá traer consigo su bolsa de comida...

-Eilonwy -la interrumpió Taran-, no podemos hacer eso.

-¿Por qué? -le preguntó Eilonwy-. Oh, de acuerdo, olvida las espadas. Nos iremos a buscar aventuras tal y como estamos... -Le miró, indecisa-. Pero ¿qué te pasa? Desde luego, hay veces en que pones unas caras realmente extrañísimas... Por ejemplo, ahora pones la misma cara que si estuvieras viendo cómo se te cae encima una montaña. Bien, tal y como decía...

-Eilonwy -le dijo Taran con firmeza-, no debes salir de Dinas Rhydnant.

Eilonwy le miró fijamente, boquiabierta y tan sorprendida que por un momento no supo qué decir.

-¡Cómo! -exclamó-. ¿Qué has dicho? ¿Que no debo salir del castillo? ¡Taran de Caer Dallben, creo que el aire salobre del mar te ha reblandecido los sesos!

-Escúchame -le dijo Taran con voz grave, buscando alguna forma de convencer a la perpleja muchacha sin revelar el secreto de Gwydion-. Dinas Rhydnant es... Bueno, es un sitio desconocido y no estamos familiarizados con él. No sabemos nada de Mona. Puede que..., puede que haya peligros que...

-¡Peligros! -chilló Eilonwy-. ¡Pues claro que los habrá! ¡Y el mayor de todos es que me muero de aburrimiento! ¡No pienso hacerme vieja en este castillo, puedes estar seguro de eso! ¡Y que tú de entre toda la gente oses decirme que no debo buscar más aventuras...! Pero, bueno, ¿qué te ocurre? ¡Estoy empezando a creer que tu coraje se fue por la borda junto con la piedra que sirve de ancla al barco de Rhun!

-No es un asunto de coraje -protestó Taran-, Se trata de una simple cuestión de prudencia...

-¡Prudencia! -exclamó Eilonwy-. ¡Pero si antes nunca pensabas en lo que era prudente o en lo que no lo era!

-La situación es distinta -dijo. Taran-, ¿Es que no puedes comprenderlo? -le suplicó, aunque la expresión de su rostro le decía claramente que Eilonwy no entendía por qué le estaba diciendo todo aquello y, por un instante, sintió la tentación de contarle toda la verdad. Pero, en vez de sucumbir a ella, la cogió por los hombros-. No debes salir del castillo -le ordenó con irritación- y como sospeche que tienes intención de hacerlo le pediré al rey Rhuddlum que te haga vigilar.

-¿Qué? -chilló Eilonwy-. ¿Cómo te atreves a...? -Y, de repente, sus ojos se llenaron de lágrimas-. ¡Sí, ya lo entiendo! ¡Te alegra que me hayan enviado a esta maldita isla para vivir rodeada de gallinas cluecas! ¡Estabas deseando librarte de mí! Quieres que me quede aquí, prisionera de este horrible castillo... ¡Eso es peor que meterle la cabeza a alguien en un saco de plumas! -Sollozando, Eilonwy empezó a patalear-, ¡Taran de Caer Dallben, no pienso dirigirte la palabra nunca más!

4 - Sombras

El banquete de aquella noche fue, con total seguridad, el más alegre y animado de toda la existencia del castillo. Kaw, que se había posado en el respaldo de la silla de Taran, movía la cabeza hacia arriba y hacia abajo como si todo el banquete hubiera sido preparado en su honor. El rey Rhuddlum estaba radiante; la conversación y las risas de los invitados resonaban por toda la Gran Sala. Magg iba y venía por detrás de la gran mesa que ocupaban las damas de la corte, chasqueando los dedos y susurrándoles órdenes a los criados que se encargaban de traer el interminable desfile de platos y vinos. Para Taran el banquete fue una auténtica pesadilla; estuvo todo el rato en silencio, nervioso y preocupado, y apenas si probó la comida.

-No sé por qué has de poner tan mala cara -le dijo Eilonwy-. Después de todo, no eres tú el que se ha de quedar aquí, ¿verdad? Estoy intentando tomarme las cosas de la mejor forma posible y, la verdad, no puede decirse que me ayudes mucho. Y, por cierto, te recuerdo que dado tu comportamiento de antes pienso seguir sin dirigirte la palabra.

Y, sin hacer caso alguno de sus confusas protestas, Eilonwy le dio la espalda y empezó a hablar animadamente con el príncipe Rhun. Taran se mordió el labio. Tenía la sensación de estar gritando sin voz mientras que Eilonwy, sin darse cuenta de nada, corría alegremente hacia el borde de un acantilado.

Al final del banquete Fflewddur afinó su arpa, fue hacia el centro de la Gran Sala y cantó su nueva composición. Taran le escuchó sin gozar demasiado de ella, aunque se dio cuenta de que era la mejor que había creado hasta la fecha. Cuando Fflewddur hubo terminado, el rey Rhuddlum empezó a bostezar y los invitados fueron levantándose de la mesa. Taran tiró de la manga de Fflewddur y le llevó hasta un rincón.

-He estado pensando en eso de los establos -le dijo Taran, preocupado-. No me importa lo que diga Magg, no es un sitio adecuado para ti. Hablaré con el rey Rhuddlum y me aseguraré de que le ordene a Magg que te devuelva tu antiguo aposento del castillo. -Taran vaciló-. Yo... Bueno, creo que sería mejor que estuviéramos cerca los unos de los otros. Somos forasteros y no sabemos nada de este sitio y de sus costumbres.

Librodot

-Por el Gran Belin, no dejes que eso te preocupe ni por un instante -replicó el bardo-. Por mi parte, prefiero los establos. A decir verdad, ésa es una de las razones que me impulsan a vagabundear por el mundo-, así consigo salir de esos aburridos castillos... Y, además -añadió, tapándose la boca con la mano-, tendríamos problemas con Magg, y si acaba haciéndome perder los estribos, las espadas saldrán de sus vainas, ya que los Fflam tienen la sangre ardiente, y no creo que ése sea el tipo de conducta cortés que se espera de un invitado, ¿verdad? No, no, todo irá estupendamente. Volveremos a vernos por la mañana. -Y, con esas palabras, Fflewddur se echó su arpa al hombro, le dio las buenas noches y salió de la Gran Sala.

-Algo me dice que deberíamos mantenernos alerta -le dijo Taran a Gurgi. Puso su índice bajo las patas de Kaw y colocó al pájaro en el hombro de Gurgi: una vez allí, Kaw empezó a hurgar con el pico por entre el revuelto vello de Gurgi-. Mantente cerca de la habitación de Eilonwy -siguió diciendo-. Pronto me reuniré contigo. No te apartes de Kaw y si ves algo que se salga de lo normal haz que venga a buscarme. Gurgi asintió.

-Sí, sí -murmuró-. El leal Gurgi vigilará atentamente y protegerá los sueños y sopores de la noble princesa.

Taran fue hacia el patio, ocultándose entre la multitud de invitados que se marchaban. Caminó raudo hacia los establos, con la esperanza de encontrar a Gwydion. El límpido cielo nocturno estaba cuajado de estrellas, y una brillante luna se cernía sobre los riscos de Mona. Una vez en los establos, Taran no descubrió rastro alguno del príncipe de Don, aunque se tropezó con Fflewddur, enroscado sobre la paja, el brazo posado sobre su arpa y roncando apaciblemente.

Taran volvió al castillo, que ya había quedado sumido en la oscuridad. Se quedó inmóvil, indeciso, sin saber en qué otro sitio buscar a Gwydion.

-¡Hola, hola! -exclamó el príncipe Rhun, doblando una esquina a tal velocidad que casi hizo caer de bruces a Taran-. Veo que sigues despierto, ¿eh? ¡Yo también! Mi madre dice que siempre debo dar un breve paseo antes de dormir: es muy bueno para la salud. Supongo que estarás haciendo lo mismo que yo, ¿no? ¡Excelente! Pasearemos juntos.

-¡Nada de eso! -replicó Taran, pues no tenía ni el más mínimo deseo de cargar con la compañía del atolondrado príncipe-. Yo... Estoy buscando a los sastres -se apresuró a decir-. ¿Dónde se alojan?

-¿Estás buscando a los sastres? ¡Qué extraño! ¿Para qué? -le preguntó Rhun.

-Mi jubón -respondió rápidamente Taran-. No... No acaba de quedarme bien. Tengo que pedirles que me lo arreglen.

-¿A estas horas de la noche? -preguntó Rhun, con su redondo rostro de luna mostrando una cierta perplejidad-. ¡Vaya, esto sí que es realmente sorprendente! -Señaló hacia una parte del castillo, totalmente sumida en la oscuridad-. Sus aposentos quedan por allí. Pero, la verdad, creo que si les despiertas de su sueño no estarán de muy buen humor y quizá se nieguen a usar la aguja. Ya sabes que los sastres pueden llegar a ser muy susceptibles. Yo te aconsejaría que esperases hasta mañana.

-No, tiene que ser ahora -dijo Taran, impaciente y queriendo librarse de Rhun.

El príncipe se encogió de hombros, le deseó que pasara una buena noche y se alejó a toda velocidad. Taran fue hacia un grupo de cabañas situado detrás del establo, pero tampoco allí encontró a Gwydion. Desanimado, ya había decidido volver con Gurgi cuando vio algo que le hizo quedarse muy quieto. Una silueta avanzaba rápidamente a través del patio, no hacia la puerta principal, sino hacia el ángulo más alejado de la gran muralla de piedra.

Quizá Eilonwy hubiera logrado escapar a la vigilancia de Gurgi... Taran estuvo a punto de gritar pero, temiendo despertar a todo el castillo, decidió seguir a aquella silueta. Un instante después ésta pareció esfumarse en el aire. Taran siguió avanzando. Cuando llegó a la muralla, tropezó con una angosta abertura que apenas si permitía el

paso de una persona puesta de lado. Taran atravesó la cortina de yedra que la disimulaba y se encontró fuera del castillo, en una ladera rocosa desde la que se dominaba la bahía.

Y, de repente, Taran se dio cuenta de que la silueta a la que venía siguiendo no era Eilonwy: caminaba de una forma distinta, y era demasiado alta. La sombra, envuelta en una capa, se volvió para lanzarle una furtiva mirada al castillo, la luna brilló un segundo sobre sus rasgos y Taran contuvo el aliento.

Era Magg.

El gran mayordomo empezó a bajar rápidamente por un abrupto sendero, moviéndose igual que una araña. Taran, dominado por el miedo y la sospecha, le siguió a través de las rocas y guijarros, esforzándose cuanto podía por avanzar con un máximo de rapidez y silencio. Pese a que la noche era muy clara, andar por aquel sendero estaba resultándole bastante difícil, pues tenía que esquivar continuamente los grandes peñascos que brotaban del suelo, y mientras iba en persecución de Magg, acercándose cada vez más a la dormida bahía, anheló tener consigo la luz emanada por él juguete de Eilonwy.

Magg se encontraba ya en terreno llano, muy por delante de Taran, y estaba avanzando pegado al rompeolas: llegó al final de éste y, con una sorprendente agilidad, saltó al gran montón de rocas en que terminaba y empezó a trepar por él, esfumándose una vez más. Taran echó a correr, olvidando toda precaución pues temía perder a Magg. El agua iluminada por la luna lamía el final del rompeolas con un suave murmullo. Una sombra se movió fugazmente por entre los soportes de madera. Taran, alarmado, se detuvo y volvió a ponerse en marcha un instante después. Sus ojos estaban empezando a gastarle bromas pesadas. Incluso las rocas parecían alzarse ante él como bestias agazapadas que se incorporaban repentinamente para amenazarle.

Taran trepó por la oscura barrera de rocas. El agua giraba bajo él en un serie de remolinos resplandecientes, espumeando por entre las piedras. Finalmente, logró llegar a la cima, con el eco del oleaje resonando en sus oídos, y allí se quedó, pues no se atrevía a seguir avanzando. Magg se había detenido a no muchos pasos de distancia, justo donde empezaba un pequeño brazo de tierra firme. Taran le vio arrodillarse y hacer un rápido gesto con las manos. Un instante después vio parpadear una luz.

El gran mayordomo había encendido una antorcha que alzó sobre su cabeza, moviendo la parpadeante llama muy despacio, hacia adelante y hacia atrás. Taran le observó, perplejo y lleno de miedo, y unos instantes después vio un puntito de luz anaranjado que brillaba encima de las aguas. Taran pensó que aquella señal de respuesta sólo podía venir de una embarcación, aunque le resultaba imposible hacerse idea alguna de cuál sería su forma o a qué distancia estaba. Magg volvió a agitar la antorcha, esta vez de una forma distinta. La luz de la nave repitió su movimiento y se extinguió. Magg arrojó su antorcha a las negras aguas, que la apagaron con un leve chisporroteo; se dio la vuelta y avanzó rápidamente hacia el montón de rocas sobre el que estaba tendido Taran. Taran, al que la súbita oscuridad había dejado parpadeando, algo desconcertado, intentó bajar de ellas antes de que Magg se le viniera encima, pero no logró encontrar ningún asidero para los pies. Impulsado por el pánico, buscó a tientas alguna roca más alta a la que pudiera trepar, resbaló y alargó inútilmente su mano en busca de alguna otra. Podía oír a Magg, cada vez más cerca, y acabó dejándose caer sobre las agudas rocas. Intentó ocultarse entre las sombras, torciendo el gesto a causa del dolor. La cabeza de Magg apareció por encima de las rocas, y en ese mismo instante Taran sintió que alguien le sujetaba firmemente por detrás.

Taran intentó desenvainar su espada. Una mano cayó sobre su boca, ahogando su grito, y Taran se vio arrastrado rápidamente hacia las espumeantes olas. Un segundo después las manos que le habían capturado le depositaron silenciosamente entre las piedras.

-¡No hagas ningún ruido! -le ordenó en un susurro la voz de Gwydion.

Librodot

Taran sintió tal alivio que todos los músculos se le aflojaron de golpe. Magg bajó por el montón de peñascos y pasó a unos tres metros escasos de las dos siluetas agazapadas entre las sombras. Gwydion, que se agarraba a las rocas con el cuerpo medio escondido por las olas, le indicó a Taran que permaneciera inmóvil. El gran mayordomo se dirigió rápidamente hacia el castillo, dejando atrás el rompeolas y sin volverse a mirar ni por una sola vez.

-¡Hay que cogerle! -le dijo Taran a Gwydion con voz apremiante-. Cerca hay una nave anclada. Vi como le hacía señales. Tenemos que obligarle a revelarnos qué está tramando.

Gwydion menó la cabeza. Sus verdes pupilas estaban clavadas en la ya casi invisible silueta de Magg y sus tensos labios ponían al descubierto sus dientes con la terrible sonrisa del lobo que acecha a su presa. Seguía vistiendo los harapos del zapatero; pero Dyrnwyn, la espada negra, colgaba de su cinto.

-Déjale ir -murmuró-. El juego aún no ha terminado.

-Pero la señal... -empezó a decir Taran.

Gwydion asintió.

-Yo también la vi. He estado vigilando el castillo desde que te dejé. Aunque hace un momento -añadió con una cierta severidad-, temí que un Ayudante de Porquerizo acabara cayendo en una trampa destinada a capturar a un traidor. ¿Quieres rendirme un gran servicio? Pues vuelve inmediatamente al castillo y no te apartes de la princesa.

-Pero ¿no será peligroso dejar que Magg siga adelante con sus planes? -le preguntó Taran.

-Tenemos que permitírselo, al menos durante un cierto tiempo -replicó Gwydion-. El zapatero no tardará en dejar su lezna y empuñar la espada, pero hasta entonces tienes que permanecer callado. No voy a interferir con los planes de Magg..., por lo menos, no hasta saber en qué consisten.

»Los pescadores de Mona ya le han contado a un inofensivo y algo curioso zapatero parte de lo que debe saber -siguió diciendo Gwydion-, lo suficiente para estar seguro de una cosa: Achren está a bordo de esa embarcación.

»Sí -añadió Gwydion mientras que Taran daba un respingo-, ya lo había sospechado. Ni tan siquiera Achren osaría atacar directamente a Eilonwy. El castillo tiene fuertes muros y está bien protegido: sólo la traición puede abrir sus puertas. Achren necesitaba una mano para que la ayudara en sus planes, y ahora sé a quién pertenece esa mano.

»Pero ¿por qué? -dijo, frunciendo el ceño, casi como hablando consigo mismo-. Aún hay demasiadas cosas ocultas... Si mis temores acaban resultando ciertos... -Meneó la cabeza-. No me gusta usar a Eilonwy como cebo para una trampa, pero no puedo hacer otra cosa.

-A Magg siempre podemos vigilarle -dijo Taran-, pero ¿y Achren?

-Debo encontrar algún medio que me permita averiguar cuál es su plan, así como he averiguado los de Magg -replicó Gwydion-. Y ahora, vete -le ordenó-. Quizá todo esto no tarde en aclararse. Ésa al menos es mi esperanza, pues no quiero ver a la princesa Eilonwy en peligro durante demasiado tiempo...

Taran se apresuró a obedecer la orden de Gwydion. Dejó al príncipe de Don en la bahía, y volvió tan de prisa como pudo por el serpenteante camino que llevaba al castillo; encontró la abertura en el muro y entró por ella al oscuro patio. Sabía que mientras Magg pudiera moverse libremente por el castillo, Eilonwy no estaría a salvo. Pero al menos podían mantenerle vigilado. El terror que helaba el corazón de Taran venía de aquella nave que aguardaba en la noche. Los recuerdos de Achren, hermosa e implacable, volvieron en tropel a su cerebro. Recordó su rostro lívido, su voz que hablaba con tal suavidad de tormentos y muerte. Era su sombra la que asomaba tras el traicionero gran mayordomo.

Cruzó el patio de prisa y sin hacer ruido. Una tenue luz brillaba en uno de los

Librodot

ventanales. Taran fue cautelosamente hacia ella, se puso de puntillas y miró por encima del alféizar. La luz de una lamparilla de aceite le permitió ver la silueta del gran mayordomo. Magg tenía en la mano una gran daga que no paraba de agitar, el rostro contorsionado en una mueca de ferocidad. Pasados unos minutos ocultó el arma entre sus ropas, cogió un pequeño espejo en el que se miró, sonriendo, frunció los labios y se estuvo contemplando un rato más con una expresión satisfecha. Taran le observó lleno de rabia y horror, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no irrumpir en la habitación. Unos instantes después el gran mayordomo apagó la luz con una última sonrisa. Taran apretó los puños, se dio la vuelta y entró en el castillo.

Fue a la habitación de Eilonwy y se encontró a Gurgi enroscado sobre las losas del suelo, medio dormido. Al oírle llegar, Gurgi parpadeó y se levantó de un salto. Kaw, muy adormilado y con el plumaje tan revuelto como el vello de Gurgi, asomó la cabeza por debajo de su ala.

-Todo tranquilo -murmuró Gurgi-. ¡Sí, sí, Gurgi ha montado guardia y no se ha alejado de la puerta! El valeroso y soñoliento Gurgi protege a la noble princesa de dolores y pesares. Su pobre y tierna cabeza está cansada pero no se ha dormido, ¡oh, no!

-Te has portado muy bien -le dijo Taran-. Duerme, amigo mío. Anda, ve y deja descansar esa pobre cabeza tuya. Yo me quedaré aquí hasta que amanezca.

Gurgi se marchó por el pasillo, bostezando y frotándose los ojos, y Taran ocupó el sitio que aquél había dejado libre ante la puerta. Se dejó caer sobre las losas y, con la mano en la empuñadura de la espada, apoyó la cabeza en las rodillas y luchó contra su propio cansancio. Pese a sus esfuerzos, hubo una o dos ocasiones en las que acabó adormilándose para despertar sobresaltado. El pasillo de techo abovedado fue iluminándose con la claridad del amanecer. Aliviado, Taran vio los primeros rayos del sol y, por fin, se permitió cerrar los ojos.

-¡Taran de Caer Dallben!

Taran se levantó de un salto, buscando a tientas su espada. Eilonwy, descansada y con el aspecto de quien ha dormido muy bien, estaba de pie en el umbral, mirándole, -¡Taran de Caer Dallben! -repitió Eilonwy-. ¡Poco me ha faltado para tropezar contigo! Pero ¿qué estás haciendo aquí?

Aturdido, Taran no supo qué responderle y acabó farfullando que el pasillo le había parecido más cómodo que su habitación. Eilonwy meneó la cabeza.

-Es la tontería más grande que he oído en lo que va de mañana -observó-. Claro que quizá acabe oyendo alguna tontería aún más grande, pues todavía es pronto, aunque lo dudo. Estoy empezando a pensar que nunca lograré entender a los Ayudantes de Porquerizo... -Se encogió de hombros-. Bueno, me voy a desayunar. Y creo que tú deberías hacer lo mismo, en cuanto te hayas lavado la cara y te hayas peinado un poco. Sí, creo que te sentaría bastante bien. ¡Pareces tan nervioso como una rana con pulgas!

Y antes de que pudiera detenerla, Eilonwy desapareció por el pasillo, sin esperar a que Taran acabara de espabilarse. Éste corrió detrás de ella. Pese a que hacía sol, tenía la impresión de que el castillo estaba lleno de sombras que se pegaban a su cuerpo igual que negras telarañas. Esperaba que Gwydion ya hubiera conseguido descubrir cuáles eran los planes de Achren. Pero Magg seguía libre, y Taran, que recordaba muy bien la daga oculta en sus ropas, no tenía ninguna intención de permitir que Eilonwy se apartara de su vista ni por un segundo.

-¡Hola, hola! -El príncipe Rhun salió de su habitación justo cuando Taran pasaba ante la puerta, su redondo rostro tan reluciente y jovial como si acabara de frotarlo enérgicamente con una toalla-. ¿Vas a desayunar? -preguntó el príncipe, dándole una palmada en el hombro-. ¡Estupendo! Yo también.

-De acuerdo, entonces ya nos veremos en la Gran Sala -se apresuró a contestar Taran, luchando por quitarse de encima la mano de Rhun.

-Es sorprendente el apetito que te entra después de una noche de buen sueño,

Librodot

¿verdad? -siguió diciendo el príncipe Rhun-. Oh, por cierto, ¿qué tal te fue con los sastres?

-¿Sastres? -le respondió Taran con impaciencia-. ¿Qué sastres? Oh... Sí, sí, hicieron cuanto les pedí -añadió rápidamente, escudriñando el pasillo.

-¡Espléndido! -exclamó Rhun-. Ojalá tuviera tanta suerte como tú. ¿Sabes que ese zapatero no ha terminado mi par de sandalias? Había empezado a trabajar en ellas, salió corriendo y no he vuelto a verle.

-Quizá tuviera pendiente un asunto de mayor importancia -dijo Taran-. Igual que yo...

-¿Qué puede haber de más importante para un zapatero que hacer zapatos? -le preguntó Rhun-, De todas formas... -Chasqueó los dedos-. ¡Ah! Claro, sabía que se me olvidaba algo. Mi capa. Espera, sólo tardaré un momento.

-Príncipe Rhun -exclamó Taran-, tengo que ver a la princesa Eilonwy.

-En seguida estaremos allí -respondió Rhun desde el interior de su habitación-. ¡Oh, vaya! ¡Se me ha roto la correa de la sandalia! ¡Ojalá ese zapatero hubiera terminado con su trabajo!

Dejando al príncipe de Mona todavía metido en su habitación, Taran corrió hacia la Gran Sala, muy preocupado. El rey Rhuddlum y la reina Teleria ya estaban sentados a la mesa y, como de costumbre, a la reina la rodeaban sus damas. Taran miró rápidamente a su alrededor. Magg, quien siempre solía estar allí, no era visible por parte alguna.

Y tampoco había ni rastro de Eilonwy.

5 - El juramento

-¿Dónde está Eilonwy? -gritó Taran, y tanto el rey Rhuddlum como la reina Teleria le miraron fijamente, asombrados-. ¿Dónde está Magg? ¡Se la ha llevado! Alteza, os lo suplico, llamad a vuestra guardia. Ayudadme a encontrarles. ¡La vida de Eilonwy corre peligro!

-¿Qué, qué? -cacareó la reina Teleria-. ¿Magg? ¿La princesa? Jovencito, creo que estás demasiado nervioso y alterado. Quizá sea que el aire marino... (no tiembles de esa forma y deja de mover los brazos)... se te ha subido a la cabeza. Que alguien no se haya presentado a desayunar no significa que corra peligro. ¿Verdad que no, querido? -preguntó, volviéndose hacia el rey.

-Pues creo que no, querida -respondió Rhuddlum-. Y creo que acusar de esta forma a un súbdito leal es algo bastante grave -añadió, mirando con expresión seria a Taran-. ¿Qué razón tienes para acusarle de eso?

Y por un instante Taran no supo qué responder, perplejo y desgarrado entre dos impulsos contradictorios. Gwydion le había hecho jurar que guardaría todo aquello en secreto. Pero Magg ya había actuado. ¿Seguía estando obligado a guardar el secreto? Finalmente, tomó una decisión y dejó que las palabras fluyeran de sus labios, narrando a toda velocidad y, en algunos instantes, de forma más bien confusa, cuanto había ocurrido desde que los compañeros llegaron a Dinas Rhydnant. La reina Teleria meneó la cabeza. -Este zapatero disfrazado de príncipe Gwydion... ¿O era al revés? Y todo eso de los barcos y las señales hechas con antorchas para avisar a una hechicera... Bueno, jovencito, creo que es la historia más improbable que he oído en toda mi vida.

-Cierto, cierto -dijo el rey Rhuddlum-. Pero no creo que nos cueste demasiado averiguar cuál es la verdad. Traed aquí a ese zapatero y pronto sabremos si es el príncipe de Don o no.

-El príncipe Gwydion quiere averiguar el paradero de Achren -gritó Taran-. Os he contado la verdad. Si se comprobara que he mentido, estoy dispuesto a pagar por ello con mi vida. ¿Queréis tener una prueba de que todo cuanto he dicho es cierto? Haced venir aquí a vuestro gran mayordomo.

El rey Rhuddlum frunció el ceño.

-Sí, desde luego, el que Magg no esté aquí resulta bastante raro -admitió-. Muy bien, Taran de Caer Dallben. Se le encontrará y repetirás tu historia delante de él.

Dio una palmada y ordenó a un sirviente que buscara al gran mayordomo.

Taran sabía que el tiempo pasaba velozmente y que cualquier retraso podía hacer que Eilonwy perdiera la vida. Ya casi había enloquecido de preocupación cuando el sirviente volvió por fin diciendo que Magg no parecía estar en parte alguna del castillo, y que tampoco había forma de encontrar a Eilonwy. Mientras el rey Rhuddlum guardaba silencio, algo confundido aún por lo que Taran le había dicho, Gurgi, Kaw y Fflewddur entraron en la Gran Sala. Taran corrió hacia ellos.

-¡Magg! ¡Canalla, araña rastrera...! -exclamó el bardo tan pronto como Taran le hubo contado lo sucedido-. ¡Gran Belin, Eilonwy se ha marchado con él! Les vi salir al galope por la puerta principal. La llamé, pero no me oyó. Parecía estar bastante alegre. No tenía ni idea de que algo anduviera mal. ¡Pero ahora ya deben de estar muy lejos de aquí!

La reina Teleria se puso pálida como una muerta, las damas de la corte dejaron escapar jadeos de terror y el rey Rhuddlum se levantó de un salto.

-Has dicho la verdad, Taran de Caer Dallben.

Y salió de la Gran Sala llamando a gritos a la guardia. Los compañeros se apresuraron a seguirle. Las puertas de los establos se abrieron apresuradamente obedeciendo las órdenes del rey Rhuddlum. Unos instantes después el patio estaba lleno de guerreros, cuyos caballos piafaban impacientes. El príncipe Rhun también estaba allí, contemplando con curiosidad todo el ajetreo.

-¡Hola, hola! -le dijo a Taran-. ¿Qué pasa, vais a ir de caza? Espléndida idea. Sí, una buena cabalgata matinal... Creo que me sentaría estupendamente.

-Vamos de caza, sí, pero la presa es vuestro traicionero mayordomo -replicó Taran, apartando a Rhun y yendo hacia el rey Rhuddlum-. Alteza, ¿quién es el capitán de vuestros guerreros? Dadnos vuestro permiso y nos pondremos a sus órdenes.

-Siento tener que decirlo, pero ese cargo estaba ocupado por el mismísimo Magg -respondió el rey-. En Mona nunca hemos tenido guerras, razón por la cual no necesitábamos un capitán de guerreros, y no me pareció que hubiera nada de malo en darle ese título honorífico. Yo mismo dirigiré el grupo de búsqueda. En cuanto a vosotros... Sí, ayudadnos en todo aquello que os sea posible.

Y mientras el rey Rhuddlum se ocupaba de organizar a los guerreros, Taran y los compañeros empezaron a preparar los arreos y a repartir armas. Taran vio que el príncipe Rhun había montado a lomos de una yegua de varios colores que se obstinaba en ir dando vueltas por el patio pese a los esfuerzos del príncipe por controlarla. Fflewddur y Gurgi ya habían sacado tres caballos del establo. Echarle un vistazo a los animales hizo que Taran sintiera una aguda desesperación, pues parecían torpes y de poca casta, y su corazón deseó ardientemente tener junto a él a su veloz Melynlas, que ahora pastaba apaciblemente en Caer Dallben.

El rey Rhuddlum cogió a Taran del brazo y lo llevó presurosamente hacia el interior del establo.

-Tenemos que hablar -le dijo-. Los guerreros están listos y les he dividido en dos grupos. Yo iré con uno y registraré las tierras que se encuentran al sur del río Alaw. Tú y tus compañeros iréis con mi hijo, quien estará al mando del grupo que buscará por las colinas de Parys, al norte del río Alaw. Es de mi hijo de quien quiero hablarte...

-¿Que el príncipe Rhun estará al mando del grupo? -preguntó Taran sin poderse contener.

-Vaya, Taran de Caer Dallben... -dijo secamente el rey Rhuddlum-. ¿Acaso dudas de las capacidades de mi hijo?

-¡Capacidades! -exclamó Taran-. ¡Pero si no sabe hacer nada a derechas! La vida de

Librodot

Eilonwy pende de un hilo; tenemos que actuar lo más rápido posible. ¿Darle el mando del grupo a semejante bobo? Pero si no sabe ni atarse la sandalia, ¿cómo va a saber manejar una espada o montar a caballo? El viaje a Mona bastó para dejármelo bien claro. Escoged a uno de vuestros súbditos, un guerrero, un guardabosques, a cualquiera salvo a Rhun... -Se calló, comprendiendo lo que acababa de decir-. Le he jurado a Dallben que protegeré a Eilonwy y por eso os he hablado con toda sinceridad. De lo contrario habría faltado a mi deber. Si he de ser castigado por mis palabras, que así sea.

-Has vuelto a decir la verdad -respondió el rey Rhuddlum-. Y no serás castigado por ello, aunque la verdad me resulte dolorosa. -Puso su mano sobre el hombro de Taran-. ¿Crees acaso que no conozco a mi hijo? Sí, le has juzgado con acierto. Pero Rhun debe crecer hasta convertirse en hombre y en rey. Tú llevas el peso del juramento que le hiciste a Dallben. Te ruego que aceptes otra carga.

»Los rumores de tus hazañas han llegado incluso a Mona -siguió diciendo el rey Rhuddlum-, y he podido darme cuenta de que eres un joven valeroso y honrado. Voy a revelarte un secreto: mi jefe de establos es un excelente rastreador; irá en tu grupo y lo cierto es que será él quien dirija la búsqueda. El príncipe Rhun estará al mando, sí, pero sólo de una forma nominal, y porque los guerreros esperan recibir instrucciones de un miembro de la Casa Real. Te confío a mi hijo, y te ruego que cuides de él y que le protejas de los peligros. Y -añadió el rey, sonriendo con tristeza-, espero que consigas protegerle también de que haga el ridículo. Tiene que aprender muchas cosas y quizá tú puedas enseñárselas. Llegará un día en que habrá de ser rey de Mona, y tengo la esperanza de que sabrá gobernarla con justicia y sabiduría, teniendo a Eilonwy como su reina.

-¿Eilonwy? -exclamó Taran-. ¿Casada con Rhun?

-Sí -respondió el rey Rhuddlum-. Es nuestro deseo que se case con él en cuanto tenga la edad adecuada.

-La princesa Eilonwy... -murmuró Taran, confundido-. Y ella, ¿sabe algo de todo esto?

-Todavía no. Y mi hijo tampoco lo sabe -dijo el rey Rhuddlum-. Eilonwy necesita algo de tiempo para irse acostumbrando a Mona y a nuestras costumbres. Pero estoy seguro de que todo acabará bien. Después de todo, Eilonwy es una princesa y Rhun tiene sangre real.

Taran inclinó la cabeza. La pena que llenaba su corazón le impidió hablar.

-Bien, Taran de Caer Dallben, ¿qué tienes que decir a todo eso? -le preguntó el rey Rhuddlum-. ¿Quieres darme tu palabra de honor?

Taran podía oír el ruido de los guerreros que se armaban en el patio y la voz de Fflewddur que gritaba su nombre. Pero aquellos sonidos llegaban a sus oídos igual que si vinieran de una gran distancia. Siguió en silencio, con los ojos clavados en el suelo.

-No te hablo como un rey lo haría a un súbdito -añadió el rey Rhuddlum-. Te hablo como un padre que ama a su hijo... -Y se quedó callado, observando atentamente a Taran.

Y, finalmente, Taran acabó levantando la cabeza y le miró a los ojos.

-Está bien -dijo por fin-. Os juro que vuestro hijo no sufrirá daño alguno, si está en mi poder el impedirlo. -Taran puso la mano sobre el pomo de su espada-. Empeño mi vida en ello.

-Vete, Taran de Caer Dallben, y ten la seguridad de que cuentas con todo mi agradecimiento -le dijo el rey Rhuddlum-. Y ayúdanos a que la princesa Eilonwy vuelva al castillo sana y salva.

Taran salió del establo y vio que tanto el bardo como Gurgi ya habían montado en sus caballos. Subió a su montura, con el corazón lleno de dolor, y Kaw fue volando hacia él. El príncipe Rhun, que había logrado hacer que su yegua dejara de caminar en círculos, estaba gritando órdenes, órdenes a las que, como de costumbre, nadie hacía

Librodot

caso alguno.

Los dos grupos de búsqueda cruzaron las puertas al galope, y Taran cogió a Kaw en su mano. -¿Crees que serás capaz de encontrarla? Búscala, amigo mío - murmuró, mientras el cuervo ladeaba la cabeza y contemplaba a Taran con sus brillantes ojos llenos de astucia.

Taran alzó el brazo y Kaw echó a volar, ascendiendo en línea recta. Giró por un instante sobre sus cabezas con un sonoro batir de alas, subió todavía más alto y acabó desapareciendo.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi, agitando los brazos-. ¡Vete a volar y a espiar! ¡Llévanos a donde está el malvado y perverso mayordomo! -¡Cuanto más pronto mejor! -gritó Fflewddur-. Tengo muchas ganas de ponerle las manos encima a esa araña escurridiza. ¡No tardará en conocer la furia de un Fflam!

Taran miró hacia atrás y vio al grupo del rey Rhuddlum saliendo del castillo y dirigiéndose hacia el sur. El jefe de los cazadores reales se puso en cabeza del grupo de guerreros, llevándoles hacia las tierras altas de Dinas Rhydnant, e hizo una seña a los rastreadores para indicarles que ya podían empezar a buscar huellas. Taran siguió cabalgando en silencio junto a Fflewddur, con el ceño fruncido y una expresión preocupada en los ojos.

-No temas -le aseguró el bardo-, antes de que anochezca habremos conseguido rescatar a Eilonwy y después podremos alegrarnos de haber compartido esta nueva aventura. ¡Te prometo que compondré una nueva canción en su memoria!

-Harías mejor componiendo un himno nupcial para cantar en la boda del príncipe de Mona -dijo Taran con amargura.

-¿Rhun? -exclamó Fflewddur, sorprendido-. ¿Es que va a casarse? ¡No tenía ni idea! Ésa es una de las desventajas que tiene el alojarse en los establos y no en el castillo: se te escapan todas las noticias y los cotilleos... ¡Vaya, vaya, el príncipe Rhun! ¿Y quién va a ser la novia?

Y, sintiendo un gran dolor, Taran le explicó al bardo qué planes tenía el rey Rhuddlum, y también le habló de que había jurado proteger a Rhun y evitar que le sucediera daño alguno.

-Vaya -dijo Fflewddur en cuanto Taran hubo terminado de hablar-, ¡Así que ésa es la dirección que lleva el viento! Qué extraño -añadió, mirando de soslayo a Taran-. Siempre había tenido la esperanza de que si Eilonwy acababa prometiéndose en matrimonio con alguien, ese alguien sería... Bueno, sí, lo que quiero decir es que, pese a todas vuestras discusiones y riñas, yo pensaba que...

-No te burles de mí -dijo Taran sin poderse contener, sintiendo que empezaba a ruborizarse-. Eilonwy es una princesa de la casa de Llyr, y en cuanto a mí... Tú sabes tan bien como yo lo que soy. Esa esperanza de la que hablas jamás había llegado a pasar por mi cabeza. Eilonwy tiene que casarse con alguien de su mismo rango.

Enfadado, se apartó del bardo y galopó hacia adelante.

-Si tú lo dices, si tú lo dices... -murmuró Fflewddur, espoleando a su montura para seguirle-. Pero creo que deberías examinar más atentamente lo que hay en tu corazón. Quizá entonces descubras que en realidad piensas de forma bastante diferente...

Taran, que no le había oído, siguió galopando para unirse al resto de los guerreros.

El grupo de búsqueda fue hacia el norte bordeando las primeras estribaciones de las colinas de Parys y se dividió en grupos más pequeños que empezaron a recorrer la porción del terreno que se le había asignado a cada uno. Los guerreros, muy separados unos de otros, avanzaban formando hileras cuyos miembros solían perderse de vista entre sí, registrando minuciosamente todo posible escondite. Pero la mañana fue

Librodot

convirtiéndose en tarde y seguían sin hallar rastro alguno del gran mayordomo o de Eilonwy.

Por entre las verdes laderas había todo un laberinto de senderos cubiertos de grava, sobre la que podía haber pasado el escurridizo Magg, senderos donde las pistas serían invisibles hasta para los ojos del rastreador más avezado. Taran iba perdiendo la esperanza; sentía el temor de estar siguiendo un rastro falso, y empezaba a pensar que Eilonwy podía haber sido llevada en una dirección totalmente distinta. De vez en cuando examinaba ansiosamente el cielo, esperando ver a Kaw de regreso con nuevas de la princesa.

Taran sabía que Gwydion era el único hombre capaz de averiguar cuáles eran los planes de Achren. Magg era la clave, pero el gran mayordomo había actuado con tal rapidez que quizá ya estuviera tan lejos que el grupo de búsqueda jamás podría alcanzarle. Taran redobló sus esfuerzos por hallar alguna rama rota o un guijarro fuera de su sitio..., cualquier cosa que pudiera acercarles un poco más a Eilonwy antes de que el anochecer pusiera fin a aquel día de búsqueda.

-¡Cuidado, cuidado! -le gritó Gurgi, que estaba cerca de él-. ¡El noble príncipe se interna demasiado en el bosque! ¡Se perderá, y entonces los alegres holas se volverán gemidos y soplidos!

Taran, que había desmontado para examinar lo que parecía ser una posible huella, levantó la cabeza con el tiempo justo de ver al príncipe Rhun que desaparecía al galope detrás de una colina. Le gritó que se detuviera, pero o Rhun estaba demasiado lejos para oírle o, (y Taran pensó que eso era lo más probable), daba una vez más muestras de su despiste habitual. Montó de un salto en su caballo y trató de alcanzarle. Hasta ahora había logrado mantenerle siempre dentro de su radio visual, pero cuando llegó a lo alto de la colina Rhun se había esfumado ya entre las sombras de un macizo de alisos. Fflewddur trotó hacia él, moviéndose por la pradera que ya empezaba a oscurecerse, y le llamó a gritos. Taran volvió a gritar el nombre de Rhun y les hizo señas al bardo y a Gurgi para que se reunieran inmediatamente con él.

-Esa araña repugnante ha logrado escapársenos por hoy -exclamó Fflewddur, irritado, mientras que su jamelgo se esforzaba por llegar a la cima-. Pero mañana lograremos cogerle y recuperaremos a Eilonwy sana y salva. Si conozco bien a la princesa, Magg ya ha empezado a lamentar el habérsela llevado. ¡Eilonwy vale tanto como una docena de guerreros, aun estando atada de pies y manos! -Pero pese a sus animosas palabras, el rostro del bardo mostraba una gran preocupación-. Vamos -dijo Fflewddur-, el jefe de los establos está llamando a todos los guerreros. Acamparemos con ellos durante la noche.

Y, antes de que Fflewddur hubiera terminado de hablar, Taran oyó las débiles notas de un cuerno de caza.

-No me atrevo a dejar al príncipe Rhun solo en el bosque -dijo, frunciendo el ceño.

-En ese caso -replicó Fflewddur, contemplando el sol poniente-, será mejor que le encontremos ahora mismo. ¡Los ojos de un Fflam son agudos y vivaces! Pero preferiría no andar dando tumbos por el bosque después del anochecer, siempre que sea posible evitarlo.

-¡Sí, sí, de prisa, de prisa con el ir y venir! -exclamó Gurgi-. ¡Todo se vuelve sombrío, y el osado pero cauteloso Gurgi no tiene ni idea de qué cosas feas pueden ocultarse en la oscuridad!

Los compañeros cabalgaron rápidamente hacia el macizo de árboles donde Taran estaba seguro de que iban a encontrar por fin al príncipe. Pero en cuanto hubieron dejado atrás los primeros troncos, y al ver que no había ni rastro de él, Taran empezó a alarmarse. Gritó su nombre, pero fue en vano: sólo el eco le respondió.

-No puede haber ido muy lejos -le dijo al bardo-. Incluso Rhun tendría la cordura suficiente para quedarse quieto en cuanto viera anochecer.

Librodot

Las tinieblas cayeron sobre el bosquecillo. Los caballos, más acostumbrados a sus tranquilos y cómodos apriscos de Dinas Rhydnant que a los bosques de Mona, empezaron a dar señales de temor, piafando y amenazando con encabritarse ante cada arbusto agitado por el viento. Los compañeros acabaron viéndose obligados a desmontar y seguir avanzando a pie, teniendo que tirar de las riendas para que sus monturas no se escaparan. A esas alturas Taran ya estaba seriamente preocupado. Lo que había empezado siendo un pequeño contratiempo, estaba convirtiéndose en un grave problema.

-Quizá se haya caído del caballo -dijo Taran-. Podría estar tendido en cualquier parte, herido o inconsciente. -Entonces, sugiero que volvamos a donde están los demás para pedirles ayuda - dijo Fflewddur-. En esta oscuridad, cuanto más ojos seamos, mejor. - Perderíamos demasiado tiempo -replicó Taran, abriéndose paso por entre la espesura.

Gurgi le siguió, gimoteando en voz baja. El suelo fue subiendo de nivel, indicándole a Taran que estaban ya en las estribaciones de las colinas. No oían nada salvo el silbido de las ramas que se doblaban ante sus cuerpos y el crujir de los cascos de los caballos sobre los guijarros. Y de repente Taran se detuvo, sintiendo que el corazón le había dado un vuelco en el pecho. Había visto moverse algo por el rabillo del ojo. El movimiento duró sólo un instante, una sombra dentro de otra sombra. Taran siguió avanzando a tientas, intentando dominar su miedo. Los caballos estaban todavía más nerviosos que antes, y la montura de Taran echó las orejas hacia atrás y dejó escapar un relincho de temor.

Gurgi también había sentido aquella oscura presencia. El vello de la aterrorizada criatura se puso rígido y empezó a lanzar terribles aullidos.

-¡Oh, cosas malignas y perversas acechan al pobre e inofensivo Gurgi! ¡Oh, buen amo, salva la pobre y tierna cabeza de Gurgi de daños y peligros!

Taran desenvainó su espada y los compañeros siguieron avanzando a toda prisa, volviéndose a mirar varias veces hacia la oscuridad. Los caballos dejaron de querer quedarse rezagados y se lanzaron desesperadamente hacia adelante, casi arrastrando al bardo con ellos.

-¡Gran Belin! -protestó Fflewddur, a quien el impulso había hecho chocar contra un árbol, luchando por liberar su arpa del arbusto en que se había enredado-. ¡Eh, esperad un poco! ¡Puede que dentro de un momento tengamos que estar buscando a nuestras monturas y al príncipe Rhun!

Taran logró calmar a los animales, que ahora se negaban a moverse. Pese a que tiró de sus riendas, les acarició e intentó convencerles, los caballos siguieron con las patas rígidas y los ojos desorbitados. Sus flancos no paraban de temblar. Taran, agotado, acabó dejándose caer al suelo.

-Estamos buscando a ciegas y eso no nos sirve de nada -dijo-. Tenías razón - siguió, volviéndose hacia Fflewddur-. Deberíamos haber regresado al campamento.
Hemos perdido dos veces el tiempo que esperaba ahorrar, y cada segundo que nos retrasamos hace aumentar el peligro que corre Eilonwy. Y, además, hemos perdido al príncipe Rhun..., y por lo que sabemos, también a Kaw.

-Me temo que estás en lo cierto -suspiró Fflewddur-. Y a menos que tú o Gurgi sepáis dónde estamos, tengo la fuerte sospecha de que hemos acabado extraviándonos.

6 - Las pociones de Glew

Al oír estas palabras Gurgi dejó escapar un gemido y empezó a mecerse hacia atrás y hacia adelante, llevándose las manos a la cabeza. Taran intentó dominar su desesperación, e hizo un esfuerzo para calmar a la asustada criatura.

Librodot

-Lo único que podemos hacer es aguardar a que amanezca -dijo Taran-. El jefe de establos no puede estar demasiado lejos. Tendréis que encontrarle tan pronto como os sea posible. Y, por encima de todo, hay que seguir buscando a Eilonwy. Yo me encargaré de encontrar al príncipe Rhun -añadió con amargura-. He jurado protegerle de todo mal y no puedo romper mi juramento. Una vez le haya encontrado ya me las arreglaré para volver a reunirme con vosotros.

Y se quedó callado, con la cabeza gacha. Fflewddur le contempló en silencio.

-No debes dejarte abrumar por la pena -acabó diciéndole en voz baja-. Magg no podrá eludirnos durante mucho tiempo. No creo que tenga intención de hacerle daño a Eilonwy. lo único que quiere es reunirse con Achren, y le cogeremos antes de que pueda conseguirlo. Descansa. Gurgi y yo nos encargaremos de montar guardia.

Taran estaba demasiado exhausto para protestar. Se tumbó en el suelo y se tapó con su capa. Apenas hubo cerrado los ojos, su mente se llenó de imágenes y temores que empezaron a torturarle. Achren, la altiva reina, mataría a cualquier compañero que cayera en sus manos, impulsada por la rabia y el deseo de venganza. ¿Y Eilonwy? Taran no se atrevía a pensar en lo que podía pasarle cuando Achren la tuviera en su poder. Finalmente, logró caer en un inquieto sueño, revolviéndose igual que si estuviera atrapado bajo el peso de una piedra de molino.

El sol acababa de asomar por el horizonte cuando Taran abrió los ojos, sobresaltado. Fflewddur estaba sacudiéndole. La revuelta cabellera amarilla del bardo parecía un amasijo de mechones desordenados y su rostro estaba pálido a causa de la fatiga, pero en sus labios había una gran sonrisa.

-¡Buenas noticias! -exclamó-. Gurgi y yo hemos estado haciendo unas cuantas pesquisas por nuestra cuenta. No nos hemos extraviado tan gravemente como creías al principio. La verdad es que hemos estado caminando en círculos... Mira.

Taran se levantó de un salto y siguió al bardo hasta una pequeña loma.

-Tienes razón. Ahí está el bosquecillo de alisos. ¡Tiene que ser el mismo! Y allí... Recuerdo ese árbol caído, allí fue donde vi por última vez a Rhun. Vamos -añadió-, iremos hasta allí juntos. Después tendréis que seguir adelante y alcanzar al resto del grupo de búsqueda.

Los compañeros montaron a toda prisa en sus caballos y les hicieron galopar hacia el bosquecillo, pero antes de que llegaran a él la montura de Taran se encabritó y se desvió repentinamente hacia la izquierda. Un agudo relincho brotó de los árboles que cubrían la falda de una colina. Asombrado, Taran aflojó las riendas y dejó que el caballo siguiera galopando hacia el punto del que procedía aquel sonido. Unos instantes después divisó una silueta medio oculta por el follaje, y cuando estuvo algo más cerca reconoció a la yegua de Rhun.

-¡Mira! -le gritó a Fflewddur-, Rhun no puede estar lejos. Debemos de haber pasado junto a él durante la noche.

Tiró de las riendas y bajó al suelo de un salto. Pero la yegua estaba sola, y al no ver por parte alguna a su jinete, Taran sintió una nueva oleada de abatimiento. La yegua, que había visto a los otros caballos, alzó la cabeza, haciendo oscilar sus crines, y dejó escapar un nervioso relincho.

Temiendo lo peor, Taran echó a correr y dejó atrás a la yegua mientras que Fflewddur y Gurgi desmontaban y se apresuraban a seguirle. Y lo que vio le hizo detenerse como si le hubieran golpeado. Ante él había un claro y en su centro se alzaba algo que, a primera vista, parecía una inmensa colmena hecha de paja. Fflewddur logró alcanzarle y se detuvo junto a él. Taran alzó la mano en un gesto de advertencia y avanzó cautelosamente hacia la extraña choza.

En cuanto estuvo más cerca de ella pudo ver que el tejado cónico de paja trenzada tenía bastantes agujeros. Junto a la choza había amontonadas unas cuantas piedras que formaban un murete, parte del cual se había derrumbado en un montón de escombros.

Librodot

La choza carecía de ventanas y su gruesa puerta colgaba en un ángulo bastante pronunciado de unas maltrechas bisagras de cuero. Taran se acercó un poco más. Los agujeros del tejado parecían contemplarle igual que unas órbitas vacías.

Fflewddur miró a su alrededor.

-Francamente, no tengo muchas ganas de llamar a esa puerta y preguntarle a quien pueda estar dentro si ha visto o no al príncipe de Mona -murmuró-. No sé por qué, pero creo que éste es el tipo de sitio al que ni tan siquiera Rhun sería capaz de acercarse... Pero supongo que no tenemos ninguna otra forma de averiguar qué le ha pasado, ¿verdad?

Y en ese mismo instante la puerta se abrió bruscamente, empujada desde el interior. Gurgi lanzó un chillido y trepó rápidamente a un árbol, buscando refugio. La mano de Taran voló hacia la empuñadura de su espada.

-¡Hola, hola! -El príncipe Rhun estaba en el umbral, sonriente y jovial. Aparte de que parecía algo dormido, no daba la impresión de haber sufrido daño alguno-. Espero que hayáis traído algo para desayunar -añadió, frotándose las manos con entusiasmo-. Estoy medio muerto de hambre... No sé si lo habréis notado, pero el aire fresco de la mañana despierta el apetito, ¿verdad? ¡Es sorprendente!

«Pasad, pasad -siguió diciendo Rhun, mientras que Taran le contemplaba, enmudecido por la sorpresa-. Ya veréis qué cómodo es por dentro. Sí, este lugar es asombrosamente cómodo... Bueno, ¿dónde habéis pasado la noche? Espero que hayáis dormido tan bien como yo. No podéis ni imaginaros...

Taran fue incapaz de controlar por más tiempo su ira.

-¿Qué has hecho? -gritó-. ¿Por qué te separaste del grupo de búsqueda? ¡Desde luego, puedes considerarte afortunado! Podrían haberte ocurrido cosas mucho peores que el solo hecho de extraviarte...

El príncipe Rhun parpadeó y puso cara de perplejidad.

-¿Separarme del grupo de búsqueda? -preguntó-. Vaya, pero si no me separé de él. Quiero decir que no lo hice a propósito, entiéndeme... Me caí de la yegua y tuve que perseguirla hasta aquí; finalmente logré encontrarla, cerca de esa choza. Ya estaba oscureciendo, así que me fui a dormir. Creo que era lo más lógico, ¿no te parece? Lo que quiero decir es... Bueno, ¿por qué vas a dormir al aire libre cuando puedes tener un techo sobre tu cabeza?

»Y en cuanto a lo de extraviarse -siguió diciendo Rhun-, tengo la impresión de que sois vosotros los que os habéis extraviado. Dado que soy el jefe del grupo, éste tiene que seguirme y allí donde yo esté es donde hay que buscar, ¿no? Después de todo, quien está al mando...

-Sí, estás al mando -le replicó Taran con voz irritada-, y naciste para eso, ya que eres hijo de rey, pero... -Se calló. Un segundo más y habría revelado a gritos la promesa que le había hecho al rey Rhuddlum, y el juramento de proteger a su tonto hijo. Taran apretó la mandíbula-. Príncipe Rhun -le dijo fríamente-, no hace falta que nos recordéis que estamos sometidos a vuestras órdenes. Por vuestra propia seguridad, os pido que no volváis a separaros de nosotros.

-Y os aconsejo que os mantengáis bien alejado de las chozas desconocidas -dijo Fflewddur-. La última vez que entré en una estuve a punto de conseguir que me convirtieran en sapo. -El bardo meneó la cabeza-. Sí, lo mejor es evitar ese tipo de cosas... Me refiero a las chozas -añadió-. Uno nunca sabe en qué tipo de problemas puede meterse... y cuando lo descubres, ya es demasiado tarde.

-¿Convertirse en sapo? -exclamó Rhun, sin dar ni la más mínima muestra de temor-. Vaya, eso podría resultar muy interesante... Debería probarlo algún día. Pero no creo que haya motivos de preocupación. La choza está vacía. Y lleva mucho tiempo sin que nadie viva en ella.

-Bien, pues entonces debemos darnos prisa -dijo Taran, decidido a no perder de vista

Librodot

nunca más al príncipe Rhun-. Debemos reunimos inmediatamente con los otros. Tendremos que cabalgar durante bastante rato antes de alcanzarles.

-¡En seguida! -dijo Rhun, que no llevaba puesto nada aparte de su camisa-. Voy a recoger mis cosas.

Mientras tanto Gurgi había bajado del árbol. Su curiosidad natural logró imponerse a su sentido de la prudencia: cruzó el claro, metió la cabeza por el umbral y, finalmente, acabó entrando en la choza. Flewddur y un impaciente Taran le siguieron unos instantes después.

Taran comprobó que el príncipe estaba en lo cierto. Las mesas y bancos de madera estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo. Una araña había tejido una enorme red en una de las esquinas del techo, pero incluso la telaraña estaba desierta. Los restos calcinados de un fuego que llevaba mucho tiempo muerto yacían sobre las agrietadas piedras de una chimenea y junto a ella, esparcido por el suelo, había un montón de cacharros y utensilios de cocina vacíos. El lugar estaba lleno de cuencos de barro y recipientes rotos. Los agujeros del techo habían dejado entrar las hojas de más de un otoño, y éstas casi habían acabado enterrando a un escabel cuyas patas estaban convertidas en astillas. En el interior de la choza reinaba el silencio; los ruidos del bosque no lograban penetrar sus paredes. Taran, bastante nervioso, esperó a que el príncipe Rhun acabara de recoger sus cosas.

Gurgi, fascinado por tal cantidad de objetos extraños, no perdió el tiempo y empezó a hurgar por entre ellos.

-¡Mirad, mirad! -exclamó de repente, muy sorprendido, sosteniendo en sus manos un rollo de pergaminos medio rotos. Taran se arrodilló junto a Gurgi y examinó su hallazgo. No necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que los ratones lo habían descubierto antes que ellos. Un gran número de las hojas presentaban señales de haber sido mordidas; algunas otras se habían mojado por culpa de la lluvia y resultaban ilegibles. Las pocas páginas más o menos enteras estaban cubiertas de una letra pequeña y apretada. Las únicas hojas totalmente intactas estaban al final del rollo: las habían encuadernado con unas tapas de cuero hasta formar un pequeño volumen, y el pergamino de aquellas páginas estaba limpio y no había sufrido daño alguno.

El príncipe Rhun, que aún no había acabado de ponerse el cinturón con la espada, fue hacia Taran y miró por encima de su hombro.

-¡Vaya! -exclamó-. ¿Qué tenemos aquí? No tengo ni idea de qué puede ser, pero parece interesante. Oh, qué libro tan bonito, ¿verdad? No me importaría nada tener uno parecido para ir anotando todas esas cosas de las que se supone debo acordarme.

-Príncipe Rhun -dijo Taran, entregándole el volumen al príncipe de Mona, quien se apresuró a meterlo dentro de su jubón-, creedme, si hay algo que pueda ayudaros en lo más mínimo... Bien, podéis quedároslo. -Volvió a concentrarse en el resto de los pergaminos-. La verdad es que entre los ratones y la lluvia no han dejado gran cosa que pueda leerse -siguió diciendo-. Da la impresión de que esto no tiene ni principio ni final, pero por lo que puedo comprobar creo que se trata de recetas para preparar pociones.

-¡Pociones! -exclamó Fflewddur-, ¡Gran Belin, no creo que las pociones vayan a sernos demasiado útiles ahora!

Pero Taran siguió examinando las hojas de pergamino, intentando colocarlas por orden.

-Esperad, creo que he encontrado el nombre de quien escribió todo esto. Parece ser algo así como Glew. Y, como dice aquí, las pociones son para... -le falló la voz y se volvió hacia Fflewddur, contemplándole con expresión preocupada-, para hacerse más grande. ¿Qué puede significar eso? -¿Qué? -preguntó el bardo-. ¿Hacerse más grande? ¿Estás seguro de que no lo has entendido mal? -Cogió las páginas y empezó a examinarlas con gran atención. Cuando hubo terminado dejó escapar un leve silbido-. Durante mis viajes -dijo Fflewddur-, he aprendido bastantes cosas, y una de las más

Librodot

importantes es no meterse donde no te llaman. Me temo que eso es exactamente lo que hizo el tal Glew. Buscaba una poción que le permitiera volverse más grande y fuerte. Y si eso de allí son las botas de Glew -añadió, señalando hacia un rincón de la choza-, podéis estar seguro de que lo necesitaba, pues debía de ser bastante pequeño.

En el rincón, medio tapadas por las hojas, había un par de botas muy gastadas. Eran tan pequeñas que hasta un niño habría tenido dificultades para usarlas, y su diminuto tamaño y el que estuvieran vacías hizo que a Taran le parecieran casi dignas de compasión.

-Desde luego, el tal Glew debía de ser un tipo concienzudo -siguió diciendo Fflewddur-. Las hojas explican cuanto hizo, y Glew se dedicó a consignar por escrito todas sus pociones de una forma cuidadosa y metódica. En cuanto a los ingredientes que utilizaba... -dijo el bardo, torciendo el gesto-. Bueno, prefiero no pensar en ellos.

-Quizá deberíamos probar suene con esas pociones -se apresuró a decir el príncipe Rhun-. Sería muy interesante ver qué pasa, ¿no?

-¡No, no! -gritó Gurgi-. ¡Gurgi no quiere probar pociones ni lociones!

-Y yo tampoco -dijo Fflewddur-. Y, si a eso vamos, Glew tampoco tenía muchas ganas de probarlas. No pensaba tomar sus brebajes hasta no tener cierta seguridad de que funcionarían..., y no puedo culparle por ello. Obró de una forma muy inteligente.

»Por lo que deduzco de cuanto hay escrito aquí -prosiguió el bardo-, lo que hizo fue capturar a una hembra de gato montes... Supongo que debía de ser bastante pequeña, ya que Glew no era lo que se dice ningún hombretón. La trajo hasta aquí, la metió en una jaula y le fue dando a probar sus pociones tan aprisa como podía prepararlas.

-Pobre animal -dijo Taran.

-Desde luego -repuso el bardo-. No me habría gustado estar en su sitio. Sin embargo, Glew debió de encariñarse un poco con ella porque hasta llegó a darle un nombre. Aquí está: Llyan. No creo que la tratara demasiado mal, dejando aparte el que la obligaba a tomar esos horribles brebajes, claro... Quizá incluso llegara a hacerle cierta compañía, teniendo en cuenta que vivía solo.

»Y por fin lo consiguió -siguió diciendo Fflewddur-. Si os fijáis en su letra podréis daros cuenta de lo nervioso y emocionado que debía de estar Glew. Llyan empezó a crecer. Glew habla de que necesitó hacerle una jaula nueva. Y después tuvo que hacerle otra más... Qué complacido debía de sentirse. No me cuesta nada imaginarme a ese hombrecillo riéndose y fabricando pociones a toda velocidad. Fflewddur pasó a la última página.

-Y éste es el final -dijo-. Los ratones se han comido el resto del pergamino y han hecho desaparecer la última poción de Glew. En cuanto a Glew y Llyan... Bueno, se han esfumado igual que la poción.

Taran contempló las botas vacías y los cacharros de cocina esparcidos por el suelo.

-Sí, está claro que Glew ha desaparecido -dijo con voz pensativa-, pero tengo la sensación de que no se fue demasiado lejos.

-¿Por qué? -le preguntó el bardo-. Oh, ya te entiendo -dijo, estremeciéndose-. Sí, la verdad es que por el aspecto de este sitio parece que su marcha fue algo... ¿Cómo podría decirlo? Repentina, eso es. Creo que Glew debía de ser una persona muy ordenada y amante de la limpieza. No creo que se marchara dejando su choza tal y como se encuentra ahora. Y, además, sin sus botas... Pobre hombrecillo -suspiró-. Bien, eso demuestra lo peligroso que es meterse donde no te llaman. Después de haber trabajado tanto lo único que consiguió es acabar sirviéndole de comida a su hembra de gato montes. ¡Y si queréis mi opinión, creo que lo más inteligente es que nos marchemos de aquí sin perder ni un instante!

Taran asintió y se puso en pie. Nada más hacerlo oyeron relinchos de terror y el estruendo de unos cascos de caballo lanzados al galope.

-¡Los caballos! -gritó Taran, corriendo hacia la puerta.

Librodot

Antes de que pudiera llegar a ella, la puerta fue arrancada de sus goznes. Taran buscó frenéticamente su espada y retrocedió hacia el interior de la choza. Algo enorme saltó sobre él.

7 - El cubil de Llyan

Taran sintió como se le escapaba el arma de entre los dedos y tuvo que tirarse al suelo para esquivar el ataque. La criatura pasó sobre su cabeza dando un salto tremendo. Los compañeros se dispersaron por la choza, aterrados, mientras que la gran bestia gritaba enfurecida.

La choza se llenó de hojas secas que giraban en un torbellino, y por entre la confusión de bancos y escabeles que caían al suelo Taran vio a Fflewddur subiéndose de un salto a la mesa: al hacerlo se enredó con la telaraña y consiguió que ésta le cubriera de la cabeza a los pies. El príncipe Rhun, que había intentado vanamente trepar por la chimenea, se agazapó entre las cenizas del suelo. Gurgi se había encogido hasta hacerse lo más pequeño posible y tenía la espalda pegada a un rincón.

-¡Socorro, oh, socorro! -estaba gritando-, ¡Salvad la pobre y tierna cabeza de Gurgi de los arañazos y los golpes!

-¡Es Llyan! -exclamó Taran.

-¡Puedes estar seguro de que es ella! -chilló Fflewddur-. Y ahora que la veo, no me cuesta nada creer que Glew lleva mucho tiempo digerido.

Un tembloroso y ronco gruñido brotó de la garganta de la criatura y ésta se quedó inmóvil durante unos segundos, como si no supiera en qué dirección lanzarse al ataque. Taran, sentado en el suelo, pudo ver por primera vez qué aspecto tenía aquella bestia feroz.

Aunque Glew había dejado escrito que Llyan iba creciendo, Taran jamás habría podido imaginarse a una hembra de gato montes tan grande. Llyan tenía la altura de un caballo pero era más esbelta y larga; su cola, más gruesa que el brazo de Taran, parecía ocupar por sí sola la mayor parte del espacio de la choza. Su cuerpo estaba cubierto de un espeso pelaje dorado en el que se veían manchas negras y anaranjadas. Tenía el vientre blanco con manchones negros. Mechones de vello brotaban de sus orejas y unos mechones todavía más espesos se curvaban junto a sus poderosas fauces. Sus largos bigotes no paraban de moverse; sus brillantes ojos amarillos iban velozmente de un compañero a otro. Llyan tensó los labios, dejando ver unos afilados dientes blancos, y Taran tuvo la seguridad de que la gata montesa era capaz de engullir todo lo que le viniera en gana.

La gata gigante volvió su gran cabeza hacia Taran y avanzó sinuosamente hacia él. Fflewddur desenvainó su espada y saltó de la mesa, arrastrando consigo la telaraña, gritando a pleno pulmón y enarbolando su arma. Llyan giró sobre sí misma en una fracción de segundo. Su cola golpeó a Taran, haciéndole caer nuevamente al suelo; la enorme pata de Llyan cruzó el aire igual que un rayo antes de que Fflewddur hubiera tenido tiempo de lanzar un mandoble. El movimiento fue tan rápido que los ojos de Taran no lograron seguirlo; lo único que pudo ver claramente fue cómo el arma del atónito bardo salía volando por los aires y acababa yendo a parar al umbral, mientras que Fflewddur caía de espaldas.

Llyan se volvió nuevamente hacia Taran soltando un bufido y con lo que parecía un suave encogimiento de sus poderosos flancos. Se agazapó, alargando el cuello, y sus bigotes temblaron con cada paso que daba acercándose a él. Taran contuvo el aliento; no osaba mover ni un solo músculo. Llyan empezó a dar vueltas a su alrededor, olisqueándole ruidosamente. Por el rabillo del ojo Taran pudo ver al bardo, que intentaba ponerse en -pie, y le hizo una seña indicándole que se estuviera quieto.

-Creo que siente curiosidad. No parece muy enfadada -susurró Taran-. De lo

contrario ya nos habría hecho pedazos a todos. No os mováis. Quizá acabe marchándose.

-Me alegra mucho oírte decir eso -replicó Fflewddur con un hilo de voz-. Lo recordaré cuando me esté comiendo. Será un gran consuelo.

-No creo que tenga hambre -dijo Taran-. Si se ha pasado la noche cazando, debe de tener la barriga bien llena.

-Tanto peor para nosotros -dijo Fflewddur-. Nos mantendrá aquí dentro hasta que vuelva a tener apetito. Estoy seguro de que ésta es la primera vez que consigue tener cuatro cenas completas listas y esperándole dentro de su mismo cubil... -Suspiró, meneando la cabeza-. Cuando estaba en mi reino me pasaba el día dando migas a los pájaros, pero jamás creí que yo mismo acabaría siendo una especie de miga, si comprendes lo que quiero decir...

Llyan acabó tumbándose en el umbral. Humedeció una de sus enormes garras con la lengua y empezó a pasársela por encima de la oreja. Estaba tan absorta en aquella labor que daba la impresión de haber olvidado la presencia de los compañeros y Taran no pudo evitar contemplarla, fascinado, pese al miedo que sentía. Cada gesto de Llyan, incluso el más leve, estaba cargado de un terrible poder; Taran vio brillar su vello dorado, iluminado por los rayos de sol que entraban por el hueco de la puerta, y comprendió la potencia de los músculos que se ocultaban bajo él. Estaba seguro de que Llyan podía ser tan rápida como Melynlas. Pero sabía que también podía ser mortífera, y aunque en aquellos momentos no parecía tener ganas de hacerles daño a los compañeros, su estado de ánimo podía alterarse en cuestión de segundos. Taran miró a su alrededor, buscando desesperadamente una forma de recobrar la libertad o, al menos, de recuperar sus armas.

-Fflewddur -murmuró-, haz algo de ruido, no mucho pero sí el suficiente para que Llyan te mire.

-¿Cómo? -le preguntó el bardo, perplejo-, ¿Quieres que me mire? No te preocupes, no tardará en hacerlo. Me alegra que todavía no se le haya ocurrido...

Pero, pese a sus palabras, movió los pies, rascando el suelo con las botas. Llyan irguió las orejas y clavó sus ojos en el bardo.

Taran, agazapado, avanzó tan silenciosamente como pudo hacia Llyan, alargando la mano. Sus dedos buscaron cautelosamente su espada, que había caído casi junto a las patas de Llyan. La gata le golpeó, rápida como el rayo, haciéndole caer de espaldas. Taran, aterrado, comprendió que si hubiera tenido las garras fuera Llyan no sólo habría conseguido quedarse con su arma, sino también con su cabeza.

-No hay esperanza, amigo mío -dijo Fflewddur-. Es más rápida que cualquiera de nosotros.

-¡No podemos seguir perdiendo el tiempo! -exclamó Taran-, ¡Cada segundo es precioso!

-Oh, desde luego -replicó el bardo-, y los segundos se van haciendo más y más preciosos porque cada vez tenemos menos. Estoy empezando a envidiar a la princesa Eilonwy. Puede que Magg sea una sucia araña repugnante y todo eso, pero si la alternativa es enfrentarse a un montón de garras y dientes... Bueno, preferiría luchar contra él que contra Llyan. No, no -suspiró-, creo que me contentaré con sacarles el máximo provecho posible a mis últimos momentos.

Taran, desesperado, se llevó las manos a la frente.

-Príncipe Rhun -dijo en voz baja unos instantes después, mientras que Llyan empezaba a pasarse nuevamente la zarpa por los bigotes-, poneos en pie sin hacer ruido. Intentad llegar hasta esa esquina de la choza en la que hay un agujero. Si podéis hacerlo, salid por él y corred tan de prisa como os sea posible.

El príncipe de Mona asintió, pero apenas se puso en pie Llyan le miró, dejando escapar un gruñido de advertencia. El príncipe Rhun parpadeó y volvió a sentarse.

Librodot

Llyan se había quedado quieta y estaba mirando fijamente a los compañeros.

-¡Gran Belin! -susurró Fflewddur-. No hagas que se ponga nerviosa. Lo único que conseguirás es despertarle el apetito. Está claro que no piensa dejarnos salir de aquí.

-Pero tenemos que escapar -dijo Taran-. ¿Por qué no intentamos lanzarnos sobre ella todos a la vez? Quizá uno de nosotros logre huir.

Fflewddur meneó la cabeza.

-Primero despacharía al resto y después no le costaría nada atrapar a ese superviviente solitario -replicó-. Déjame pensar, déjame pensar... -Frunció el ceño, se llevó la mano a la espalda y cogió su arpa. Llyan, que no había parado de gruñir, le miró fijamente pero no se movió-. Tocar siempre me ha relajado mucho -explicó Fflewddur, apoyando el instrumento en su hombro y pasando las manos sobre las cuerdas del arpa- . No sé si eso hará que se me ocurra alguna idea; pero si toco, al menos la situación dejará de parecerme tan espantosa.

Una suave melodía brotó del arpa, y Llyan empezó a emitir un ruido de lo más peculiar.

-Gran Belin -exclamó Fflewddur, dejando de tocar-. ¡Casi me había olvidado de ella! Puede que a mí me relaje, pero ¿quién sabe qué efectos tendrá la música sobre una hembra de gato montes?

Llyan dejó escapar un extraño maullido que casi parecía una súplica. Pero en cuanto vio que Fflewddur se disponía a colgarse nuevamente el arpa del hombro el tono del maullido cambió, haciéndose mucho más áspero. Ahora estaba gruñendo amenazadoramente.

-¡Fflewddur! -murmuró Taran-, ¡Sigue tocando!

-No pensarás que le gusta mi música, ¿verdad? -replicó el bardo-. La verdad, me resultaría bastante difícil de creer. Vaya, si hasta algunos seres humanos han dicho cosas bastante feas sobre mi música. No me parece probable que una gata gigante sea capaz de apreciarla mejor que ellos... -Pero volvió a pasar los dedos por las cuerdas.

Y esta vez a Taran no le quedó ni la más mínima duda: Llyan estaba fascinada por el arpa. El gran cuerpo de la gata se fue relajando, sus músculos parecieron volverse casi líquidos y Llyan empezó a pestañear pacíficamente. Para estar seguro, Taran le pidió a Fflewddur que dejara de tocar. Apenas lo hizo, Llyan empezó a ponerse nerviosa. Movió la cola, y sus bigotes temblaron con lo que sólo podía ser irritación. Y en cuanto Fflewddur volvió a tocar, Llyan apoyó la cabeza en el suelo, con las orejas apuntando hacia adelante, y se dedicó a contemplarle con adoración.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi-. ¡Sigue con los acordes y los discordes!

-Créeme -le dijo el bardo con voz temblorosa-, no tengo ni la más mínima intención de parar.

Llyan cruzó las patas ante su enorme pecho y empezó a emitir un ruido que recordaba al de un enjambre de abejas. Su boca se curvó en una sonrisa, y la punta de su rabo se fue moviendo suavemente siguiendo el compás de la música.

-¡Ésa es la respuesta! -exclamó Fflewddur, levantándose de un salto-. ¡Huid, amigos, aprovechad que se ha calmado! -Pero apenas se hubo levantado, Llyan se incorporó también, furiosa, y el bardo tuvo que volver a sentarse, pulsando rápidamente las cuerdas para seguir con vida.

-Tú música la tranquiliza, pero creo que no piensa dejarnos marchar -dijo Taran, preocupado.

-No es eso -dijo el bardo, mientras que sus manos volaban sobre las cuerdas del arpa- . Creo que vosotros podréis salir de aquí sin ningún problema. Por desgracia - añadió con voz abatida-, ¡me temo que está decidida a quedarse conmigo!

8 - El arpa de Fflewddur

Librodot

-¡Escapad de este lugar! -les dijo el bardo con voz apremiante mientras sus dedos seguían pulsando las cuerdas sin parar ni un segundo-. ¡Marchaos! No tengo ni idea de cuánto tiempo van a durarle las ganas de escucharme..., ¡ni de cuánto rato seré capaz de seguir tocando!

-Tiene que haber otra solución -exclamó Taran-. No podemos dejarte aquí.

-No creas que la idea me gusta más que a ti -replicó el bardo-, pero es vuestra única oportunidad. Tenéis que aprovecharla ahora mismo.

Taran no sabía qué hacer. Fflewddur estaba muy serio y su rostro empezaba a dar ya ciertas señales de cansancio.

-¡Marchaos! -repitió Fflewddur-. Seguiré tocando todo el tiempo posible. Cuando no pueda seguir haciéndolo, Llyan quizá decida que no quiere comerme y acabe marchándose a cazar. No os preocupéis. Si lo del arpa no funciona, ya se me ocurrirá alguna otra idea.

Taran se dio la vuelta, desesperado. Llyan estaba tumbada de costado en el umbral, con una pata extendida y la otra junto a su vello leonado. Su cuello se arqueó y su enorme cabeza se volvió hacia Fflewddur. Aquella criatura salvaje parecía encontrarse muy a gusto y casi transmitía una impresión de mansedumbre. Sus ojos amarillos, medio ocultos tras los párpados, siguieron clavados en el bardo mientras que Taran se movía sigilosamente para ir hasta donde estaban Gurgi y el príncipe Rhun. La espada de Taran seguía junto a las otras armas, bajo su pata, y Taran no se atrevió a hacer ningún intento de recuperarla, pues temía romper el hechizo creado por el arpa de Fflewddur.

El agujero que había en el rincón de la choza permitía acceder al claro. Taran le indicó por señas al príncipe que saliera por él. Gurgi le siguió, andando de puntillas, con los ojos desorbitados por el miedo; tuvo que sujetarse las mandíbulas con ambas manos para impedir que le castañetearan los dientes.

Taran seguía sin decidirse a salir de la choza, y se volvió una vez más hacia el bardo.

-¡Fuera, fuera! -le ordenó Fflewddur, haciéndole señas frenéticamente-. Me reuniré con vosotros tan pronto como pueda. ¿Acaso no te he prometido que haría una nueva canción? Te aseguro que podrás oírla interpretada por mí mismo. Hasta entonces... ¡Adiós!

El tono y la mirada de Fflewddur no admitían discusión alguna. Taran saltó por el agujero y un instante después se encontró fuera de la choza.

Tal y como temía Taran, los caballos, asustados ante la presencia de Llyan, habían acabado por romper sus riendas y salir huyendo. Gurgi y el príncipe Rhun ya habían atravesado el claro y se habían esfumado en el bosque. Taran echó a correr y no tardó en reunirse con ellos. Rhun ya había empezado a ir un poco más despacio: respiraba con dificultad y tenía la impresión de que le fallarían las piernas en cualquier momento. Taran y Gurgi cogieron al tambaleante príncipe por los brazos y le hicieron seguir avanzando tan de prisa como les fue posible.

Los tres compañeros avanzaron durante unos minutos por entre la espesura, luchando con las ramas y los matorrales. El bosque había empezado a volverse menos denso: Taran no tardó en divisar una pradera y se detuvo en cuanto salieron de entre los árboles. Sabía que el príncipe Rhun había llegado al límite de sus fuerzas, y su única esperanza era que estuvieran lo bastante lejos de Llyan como para encontrarse a salvo.

El príncipe de Mona se dejó caer en la hierba, agradecido.

-Dentro de unos momentos podré volver a levantarme -protestó débilmente. La capa de hollín que le cubría el rostro no lograba disimular la palidez de su piel, pero, aun así, hizo un valeroso esfuerzo por sonreír con su acostumbrada jovialidad-. Es sorprendente lo que cansa correr, ¿verdad? Espero que encontremos pronto al jefe de establos; tengo muchas ganas de poder ir nuevamente a caballo.

Taran, sin responderle, clavó sus ojos en Rhun. El príncipe de Mona acabó

Librodot

inclinando la cabeza.

-Ya sé lo que estás pensando -dijo Rhun en voz baja-. De no ser por mí no estaríais en semejante apuro. Y me temo que tienes razón. Todo lo sucedido es culpa mía. Lo único que puedo hacer es pediros perdón. La verdad, no soy lo que se dice una lumbrera... -añadió Rhun, sonriendo con tristeza-. Hasta mi vieja nodriza solía decir que era capaz de tropezar con mis pies. Pero no creáis que me gusta ser tan torpe. No es lo que la gente espera de un príncipe... No fui yo quien pidió nacer teniendo sangre real, eso al menos no es culpa mía. Pero dado que así ocurrió... Bueno, mi mayor deseo es llegar a ser digno de ese linaje.

-Si lo deseas acabarás consiguiéndolo -respondió Taran, sintiéndose extrañamente conmovido por la franqueza del príncipe de Mona, y sintiendo también una considerable vergüenza ante el mal concepto en que había tenido hasta ahora a Rhun-. Soy yo quien debe pedirte perdón. Si envidiaba tu rango es porque creía que lo considerabas un mero regalo de la fortuna y lo aceptabas como algo caído del cielo. Acabas de decir una gran verdad: si un hombre quiere ser digno de ocupar una posición en la vida, sea la que sea, antes debe esforzarse por ser realmente un hombre.

-Sí, eso es justo lo que quería decir -se apresuró a responder Rhun-. Y por eso mismo tenemos que encontrar lo más de prisa posible al jefe de establos. ¿No lo comprendéis? Tenía la esperanza de que al menos sabría hacer una cosa bien. Quiero... Bueno, quiero ser el que encuentre a la princesa Eilonwy. Después de todo, voy a casarme con ella.

Taran le miró, asombrado.

-¿Cómo lo sabes? Creía que sólo tus padres...

-Oh, el castillo siempre está lleno de rumores y de vez en cuando oigo un poco más de lo que se supone debo saber -replicó Rhun-. Supe que estaban planeando un matrimonio incluso antes de que mandaran a buscar a la princesa Eilonwy para traerla a Mona.

-Ahora lo único importante es la seguridad de Eilonwy... -empezó a decir Taran, y no supo muy bien cómo continuar, pues en lo más hondo de su corazón sabía que anhelaba ser el salvador de Eilonwy tanto como lo deseaba Rhun. Pero comprendía que había llegado el momento de tomar una decisión ineludible-. El grupo de búsqueda ya está muy lejos -dijo Taran, y aquellas palabras le costaron un gran esfuerzo, pero cada palabra le obligaba a seguir avanzando hacia una elección tan clara como dolorosa-. Sin caballos no tenemos ni la más mínima esperanza de alcanzarles. Seguir buscando a pie resultaría demasiado duro y peligroso. Sólo nos queda un camino que seguir: el que nos llevará de regreso a Dinas Rhydnant.

-¡No, no! -exclamó Rhun-. El peligro no me importa. Tengo que encontrar a Eilonwy.

-Príncipe Rhun, tengo que deciros una cosa -añadió Taran, procurando hablar con la máxima dulzura posible-. Vuestro padre me hizo prometer que os protegería de todo mal, y yo le di mi juramento de que así lo haría.

Rhun le miró entristecido.

-Tendría que habérmelo imaginado. Sí, lo supe desde el principio: por mucho que mi padre dijera que me había puesto al mando del grupo, no era yo quien mandaba. Igual que tampoco mando ahora... Comprendo. Estoy a tus órdenes. Sea cual sea la decisión final, eres tú quien debe tomarla.

-Hay otros que pueden llevar a cabo esa tarea mejor que nosotros -dijo Taran-. Y en cuanto a...

-¡Mirad, mirad y observad! -gritó Gurgi, que había estado agazapado junto al tronco de un fresno-. ¡Mirad, ya viene, asustado y perseguido!

Estaba moviendo los brazos de un lado para otro, y señalaba hacia una estribación del terreno. Taran vio una silueta que corría desesperadamente.

El bardo bajó a toda velocidad por la pendiente, con el arpa rebotando sobre su

hombro, la capa enrollada bajo un brazo y sus flacas piernas moviéndose a toda velocidad. Cuando llegó junto a ellos se dejó caer al suelo y se pasó la mano por el rostro, que chorreaba sudor.

-¡Gran Belin! -jadeó Fflewddur-. Cómo me alegra volver a veros... -Desenrolló su capa y sacó de ella las espadas que habían perdido en la choza, entregándoselas a los compañeros-. Y creo que todos nos alegramos mucho de ver nuevamente a estas amigas nuestras, ¿verdad?

-¿Estás herido? -le preguntó Taran-, ¿Cómo lograste escapar? ¿Cómo has conseguido encontrarnos?

El bardo, que seguía resoplando, alzó la mano.

-Dame un momento para que recupere el aliento: creo que me lo he dejado olvidado mientras corría. ¿Herido? Bueno, en cierta manera, sí -añadió, mirándose los dedos cubiertos de ampollas-. Pero encontraros no ha sido ningún problema. Rhun debió de llevarse consigo todas las cenizas que había en la chimenea de Glew. Tendría que haber estado ciego para no ver ese rastro...

»En cuanto a Llyan -siguió diciendo Fflewddur-, podéis estar seguros de que los bardos harán unas cuantas canciones sobre lo ocurrido. Creo que he cantado, tocado, silbado y tarareado todo el repertorio que conozco, y cuando terminé con él volví a empezar desde el principio. Estaba convencido de que, por corta que fuese, pasaría el resto de mi vida dándole a las cuerdas del arpa. ¡Recordad mi apurada situación! -exclamó, levantándose de un salto-. Solo y enfrentado a un monstruo feroz. ¡Bardo contra bestia! ¡Bestia contra bardo!

-Así que la has matado -dijo Taran-. Qué gran hazaña... Aunque casi lo lamento, pues la verdad es que Llyan era un animal muy hermoso.

-Ah... Bueno, la verdad -se apresuró a decir Fflewddur, pues las cuerdas del arpa se habían tensado igual que si estuvieran a punto de romperse todas a la vez-. Acabó durmiéndose. Cogí nuestras espadas y corrí tan rápido como pude.

Fflewddur volvió a dejarse caer sobre la hierba y empezó a masticar la comida que Gurgi le había ofrecido.

-Pero no sé de qué humor estará cuando despierte -siguió diciendo el bardo-. Estoy seguro de que me perseguirá. Estos gatos monteses son unos rastreadores natos; y dado que Llyan es diez veces más grande que un gato montes normal, debe de ser diez veces más astuta. No creo que se dé por rendida fácilmente. Tengo la sensación de que su paciencia es tan larga como su cola. Pero me sorprende haberos encontraros tan cerca de la choza. Pensaba que ya habríais recorrido una gran distancia y que estaríais a punto de reuniros con el grupo de búsqueda.

Taran meneó la cabeza y le contó al bardo que había decidido volver a Dinas Rhydnant.

-Supongo que es lo mejor -admitió Fflewddur de mala gana-. Especialmente ahora, con Llyan rondando por aquí.

Taran examinó las colinas buscando el sendero más seguro y fácil de seguir, y contuvo el aliento. Un punto oscuro se movía en el cielo. Trazó unos cuantos círculos sobre ellos y un instante después se dejó caer en línea recta hacia los compañeros.

-¡Es Kaw!

Taran echó a correr hacia adelante, extendiendo los brazos. El cuervo siguió bajando y se posó en su muñeca. El pájaro mostraba señales de haber estado volando durante mucho tiempo; tenía las plumas tiesas y parecía un montón de trapos sucios, pero nada más aterrizar en la muñeca de Taran abrió el pico y empezó a parlotear nerviosamente. -¡Eilonwy! -graznó Kaw-. ¡Eilonwy!

9 - La suerte de Rhun

Librodot

-¡La ha encontrado! -gritó Taran, mientras que los compañeros rodeaban al cuervo, que parecía haber enloquecido-. ¿Adonde la ha llevado Magg?

-¡Alaw! -graznó Kaw-. ¡Alaw!

-¡El río! -exclamó Taran-, ¿A qué distancia se encuentra?

-¡Cerca! ¡Cerca! -replicó Kaw.

-Ahora ya podemos olvidarnos de volver a Dinas Rhydnant -exclamó el príncipe Rhun-. Magg está en nuestras manos. Dentro de nada habremos conseguido rescatar a la princesa.

-Siempre que antes Llyan no consiga echarnos la zarpa encima -murmuró Fflewddur. Se volvió hacia Taran-. ¿Crees que Kaw podría llevarle un mensaje al jefe de establos? La verdad, no me importa confesar que me sentiría bastante más seguro teniendo unos cuantos guerreros a mi espalda.

-Perder más tiempo sería muy arriesgado -respondió Taran-. El príncipe Rhun tiene razón. Debemos actuar ahora mismo o Magg se nos escapará de entre los dedos. De prisa, viejo amigo -le dijo a Kaw con voz apremiante, indicándole que volviera a levantar el vuelo-. Llévanos hasta el río Alaw.

Se pusieron en marcha sin perder ni un segundo. El cuervo revoloteaba de un árbol a otro, parloteando impacientemente hasta que los compañeros lograban alcanzarle. Entonces, lanzándose de nuevo al aire, Kaw seguía volando en la dirección que deseaba verles tomar. Taran sabia que el cuervo estaba haciendo cuanto podía para sacarles de las colinas con la mayor rapidez posible; pero el bosque y la maleza formaban una barrera tan espesa que en muchas ocasiones los compañeros se vieron obligados a desenvainar sus espadas y abrirse paso por entre ella a mandobles.

Su avance no se vio facilitado hasta bien entrada la tarde, cuando Kaw les guió a través de una llanura que no tardó en convertirse en una serie de hondonadas cubiertas de guijarros. La hierba escaseaba y había muchas zonas de tierra desnuda en la que se veían esparcidos peñascos blancos como la tiza que parecían mojones dejados por gigantes.

-Con todos los guerreros de Rhuddlum registrando Mona, ¿cómo es posible que esa araña haya logrado escapársenos durante tanto tiempo? -exclamó Fflewddur, irritado, mientras empezaban a descender hacia el río.

-Magg ha sido más astuto de lo que pensábamos -dijo Taran con amargura-. Estoy seguro de que se llevó a Eilonwy a las colinas de Parys, pero debió de permanecer escondido sin hacer ningún movimiento hasta saber que el grupo de búsqueda le había dejado atrás.

-¡Villano! -bufó Fflewddur-. Sí, eso debió de ser. ¡Mientras que todos nosotros nos íbamos alejando más y más del castillo, el maldito Magg esperaba cómodamente en su escondite a que hubiéramos pasado de largo dejándole atrás! No importa... ¡Pronto le tendremos en nuestras manos y le haremos pagar bien cara esa estratagema!

Kaw, que estaba volando en círculos sobre las cabezas de los compañeros, se había ido poniendo cada vez más nervioso y de su pico empezó a brotar una ronca serie de graznidos. Taran vio bajo ellos el brillo de las aguas del Araw. Kaw se lanzó en línea recta hacia el río. Los compañeros bajaron corriendo por la cuesta, con el príncipe Rhun jadeando y resoplando detrás de ellos. Kaw se posó en una rama y empezó a mover frenéticamente las alas.

Taran sintió que el corazón le daba un vuelco. No se veía rastro alguno de Eilonwy o Magg.

-¡Fflewddur! -gritó, poniendo una rodilla en tierra-, ¡De prisa! Aquí hay huellas de caballos. Dos, por lo menos. -Fue siguiendo el rastro durante unos cuantos metros y acabó deteniéndose, perplejo-. Mirad esto -le dijo al bardo y a Gurgi, que ya habían logrado alcanzarle-. Las huellas de los dos caballos van por caminos diferentes. No entiendo qué puede haber ocurrido... Príncipe Rhun -gritó-, ¿podéis ver algo?

Librodot

Pero el príncipe de Mona no le respondió. Taran se levantó de una salto y giró sobre sí mismo.

-¡Rhun! -gritó. Pero el príncipe había desaparecido-. ¡Ha vuelto a perderse! -gritó Taran, enfurecido-. ¡Ese maldito idiota...! ¿Dónde se ha metido?

Los tres compañeros corrieron hacia la orilla, llamando a gritos al príncipe. Taran ya estaba a punto de partir en su búsqueda cuando el príncipe de Mona apareció de pronto tras un macizo de sauces.

-¡Hola, hola! -Rhun corrió hacia ellos, sonriéndoles con una inmensa satisfacción, y antes de que el aliviado pero aún irritado Taran pudiera reñirle, les dijo-: ¡Fijaos en esto! ¡Sorprendente! ¡Realmente asombroso!

El príncipe Rhun alargó la mano hacia ellos. En su palma reposaba el juguete de Eilonwy.

Taran contempló la esfera dorada con el corazón latiendo a toda velocidad.

-¿Dónde la habéis encontrado?

-Oh, allí arriba -respondió Rhun, señalando una roca cubierta de musgo-. Vi que todos habíais empezado a buscar huellas de caballos y pensé que lo mejor sería buscar por otro sitio, así ahorraríamos algo de tiempo. Y esto es lo que encontré.

Le entregó el juguete a Taran, y éste se lo guardó cuidadosamente dentro del jubón.

-Ha conseguido llevarnos hasta nuevas huellas -dijo Fflewddur, examinando la hierba-. Algo bastante grande y plano ha sido arrastrado por encima de este sitio. -Se rascó el mentón, pensativo-. Me pregunto si... ¿Un bote, quizá? ¿Será posible que esa araña maligna tuviera preparado un bote? No me sorprendería nada enterarme de que lo había planeado todo antes de que Eilonwy llegara a Mona.

Taran fue hacia la orilla.

-Veo huellas de pasos -les dijo-. El suelo está lleno de señales. Eilonwy debió de luchar con él... Sí, aquí mismo. Y supongo que aquí fue donde se le cayó el juguete. -Abatido, contempló la caudalosa y rápida corriente del Alaw-. Sí, Fflewddur, has interpretado bien las señales -dijo-. Magg tenía un bote escondido. Soltó a los caballos y permitió que se fueran al galope.

Taran se quedó inmóvil durante unos momentos, contemplando las turbulentas aguas, y acabó desenvainando su espada.

-Vamos, echadme una mano -le gritó a Gurgi y al bardo mientras echaba a correr hacia los sauces.

-Eh, ¿qué piensas hacer? -gritó Rhun mientras Taran empezaba a cortar las ramas más bajas de un tronco-. ¿Vas a encender una hoguera? No creo que haga mucha falta...

-Podemos construir una balsa -replicó Taran, arrojando las ramas cortadas al suelo-. El río ayudó a Magg. Ahora nos ayudará a nosotros.

Los compañeros arrancaron lianas de los troncos y las usaron para unir las ramas cortadas, alargando aquellos improvisados cordajes con tiras hechas de sus propias ropas. La balsa no tardó en quedar lista, aunque no parecía muy marinera y recordaba más a un haz de leña para el fuego que a una auténtica balsa. Taran estaba haciendo los últimos nudos en las lianas y las tiras de tela cuando Gurgi dejó escapar un chillido de temor. Taran se levantó de un salto y giró en redondo mientras que Gurgi agitaba frenéticamente los brazos señalando hacia los árboles que había junto a la orilla.

Llyan salió del bosque. La inmensa hembra de gato montes se quedó inmóvil un par de segundos, con una pata levantada, agitando la cola, y sus ojos llameantes se clavaron en los compañeros haciéndoles retroceder, aterrorizados.

-¡La balsa! -gritó Taran-. ¡Tenemos que meterla en el río!

Cogió un extremo de la balsa y empezó a tirar de él para llevarla al agua. Gurgi corrió en su ayuda sin parar de chillar. El príncipe Rhun hacía cuanto podía para echarle una mano. Pero el bardo ya se había metido en el agua, con la corriente hasta las caderas, y estaba tirando frenéticamente de las ramas.

Librodot

Llyan miró al bardo: sus bigotes temblaron suavemente y sus velludas orejas se inclinaron hacia adelante. De su garganta brotó algo que no era un rugido salvaje, sino una nota casi musical llena de duda y vacilación. Un instante después fue hacia ellos, moviéndose velozmente sobre sus inmensas patas acolchadas, con un brillo extraño en la mirada. Y, ronroneando a toda potencia, la gran gata fue en línea recta hacia el bardo.

-¡Gran Belin! -chilló Fflewddur-. ¡Quiere que vuelva con ella!

Kaw, que había estado todo el rato posado en una rama baja, movió sus alas y se lanzó contra Llyan. Mientras graznaba y chillaba con toda la potencia de sus pulmones, el cuervo empezó a revolotear delante de la asombrada bestia. Llyan se detuvo y dejó escapar un rugido de irritación. Kaw pasó a unos centímetros de la inmensa cabeza de Llyan, rozándola con sus alas y propinándole unos cuantos golpes con su agudo pico.

Cogida por sorpresa, Llyan apoyó los cuartos traseros en el suelo y se dispuso a enfrentarse al cuervo. Kaw giró sobre sí mismo y volvió a lanzarse sobre ella. Llyan dio un salto, con las garras fuera, propinándole un terrible zarpazo. Una nube de plumas llenó el aire y Taran gritó, aterrado, pero un instante después vio que el cuervo seguía intacto y se disponía a lanzarse de nuevo sobre Llyan. Kaw empezó a bailotear burlonamente ante su rostro, igual que una gran avispa negra, como desafiándole a que le cogiera, moviendo las alas delante de su hocico, para acabar alejándose otra vez de ella. Su nuevo ataque le trajo tan cerca de los dientes de Llyan que éstos se cerraron sobre una de las plumas de su cola, pero Kaw logró cogerle uno de los bigotes con el pico y se lo retorció.

Llyan, olvidándose del bardo y de los compañeros que seguían luchando con la balsa, dejó escapar un maullido de irritación y empezó a perseguir al cuervo, que había alzado el vuelo apartándose de la orilla y dirigiéndose hacia el bosque. Llyan fue detrás de él y sus rugidos no tardaron en hacer temblar los árboles.

Los compañeros lograron echar la balsa al río y treparon a bordo de ella. La corriente se apoderó de la balsa y la hizo girar en redondo, faltando muy poco para que ésta volcara antes de que Taran tuviera tiempo de meter una pértiga en el agua. Fflewddur y Gurgi consiguieron apartar la balsa de un peñasco con el que estaban a punto de chocar. El príncipe Rhun, calado hasta los huesos, remaba desesperadamente con las manos. Un instante después la balsa logró enderezarse y los compañeros empezaron a deslizarse con rapidez corriente abajo.

Fflewddur, que tenía la cara tan pálida como la de un muerto, dejó escapar un suspiro de alivio.

-¡Estaba convencido de que me había pillado! ¡Creedme, estoy seguro de que no podría aguantar otra sesión de arpa como la anterior! Espero que Kaw logre salir bien librado -añadió con una expresión de preocupación en el rostro.

-No te preocupes, Kaw sabrá encontrarnos -le tranquilizó Taran-. Es lo bastante listo como para mantenerse fuera del alcance de Llyan hasta tener la seguridad de que estamos a salvo. Si Llyan decide perseguirle, creo que será ella quien se lleve la peor parte.

Fflewddur asintió, ladeó la cabeza y miró por encima de su hombro.

-Bueno, realmente, es la primera vez que mi música despierta un..., eh..., bueno, un entusiasmo tan grande -dijo con algo que casi era pena en su voz-. ¡Si no fuera por lo peligroso que resulta, casi lo consideraría un cumplido!

-Eh -gritó el príncipe Rhun, agazapado en la parte delantera de la balsa-, no es que pretenda criticaros después del esfuerzo que os habéis tomado, pero creo que algo se está rompiendo.

Taran, que había estado muy concentrado en el problema de guiar la balsa, miró hacia abajo, alarmado. Las lianas, anudadas a toda prisa, estaban empezando a ceder. Los rápidos hacían temblar la balsa. Taran hundió su pértiga al máximo, buscando el fondo del río, intentando detenerla. La corriente siguió impulsándoles y las ramas

Librodot

empezaron a partirse en dos mientras que el agua entraba por las grietas que había entre rama y rama. Una de las lianas se rompió y la balsa perdió primero una rama y luego otra. Taran arrojó a un lado la pértiga, que ya no servía de nada, gritando a los compañeros que debían abandonar la balsa. Agarró al príncipe Rhun por el jubón y se lanzó al río.

El príncipe Rhun se hundió en el agua, manoteando y debatiéndose frenéticamente. Taran agarró con más fuerza al casi ahogado príncipe y luchó por volver a la superficie. Logró cogerse a un peñasco con la mano que tenía libre y, finalmente, encontró un buen asidero entre las piedras. Después, tirando de él con todas sus fuerzas, llevó a Rhun hasta la orilla y le depositó en ella.

Gurgi y Fflewddur habían conseguido sujetarse a los restos de la balsa y estaban llevándola hacia una parte del río menos profunda. El príncipe Rhun logró sentarse y miró algo consternado a su alrededor.

-Creo que nunca había estado tan cerca de ahogarme -jadeó-. Siempre me había preguntado qué se sentiría, pero la verdad es que no me quedan ganas de averiguarlo.

-¿Ahogarse?-dijo Fflewddur, mientras contemplaba los restos de la balsa-, ¡Si sólo fuera eso...! Todo nuestro esfuerzo ha sido inútil.

Taran se puso en pie, luchando con el agotamiento.

-Casi todas las ramas siguen enteras. Cortaremos más lianas y haremos otra balsa.

Los desanimados compañeros se concentraron en la tarea de reparar la balsa, que había quedado esparcida a lo largo de la orilla. Necesitaron bastante más tiempo que la primera vez, pues aquí apenas si había árboles y las lianas escaseaban.

El príncipe de Mona había encontrado un cañizo y Taran vio como tiraba de él, intentando arrancarlo del suelo. Cuando volvió a mirarle, un instante después, Rhun había desaparecido.

Taran dejó caer el puñado de lianas que sostenía, lanzó un grito de alarma y corrió hacia allí, llamando desesperadamente a Rhun.

El bardo alzó la mirada.

-¡No, otra vez no! -exclamó-. ¡Si caminara por un campo en el que hubiese un sola piedra estoy convencido de que sabría tropezar con ella! ¡Un Fflam es hombre paciente, pero incluso su paciencia tiene límites!

Pese a sus palabras, corrió hacia Taran, que ya estaba arrodillándose junto al cañizo.

Allí donde había estado Rhun se veía un agujero. El príncipe de Mona se había esfumado.

10 - La caverna

Sin hacer caso al grito de advertencia lanzado por Fflewddur, Taran saltó dentro del agujero y se encontró cayendo sobre un montón de raíces medio rotas. Allí el agujero se hacía un poco más grande, convirtiéndose en una especie de pozo. Taran le dijo al bardo que le trajera unas cuentas lianas, se dejó caer por el pozo y aterrizó junto a Rhun, que estaba inconsciente y sangraba profusamente por una herida de la sien. Taran intentó levantarle.

El extremo de la liana apareció sobre su cabeza. Taran lo cogió, atándolo por debajo de los hombros del príncipe, y le gritó a Fflewddur y a Gurgi que tiraran de él. La liana se fue tensando cada vez más... y se partió. Una lluvia de tierra y guijarros cayó por el agujero.

-¡Cuidado! -gritó Taran-. ¡El suelo está a punto de hundirse!

-Me temo que tienes razón -le respondió Fflewddur-. Y, en tal caso, creo que sería mejor que bajáramos a echarte una mano.

Taran vio las suelas de las botas de Fflewddur que caían con gran velocidad hacia él. El bardo aterrizó con un gruñido y Gurgi, cuya cabeza daba la impresión de haber

recogido casi toda la tierra suelta del pozo, apareció unos instantes después junto a él.

Los párpados del príncipe Rhun se movieron levemente.

-¡Hola, hola! -murmuró-, ¿Qué ha pasado? ¡Esas raíces debían de ser increíblemente largas!

-Las aguas del río han debilitado esta parte de las orillas -dijo Taran-. Cuando te tiraste, el peso de tu cuerpo y la tensión crearon este agujero. No temas -se apresuró a añadir-, en seguida te sacaremos. Ayúdanos a darte la vuelta. ¿Puedes moverte?

El príncipe asintió, apretando la mandíbula y, con la ayuda de los compañeros, empezó a trepar lenta y laboriosamente por la pared del pozo. Pero apenas había logrado llegar hasta la mitad cuando perdió pie. Taran corrió hacia él para detener su caída. Rhun agitó frenéticamente las manos, logró agarrarse a una raíz y se quedó suspendido en el aire durante unos segundos.

La raíz acabó desprendiéndose y Rhun cayó al suelo. La tierra gruñó sordamente y las paredes del pozo se derrumbaron sobre ellos. Taran alzó los brazos, intentando protegerse del diluvio de tierra y guijarros. Cayó de espaldas y el suelo se resquebrajó bajo sus pies, esfumándose y precipitándole en la nada.

Algo chocó contra él, dejándole aturdido. Tenía la nariz y la boca llenas de tierra. Con los pulmones a punto de estallar, Taran luchó contra aquel peso que intentaba arrebatarle la vida. Sólo entonces se dio cuenta de que había dejado de caer. La cabeza seguía dándole vueltas, pero aun así logró retorcerse y empezó a abrirse paso por entre la tierra y los cascotes. Finalmente, logró liberarse y pudo volver a respirar.

Se dejó caer sobre un suelo de roca ligeramente inclinado, jadeando, tembloroso, perdido en una oscuridad tan profunda que le pareció estar ahogándose en ella. Por fin, cuando hubo recobrado las fuerzas suficientes para levantar la cabeza, intentó vanamente distinguir algo por entre las sombras que llenaban sus ojos. Gritó llamando a los compañeros, pero no obtuvo respuesta alguna. Su voz resonaba con un extraño eco apagado. Desesperado, volvió a gritar.

-¡Hola, hola! -chilló otra voz.

-¡Príncipe Rhun! -llamó Taran-. ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

-No lo sé -replicó el príncipe-. Si pudiera ver mejor quizá podría responderte de una forma algo más exacta.

Taran se puso a cuatro patas y empezó a arrastrarse hacia adelante. Sus dedos encontraron una masa peluda que empezó a moverse y a gimotear.

-¡Terrible, oh, terrible! -chilló Gurgi-, Los gruñidos y los crujidos han hecho que el pobre Gurgi cayera en una temible negrura. ¡No puede ver nada!

-Gran Belin -dijo la voz de Fflewddur brotando de la oscuridad-, me encanta oír eso. Por un instante pensé que me había quedado ciego. Juro que puedo ver mejor con los ojos cerrados!

Taran le ordenó a Gurgi que se agarrara a su cinturón y empezó a arrastrarse hacia el punto del que llegaba la voz del bardo. Poco después los compañeros volvían a estar juntos, incluyendo al príncipe Rhun, que había logrado localizarles.

-Fflewddur -dijo Taran, muy preocupado-, me temo que el deslizamiento ha cegado el agujero. ¿Crees que resultaría peligroso intentar abrirnos paso por la avalancha?

-La verdad, no creo que se trate tanto de abrirse paso como de encontrar dónde está, ¿comprendes? -replicó el bardo-. Y me parece altamente dudoso que consigamos abrir un agujero con toda esa cantidad de tierra encima. Incluso un topo tendría ciertas dificultades para ello, aunque estoy dispuesto a intentarlo. ¡Un Fflam jamás se amilana! Pero -añadió-, sin una luz que nos guíe pasaremos el resto de nuestras existencias buscando el sitio adecuado donde hacer ese agujero. Taran asintió, frunciendo el ceño.

-Cierto. La luz nos es tan preciosa como el aire. -Se volvió hacia Gurgi-. Intenta usar tus pedernales. No tenemos yesca, pero si consigo que la chispa prenda en mi capa quizá baste para incendiarla. -Oyó una serie de roces y susurros, como si Gurgi

estuviera registrándose a sí mismo, y un instante después pudo escuchar un gemido de desesperación.

-¡Las piedras de fuego han desaparecido! -gimoteó Gurgi-. ¡El pobre y desgraciado Gurgi ya no puede hacer llamas! ¡Las ha perdido, oh, pena y miseria! Gurgi irá a buscarlas. Taran le dio unas palmaditas en el hombro. -No, quédate con nosotros -le dijo-. Valoro tu vida más que cualquier piedra de fuego. Ya encontraremos alguna otra forma. ¡Esperad! -gritó-. ¡El juguete de Eilonwy! ¡Si consiguiéramos hacer que funcione...!

Metió la mano en su jubón, sacó la esfera y la mantuvo oculta durante unos segundos, temiendo el desengaño que supondría el que la esfera se negara a brillar.

Después, conteniendo el aliento, apartó la mano con que la tapaba. La esfera dorada reposaba en el hueco de su mano; podía sentir su lisa y fría superficie y su peso, que poseía una cualidad extraña, distinta a la de cualquier peso normal. Notó los ojos de los compañeros clavados en él y no le costó nada adivinar la ex presión de esperanza con que le estarían contemplando. Pero la oscuridad era más profunda y asfixiante que nunca. El juguete no desprendía ni la más leve chispa de luz.

-No sé cómo conseguirlo -murmuró Taran-. Me temo que un Ayudante de Porquerizo no es la persona indicada para ser obedecido por un objeto tan lleno de magia y belleza.

-Pues conmigo no hace falta ni probarlo -dijo el príncipe Rhun-, Ya sé que soy incapaz de hacerla funcionar. Cuando la cogí por primera vez, la esfera se apagó apenas tenerla en mis manos. ¡Sorprendente! La princesa Eilonwy sabía manejarla con tal facilidad...

Taran fue a tientas hacia Fflewddur y puso la esfera en su mano.

-Tú conoces la sabiduría de los bardos y los secretos de la hechicería -le dijo con voz apremiante-. Quizá te obedezca. Inténtalo, Fflewddur. Nuestras vidas dependen de ello.

-Sí, bueno, pero debo admitir que no soy demasiado hábil con ese tipo de cosas -replicó Fflewddur-. Y siento confesarlo, pero el auténtico saber de los bardos siempre me ha resultado un tanto oscuro. Veréis, el problema está en que es terriblemente extenso: tienes que aprender montones de cosas, y jamás he conseguido meterme en la cabeza más de una o dos... Pero... ¡Un Fflam siempre está dispuesto a probar suerte!

Los segundos fueron pasando, y Taran acabó oyendo como Fflewddur dejaba escapar un suspiro de abatimiento.

-No consigo hacerla funcionar -murmuró el bardo-. Incluso he probado a darle golpecitos contra el suelo, pero no sirve de nada. Bueno, dejemos que lo intente nuestro amigo Gurgi.

-¡Pena y calamidad! -gimoteó Gurgi después de que el bardo le entregase la esfera y de haberla tenido un rato en la mano-. ¡El desgraciado Gurgi es incapaz de hacer brotar el guiño dorado de la esfera! ¡No, ni con apretones ni tirones, ni tan siquiera con golpazos y tortazos!

-¡Un Fflam jamás desespera! -exclamó Fflewddur-. Pero -añadió con voz melancólica-, estoy empezando a convencerme de que este agujero será nuestra tumba, y que no tendremos ni tan siquiera un túmulo decente que lo indique. Un Fflam no se desanima nunca... pero, lo mires como lo mires, estamos metidos en una situación terrible.

Gurgi le devolvió el juguete a Taran sin decir palabra y éste, desesperado, volvió a sostenerlo en su mano. Pero ahora lo sostenía casi distraídamente, y su mente fue olvidándose de su pro pió apuro para pensar en Eilonwy. Vio su rostro y oyó una vez más su alegre risa resonando más claramente que las notas del arpa de Fflewddur. Y sonrió, incluso cuando estaba recordando su continuo parloteo y lo que le decía en sus momentos de enfado.

Estaba a punto de guardar nuevamente el juguete en su jubón, pero vio algo que le hizo permanecer quieto y clavar los ojos en su mano. Un puntito de luz había empezado

Librodot

a parpadear en las profundidades de la esfera. Y mientras lo observaba, sin atreverse apenas a respirar, el puntito de luz fue haciéndose más grande y brillante.

Taran se puso en pie lanzando un grito no de triunfo sino de asombro. Rayos de una luz dorada brotaban ahora de la esfera, débiles pero sin mostrar señal alguna de que quisieran apagarse. Temblando, alzó la esfera sobre su cabeza.

-¡Ah, el buen amo nos ha salvado! -exclamó Gurgi-. ¡Sí, sí! ¡Él nos ha sacado de la tristeza y el desconsuelo! ¡Alegría y felicidad! ¡La terrible oscuridad ha desaparecido! ¡Gurgi ya puede ver!

-¡Sorprendente! -gritó el príncipe Rhun-. ¡Asombroso! ¡Fijaos en esta cueva! ¡Nunca había sabido que hubiera un sitio semejante en toda Mona!

Y, una vez más, Taran dejó escapar una exclamación de asombro. Hasta ahora había creído que se encontraban en algo parecido a una especie de gran agujero, pero la luz emitida por el juguete de Eilonwy mostraba que se hallaban justo en el comienzo de una inmensa caverna que se extendía ante ellos igual que un bosque congelado por una tempestad de nieve. Grandes columnas de piedra se alzaban por el aire igual que troncos de árbol, curvándose hasta llegar al techo del que colgaban carámbanos de hielo. De las paredes brotaban enormes protuberancias, que parecían brotes de espino y que relucían bajo los rayos dorados de la esfera. Hebras de color escarlata y verde claro avanzaban serpenteando por entre las aristas de roca. Zarcillos de cristal blanco se enroscaban a lo largo de las rugosas paredes, con riachuelos de agua brillando por entre ellos. Y más allá de aquella estancia había muchas otras, y Taran vio grandes estanques que centelleaban igual que espejos. Algunos de ellos desprendían un apagado resplandor verdoso, mientras que otros brillaban con una pálida claridad azulada.

-¿Qué hemos encontrado? -murmuró Taran-. ¿Es posible que esto sea parte del reino del Pueblo Rubio? Fflewddur meneó la cabeza. -Cierto, el Pueblo Rubio tiene túneles y cavernas allí donde menos te lo esperarías, pero dudo mucho que esto forme parte de sus dominios. No veo señal alguna de vida.

Gurgi no había dicho nada, pero no paraba de contemplar la caverna con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. El príncipe Rhun se puso en pie, con una sonrisa de placer en el rostro.

-¡Vaya, esto es realmente increíble! -dijo-. Tendré que hablarle de esta caverna a mi padre: estoy seguro de que querrá mostrársela a las visitas. Sería una pena mantener oculta toda esta belleza.

-Sí, es un lugar maravilloso -afirmó Taran en voz baja.

-Y puede llegar a ser mortífero -replicó Fflewddur-. Un Fflam siempre sabe disfrutar del paisaje (es una de las ventajas de ser un bardo y estar yendo continuamente de un lado para otro), pero prefiere disfrutarlo desde..., bueno, desde el exterior, no sé si me explico con claridad, y creo que es allí donde deberíamos estar, y tan de prisa como podamos.

Los compañeros siguieron las huellas de sus pasos y llegaron hasta el sitio donde les había depositado la avalancha. Tal y como había temido Taran, la luz de la esfera dorada les mostró claramente que cavar no serviría de nada, pues el agujero estaba lleno de grandes peñascos que lo habían dejado totalmente obstruido. El príncipe Rhun tomó asiento en una de las grandes rocas parecidas a mesas, Gwydion empezó a hurgar en su bolsa buscando comida y Taran y Fflewddur se dedicaron a hablar preocupadamente entre ellos.

-Tenemos que dar con alguna otra salida -dijo Taran-. El rey Rhuddlum y sus hombres jamás lograrán encontrar a Eilonwy. Somos los únicos que sabemos hacia dónde ha ido Magg.

Librodot

-Cierto, por desgracia -replicó Fflewddur con voz lúgubre-. Pero me temo que ese conocimiento va a quedarse encerrado aquí con nosotros. Ni la misma Achren habría sido capaz de arrojarnos a una prisión más segura que ésta.

»Supongo que habrá más entradas y salidas -siguió diciendo el bardo-, pero estas cavernas pueden seguir y seguir hasta quien sabe dónde. Puede que sean inmensas..., y que la entrada sea tan pequeña como la madriguera de un conejo.

Pese a todo, estuvieron de acuerdo en que la única posibilidad de salvarse era seguir avanzando por la caverna y buscar un túnel que les llevara hasta la superficie. Taran y el bardo empezaron a internarse por el bosque de piedra, manteniendo al príncipe de Mona entre ellos para protegerle, mientras que Gurgi iba trotando detrás de Taran, agarrándose a su cinturón.

Y, de repente, el príncipe Rhun se llevó las manos a la boca haciendo bocina.

-¡Hola, hola! -gritó a pleno pulmón-, ¿Hay alguien ahí? ¡Hola!

-¡Rhun! -exclamó Taran-. ¡Cállate! Lo único que conseguirás es meternos en un apuro todavía peor.

-Me parece difícil -respondió Rhun con inocencia-. Creo que encontrar algo o alguien es mejor que no encontrar nada, ¿verdad?

-¿Y crees que para ello debemos arriesgar nuestra piel? -replicó Taran.

Se quedó quieto hasta que los ecos se hubieron apagado. La caverna seguía sumida en un silencio absoluto, y Taran acabó haciéndole una señal a sus compañeros para que siguieran avanzando con la máxima cautela posible.

El terreno fue bajando de nivel, y no tardaron en estar rodeados de piedras parecidas a enormes dientes que brotaban del suelo de la caverna. Un poco más lejos las piedras se unían unas a otras formando grandes olas y profundas hondonadas, igual que si un mar agitado por la tempestad se hubiera- congelado, quedando inmóvil. Otra gran caverna contenía inmensos montones de peñascos y montículos que habían adoptado las formas caprichosas de nubes solidificadas.

Cuando llegaron hasta ellas, los compañeros decidieron descansar un rato, pues el sendero se había ido haciendo más angosto y difícil. La atmósfera se había vuelto fría y opresiva, tan estancada como las aguas de un pantano, y la humedad estaba empezando a calarles los huesos. Taran les apremió a ponerse en pie, deseando encontrar un túnel que llevara hacia arriba, pero cada vez más convencido de que su búsqueda resultaría larga y laboriosa. Una breve mirada al rostro de Fflewddur le dijo a Taran que el bardo compartía sus temores.

-Qué extraño, ¿verdad? -dijo Rhun señalando hacia una gran roca.

Y, ciertamente, aquella roca tenía una de las formas más raras que Taran había visto en toda la caverna, pues se parecía a un huevo de gallina que asomara de un nido. La piedra, blanca y lisa, tenía la parte superior un tanto puntiaguda y sobre ella se veían retazos de liquen: era casi tan alta como Taran. Lo que a primera vista había dado la impresión de ser un nido, no era más que un montón de hebras descoloridas que parecían estar suspendidas en equilibrio al borde de un precipicio.

-¡Asombroso! -exclamó Rhun, que había insistido en acercarse más al borde para echar un vistazo-. ¡Pero si no es una roca! -Se volvió hacia los compañeros, muy sorprendido-. Resulta increíble pero es casi igual que...

Taran agarró al sorprendido Rhun y le hizo retroceder con tal brusquedad que el príncipe a punto estuvo de caerse. Gurgi dejó escapar un chillido de terror. El huevo había empezado a moverse.

Un instante después vieron aparecer dos ojos incoloros que ardían en una cara tan blanca como el vientre de un pez muerto; las cejas estaban cubiertas de cristalitos relucientes; de las grandes orejas abombadas colgaban cintas de moho y musgo que iban extendiéndose por la barba que brotaba bajo una nariz bulbosa.

Librodot

Los compañeros se acurrucaron contra la pared, desenvainando sus espadas. La enorme cabeza siguió subiendo y subiendo hasta que Taran pudo ver el ñaco cuello al que estaba unida.

-¡Criaturas ridículas y lamentables, temblad ante mí! -gritó el ser mientras de su garganta brotaba una especie de burbujeo ahogado-. ¡Temblad, os digo! ¡Soy Glew! ¡Soy Glew!

11 - El rey de las piedras

Gurgi se arrojó al suelo, tapándose la cabeza con las manos, y dejando escapar unos chillidos terribles. La criatura pasó una larga y flaca pierna por encima del risco y empezó a incorporarse. Era por lo menos tres veces tan alta como Taran, y sus brazos tan largos que llegaban hasta más abajo de unas huesudas rodillas cubiertas de musgo. En cuanto se hubo levantado fue hacia los compañeros, caminando con unas zancadas tan lentas como desgarbadas.

-¡Glew! -boqueó Taran-, Pero si estaba seguro de que...

-No puede ser -murmuró Fflewddur-. Es imposible. ¡No puede ser el pequeño Glew! O, si lo es, está claro que no supe juzgarle bien...

-¡Temblad! -gritó nuevamente aquella voz quejumbrosa y algo chillona-. ¡Tenéis que temblar!

-¡Gran Belin! -farfulló el bardo, y la verdad es que ya estaba temblando de tal forma que le faltó muy poco para dejar caer la espada-. ¡No hace falta que me lo digas!

El gigante se agachó, haciendo visera con la mano para proteger sus ojos del resplandor de la esfera dorada, y examinó a los compañeros.

-Estáis temblando, ¿verdad? Quiero decir que... Estáis temblando de verdad, ¿no? -les preguntó con una cierta preocupación-. No lo hacéis sólo por educación, ¿eh?

Gurgi, mientras tanto, se había atrevido a apartar las manos de su cara, pero ver a aquella inmensa criatura alzándose sobre él hizo que se la volviera a tapar y le provocó un ataque de gemidos todavía más potente que el anterior. Pero el príncipe Rhun. que ya había superado el primer impacto de la sorpresa, estaba observando al monstruo con una gran curiosidad.

-Vaya, nunca había visto a nadie que tuviera hongos en la barba -dijo-. ¿Lo ha hecho a propósito o es una pura casualidad?

-Desde luego, si es el Glew de antes ha tenido que cambiar muchísimo -dijo el bardo.

Los acuosos ojos del gigante parecieron hacerse todavía más grandes. Lo que en un rostro de tamaño normal habría sido una sonrisa, se convirtió en una mueca dentro de la que habría desaparecido todo el brazo de Taran. Glew pestañeó, inclinándose un poco más sobre ellos.

-Entonces, ¿habéis oído hablar de mí? -les preguntó muy emocionado.

-Oh, sí, naturalmente -dijo Rhun-. Es sorprendente, pero creíamos que Llyan...

-¡Príncipe Rhun! -le advirtió Taran.

De momento Glew no parecía tener muchas ganas de hacerles daño. Al contrario, estaba evidentemente complacido ante el terrible efecto que había producido con su aparición, y contemplaba a los compañeros con una expresión de placer que resultaba aún más intensa dado el tamaño de sus rasgos. Pese a ello, Taran pensó que lo más prudente sería no hacer comentario alguno sobre su misión, al menos hasta que supieran algo más sobre aquella extraña criatura.

-¿Llyan? -preguntó Glew-. ¿Qué sabéis vosotros de Llyan?

Dado que Rhun ya había hablado, Taran no tuvo más remedio que admitir que los compañeros habían hallado la choza de Glew y, limitándose al mínimo de comentarios imprescindible, le explicó cómo entraron en ella y encontraron las recetas de sus pociones. Taran no tenía ni idea de cómo se tomaría Glew el que unos desconocidos

hubieran estado husmeando en sus posesiones; aliviado, vio que el gigante no parecía tan preocupado por aquello como por lo que le hubiera sucedido a la gata.

-¡Oh, Llyan! -gritó Glew-. Si estuviera aquí, conmigo... ¡Daría cualquier cosa por tener algo de compañía!

Y, con estas palabras, enterró el rostro en sus manos y toda la caverna resonó con el eco de sus sollozos.

-Vamos, vamos -dijo Fflewddur-, no hay que ponerse así. Suerte tuviste de que no acabara devorándote.

-¿Devorarme? -resopló Glew, alzando la cabeza-. ¡Ojalá lo hubiera hecho! Cualquier destino habría sido mejor que esta caverna espantosa. ¿Sabéis que está llena de murciélagos? Siempre me han dado un miedo horrible. Esos graznidos, y su forma de pasar volando sobre tu cabeza... Y además hay gusanos, unos horribles gusanos blancos que asoman por entre las rocas y te miran fijamente. ¡Y arañas! Y cosas que son... ¡Bueno, cosas! Ésas son las peores. ¡Os aseguro que te hielan la sangre! Ayer mismo, si es que hablar de ayer tiene algún significado estando aquí abajo...

El gigante se inclinó un poco más. Bajó la voz hasta dejarla convertida en un estruendoso murmullo y, aparentemente, se dispuso a contarles con todo detalle lo que le había ocurrido.

-Glew -le interrumpió Taran-, lamentamos mucho que te sientas tan desgraciado, pero debo suplicarte que nos digas cómo salir de esta caverna.

Glew le miró, haciendo oscilar su inmensa cabeza sobre su flaco cuello.

-¿Salir? Oh, desde que llegué ahí he estado buscando una salida. No hay ninguna salida. Al menos, no para mí.

-Tiene que haberla -insistió Taran-. ¿Cómo lograste entrar en la caverna? Por favor, enséñanos por dónde entraste.

-¿Que cómo logré entrar? -replicó Glew-. Oh, no es que quisiera entrar aquí, entiéndeme bien. Fue culpa de Llyan. Si no hubiera logrado escapar de su jaula después de haberle dado aquella poción, la única que surtió efecto... Me hizo salir corriendo de la choza. La verdad, creo que se portó bastante mal, pero ya la he perdonado. Salí huyendo con el frasquito de la poción en mi mano. ¡Oh, ojalá lo hubiera tirado bien lejos! Corrí tan de prisa como pude, con Llyan persiguiéndome. -Glew se tocó la frente con una mano francamente temblorosa y pestañeó, apenado-. Jamás había corrido tanto en mi vida - dijo-. Todavía sueño con eso..., cuando no sueño con cosas peores, claro está. Finalmente logré encontrar una cueva y me metí en ella.

»No podía perder ni un momento -siguió diciendo Glew, dejando escapar un ronco suspiro-. Me tomé toda la poción. Después he tenido mucho tiempo para pensar en ello y he llegado a comprender que no debí hacerlo. Pero dado que había hecho crecer tanto a Llyan, pensé que tendría el mismo efecto sobre mí, y eso haría que pudiese plantarle cara. Y así ocurrió. De hecho, surtió efecto con tal rapidez que casi me rompí la coronilla contra el techo de la caverna. Y seguí creciendo. Tuve que caminar tan encogido como me fue posible, internándome más y más en la caverna, buscando siempre sitios más espaciosos hasta que fui a parar aquí. Y a esas alturas, por desgracia, no había ningún pasadizo lo bastante grande como para que pudiera pasar por él.

»Desde aquel día desgraciado he pasado muchas horas meditando. Suelo acordarme de él -siguió diciendo Glew. Entrecerró los ojos y su mirada se perdió en la lejanía, absorto en el pasado-. Y ahora me pregunto... -murmuró-. Me preguntó si...

-Fflewddur -susurró Taran en el oído del bardo-, ¿no habrá alguna forma de que podamos hacerle dejar de hablar y conseguir que nos muestre esos pasadizos? Quizá debiéramos dejarle aquí y buscarlos sin su ayuda...

-No lo sé -respondió Fflewddur-. De todos los gigantes que he visto..., sí, bueno, la verdad es que nunca he llegado a ver ninguno, aunque he oído hablar de muchos..., pues Glew me parece... ¿Cómo podría explicártelo? ¡Me parece bastante pequeño! No sé si

Librodot

me estoy explicando con claridad, pero antes era un hombrecillo insignificante y ahora es un gigante pequeño e insignificante. Y además es muy probable que sea bastante cobarde. Estoy seguro de que podríamos vencerle..., si pudiéramos ponernos a su altura, claro está. El mayor peligro que correríamos sería el de que nos aplastara con el pie.

-La verdad es que me da bastante pena -dijo Taran-, pero no se me ocurre ninguna forma de ayudarle y no podemos seguir perdiendo más tiempo.

-¡No me estáis escuchando! -gritó Glew, que había continuado hablando durante todo ese tiempo hasta darse cuenta de que, básicamente, hablaba consigo mismo-. Sí, todo sigue igual -sollozó-. ¡Nadie me hace caso, ni aun siendo un gigante! Oh, os aseguro que hay gigantes capaces de romperos los huesos y estrujaros hasta que se os salgan los ojos de las órbitas. A ésos si que les escucharíais, no os quepa duda. Pero a Glew... ¡No! ¡Oh, con él tanto da que sea un gigante como un enano! Glew el gigante, atrapado en una horrible caverna, ¿y a quién le importa? ¿Quién va a enterarse de su triste situación?

-Bueno, mira -respondió Fflewddur con cierta impaciencia, pues el gigante se había echado a llorar y estaba mojando a los compañeros con sus lágrimas-, el único culpable de tu triste situación actual eres tú mismo. Te metiste donde no te llamaban y, tal y como he repetido más de una vez, eso siempre acaba teniendo resultados muy desagradables.

-Yo no quería ser gigante -protestó Glew-. Al principio no, por lo menos. Pensé que podría ser un famoso guerrero. Me uní a las huestes de lord Goryon en su campaña contra lord Gast. Pero no podía soportar la sangre. Me mareé tanto que se me puso la cara verde, tan verde como la hierba. ¡Y todas esas batallas! ¡Hacían que la cabeza te diera vueltas! ¡Tanto golpe, tanta estocada...! ¡Oh, pero si sólo el ruido ya resultaba insoportable! No, no, era absolutamente imposible.

-La vida del guerrero está lleno de peligros y requiere tener un corazón fuerte y valeroso -dijo Taran-. Pero estoy seguro de que podrías haber encontrado otras maneras de hacerte famoso.

-Pensé que quizá pudiera convertirme en bardo-siguió diciendo Glew-, pero todo fue igual de mal. Hay que aprender tantas cosas, se ha de pasar por tantas pruebas y experiencias...

-Ay, viejo amigo, en eso estoy totalmente de acuerdo contigo -murmuró Fflewddur dejando escapar un suspiro de pena-. La verdad es que mi experiencia ha sido bastante parecida a la tuya.

-No era por los años de estudio -les explicó Glew con una voz que habría resultado melancólica de no ser por su potencia-. Sé que habría sido capaz de aprender lo necesario, aunque me hubiera costado años... No, fue por culpa de mis pies. Todo ese ir y venir de una punta a otra de Prydain... No podía aguantarlo. Y siempre tenías que dormir en sitios distintos. Y los cambios de agua. Y el arpa haciendo que te salieran ampollas en el hombro...

-Nos das mucha pena -le interrumpió Taran, removiéndose nerviosamente-, pero no podemos seguir aquí por más tiempo.

Glew se había puesto en cuclillas frente a los compañeros y Taran, desesperado, intentó pensar en cuál sería la mejor manera de marcharse discretamente, ya que estaba obstruyéndoles el paso.

-¡Por favor, por favor, no os marchéis! -gritó Glew, como si leyera los pensamientos de Taran, pestañeando a toda velocidad-. ¡Esperad un poco más! Prometo que dentro de unos momentos os enseñaré un pasadizo.

-¡Sí, sí! -gritó Gurgi, reuniendo por fin el valor suficiente para abrir los ojos y ponerse en pie-. Gurgi odia las cavernas. ¡Y su pobre y tierna cabeza está llena de ruidos y chillidos!

-Entonces decidí convertirme en héroe -siguió diciendo Glew, ignorando la impaciencia de los compañeros-. Quería matar dragones y ese tipo de cosas... Pero no

Librodot

podéis imaginaros lo difícil que es. ¡Vaya, pero si incluso encontrar dragones es casi imposible! Pero acabó logrando descubrir uno en Cantrew Mawr.

»Era un dragón bastante pequeño -admitió Glew-. De hecho, medía más o menos lo que una comadreja. Los aldeanos lo tenían encerrado en una conejera, y los niños solían ir a echarle una mirada cuando no tenían otra cosa que hacer. Pero, aun así, era un dragón. Tendría que haberle matado -añadió dejando escapar un tremendo suspiro-. Lo intenté. Pero el maldito bicho me mordió. Aún tengo las cicatrices.

Los dedos de Taran se cerraron convulsivamente sobre su espada.

-Glew -dijo con voz firme-, te lo suplico una vez más: enséñanos el pasadizo. Si no quieres...

-Después pensé que quizá pudiera convertirme en rey -se apresuró a añadir Glew antes de que Taran tuviera tiempo de terminar la frase-. Pensé que si lograba casarme con una princesa... Pero ni tan siquiera permitieron que cruzara el umbral del castillo.

»¿Qué podía hacer? -gimoteó Glew, meneando tristemente la cabeza-. ¿Qué salida me quedaba, aparte de probar suerte con los encantamientos? Acabé encontrando a un hechicero que afirmaba poseer un libro de magia. No quiso decirme cómo había llegado a caer en sus manos, pero me aseguró que los encantamientos escritos en él eran muy poderosos. Parece ser que el libro había pertenecido a la casa de Llyr.

Taran contuvo el aliento al oír esas palabras.

-Eilonwy es una princesa de la casa de Llyr -le murmuró al bardo-. ¿Qué clase de broma es ésta? ¿Crees que nos está contando la verdad?

-El libro venía de la mismísima Caer Colur -siguió diciendo Glew-. Naturalmente...

-Glew, de prisa -exclamó Taran-, ¿qué es Caer Colur? ¿Qué tiene que ver con la casa de Llyr?

-Vaya, pues todo -replicó Glew, como si la pregunta de Taran le hubiera dejado muy sorprendido-. Caer Colur es la antigua sede de la casa de Llyr. Pensaba que todo el mundo lo sabía. Allí hay un auténtico tesoro de hechizos y encantamientos... Oh, sí, un gran tesoro. Bien, tal y como estaba diciendo, naturalmente creí que por fin había logrado encontrar algo que me ayudaría. El hechicero tenía muchas ganas de librarse del libro, tantas como tenía yo de poseerlo.

Taran se dio cuenta de que le habían empezado a temblar las manos.

-¿Dónde está Caer Colur? -preguntó-, ¿Cómo podemos encontrar ese sitio?

-¿Encontrarlo? -replicó Glew-. No sé si queda gran cosa que encontrar. Dicen que el castillo lleva años en ruinas. Y además está embrujado, lógicamente. Y supongo que deberíais pasaros bastante tiempo remando. -¿Remando en tierra firme? -le preguntó Fflewddur-. Vamos, no puedes esperar que nos creamos eso.

-Tendríais que remar -repitió Glew, meneando la cabeza melancólicamente-. Hubo un tiempo en el que Caer Colur era parte de Mona, pero una gran inundación la dejó aislada. Ahora no es más que una pequeña isla. Bien -siguió diciendo Glew-, el caso es que cogí todos los pequeños ahorros que había logrado amasar y...

-¿Dónde está esa isla? -le preguntó Taran-. Glew, tienes que decírnoslo. Debemos saberlo, es muy importante.

-En el estuario del Alaw -replicó Glew, pareciendo algo ofendido al verse interrumpido una vez más-. Pero eso no tiene nada que ver con lo que me sucedió. Veréis, el hechicero...

La mente de Taran estaba funcionando a toda velocidad. Magg se había llevado a Eilonwy rumbo al río Alaw. Había necesitado un bote. ¿Tendría como destino el hogar de los antepasados de Eilonwy? Sus ojos se encontraron con los de Fflewddur, y la expresión del bardo le mostró que éste había tenido la misma idea que él.

-... el hechicero tenía tanta prisa que no pude ver el libro -siguió diciendo Glew-. Y cuando pude verlo ya era demasiado tarde. Me había engañado. Era un libro... ¡pero no

Librodot

había nada en él! ¡Todas las páginas estaban en blanco!

-¡Sorprendente! -exclamó el príncipe Rhun-, ¡El mismo libro que encontramos!

-No tiene ningún valor -suspiró Glew-, pero ya que lo encontrasteis podéis quedároslo. Es vuestro. Os lo regalo. Servirá para que os acordéis de mí; así no os olvidaréis del pobre Glew...

-Oh, será difícil que te olvidemos -murmuró Fflewddur.

-Finalmente, decidí crear mis propias pociones -dijo Glew-. ¡Quería ser terrible y feroz! ¡Quería ser fuerte para hacer temblar a toda Mona! Oh, sí, puedo aseguraros que necesité mucho tiempo y esfuerzo. Ay, ya podéis ver cuáles fueron los resulta dos. Y éste fue el final de todas mis esperanzas -siguió diciendo el gigante con voz lúgubre-. Por lo menos, lo ha sido hasta vuestra llegada. Tenéis que ayudarme a escapar de esta horrible caverna. No puedo aguantar por más tiempo a esos murciélagos y a esos seres que se arrastran. ¡No puedo, os lo aseguro, no puedo más! Este lugar es feo, horrendo, húmedo y sucio -dijo, alzando la voz en un chillido lleno de desesperación-. Moho y hongos... ¡No lo aguanto! ¡Moho y hongos! ¡Estoy harto de moho y. hongos!

Rompió a llorar y sus gemidos hicieron temblar la caverna.

-Dallben, mi amo, es el hechicero más poderoso de todo Prydain -dijo Taran-. Quizá pueda encontrar una forma de ayudarte. Pero ahora necesitamos que seas tú quien nos ayude. Cuanto más pronto salgamos de aquí, más pronto podremos reunimos con él.

-La espera será demasiado larga -gimió Glew-. A esas alturas ya me habré convertido en hongo.

-Ayúdanos -le suplicó Taran-. Ayúdanos y te prometo que intentaremos hacer algo por ti.

Glew se quedó callado durante unos momentos. Frunció el ceño y sus labios se agitaron nerviosamente.

-Muy bien, muy bien -suspiró, poniéndose en pie-. Seguidme. Oh... Sí, podríais hacerme un favor -añadió-. Estoy seguro de que para vosotros no sería ninguna molestia; es algo tan insignificante que... Si fuerais tan amables... Así al menos podría gozar de esa satisfacción, aunque fuese por poco tiempo. Es un favorcito de nada... ¿Os importaría llamarme... rey Glew?

-Gran Belin -exclamó Fflewddur-, te llamaré rey, príncipe o lo que te dé la gana. Basta con que nos muestres un camino para salir de aquí..., ¡alteza!

Glew se puso en marcha y a medida que avanzaba por la oscura caverna su estado de ánimo pareció mejorar un poco. Los compañeros bajaron por el risco y apretaron el paso para mantenerse a la altura de sus enormes zancadas. Glew, que no había hablado con nadie durante todo su confinamiento, no paraba de charlar. Les explicó que había intentado preparar nuevas pociones, esta vez con el objetivo de hacerse más pequeño. Había llegado a crear una especie de taller: una recámara rocosa contenía un manantial de agua caliente que le servía para hervir sus brebajes. La astucia demostrada por Glew, que había ido ahuecando laboriosamente piedras para hacerlas servir como retortas, cuencos, morteros y marmitas, dejó sorprendido a Taran y le hizo sentir una compasiva admiración hacia el desesperado gigante. Pero su mente no paraba de dar vueltas y vueltas en torno al mismo punto, intentando hallar una respuesta que se le escapaba como un fuego fatuo cada vez que se aproximaba a ella. Estaba seguro de que la respuesta se hallaba entre las ruinas de Caer Colur, y tenía la certeza de que en cuanto llegaran allí encontrarían a Eilonwy.

Glew se detuvo ante un pozo natural que parecía una chimenea abierta en la roca, y Taran, impaciente por salir de allí, corrió hacia él. En el fondo del pozo se veía la oscura boca de un túnel.

-Adiós -moqueó Glew, señalando melancólicamente la entrada del túnel-. Id por allí y encontraréis la salida.

Gurgi, Fflewddur y el príncipe Rhun se dispusieron a entrar por el orificio.

Librodot

-Te doy mi palabra de que Dallben te ayudará, si está en su mano -le dijo Taran.

Taran se metió por el agujero y fue avanzando con el cuerpo encorvado, sosteniendo en su mano el juguete de Eilonwy. Una chillona nube de murciélagos emprendió el vuelo a su alrededor. Oyó como Gurgi chillaba de miedo, y corrió hacia adelante. Un instante después chocó con una pared de piedra y cayó de espaldas: el juguete de Eilonwy resbaló de entre sus dedos y rodó sobre los guijarros. Taran se dio la vuelta con el tiempo justo de ver como una inmensa roca tapaba la entrada. Lanzó un grito y corrió hacia ella.

Glew había bloqueado la boca del túnel.

12 - La tumba

Al igual que Taran, el bardo se había estrellado de cabeza contra la pared y ahora estaba intentando ponerse en pie. Los gritos de Gurgi casi ahogaban el chillar de los murciélagos. El príncipe Rhun fue corriendo hacia Taran y apoyó su cuerpo contra la roca, pero ésta siguió inmóvil. El juguete de Eilonwy había ido a parar a un rincón, pero la luz de la esfera resplandeciente le bastó a Taran para comprobar que la estancia donde se hallaban no tenía más entradas ni salidas aparte de la que habían utilizado.

-¡Glew! -gritó Taran, esforzándose por mover la roca-. ¡Déjanos salir! ¡No sabes lo que estás haciendo!

Taran volvió a lanzarse contra la roca mientras que Gurgi la golpeaba con los puños, chillando y gruñendo como si se hubiera vuelto loco. El príncipe Rhun, que también estaba esforzándose al máximo, jadeaba desesperadamente. Fflewddur le dio tal empujón a la roca que perdió el equilibrio y cayó al suelo.

-¡Gusano despreciable! -gritó el bardo a pleno pulmón-. ¡Mentiroso! ¡Nos has traicionado!

-Lo siento mucho -le oyeron decir desde el otro lado a Glew, con voz algo apagada por la piedra que obstruía la entrada-. Perdonadme. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

-¡Déjanos salir! -volvió a gritar Taran, mientras seguía luchando por mover la roca.

Finalmente, con un sollozo en el que se mezclaban la ira y la desesperación, se dejó caer al suelo arañando con rabia los guijarros sueltos.

-¡Aparta la pesada piedra, malvado y pequeño gigante! -gritó Gurgi-. ¡Déjanos escapar y marchar, o de lo contrario el rabioso Gurgi hará pedazos tu tonta y enorme cabeza!

-Queríamos hacerte un gran servicio y tú nos has pagado con una traición -dijo Taran.

-Vaya, es cierto -dijo el príncipe Rhun-. ¿Cómo esperas conseguir nuestra ayuda si nos dejas enterrados aquí dentro? Y, aunque débiles, oyeron claramente los sollozos de Glew. -¡Tardaríais demasiado! -gimió la voz de Glew-. ¡Demasiado! ¡No puedo seguir esperando por más tiempo en esta cueva horrible! Quien sabe si Dallben se dejaría conmover ante mi triste destino... Lo más probable es que le diera igual. No, tiene que ser ahora. ¡Ahora!

-Glew -dijo Taran, haciendo un gran esfuerzo por hablar lo más tranquila y pacientemente posible, pues estaba convencido de que el gigante se había vuelto loco-, nosotros no podemos ayudarte. Si pudiéramos, ya lo habríamos hecho.

-¡Sí que podéis! ¡Claro que podéis! -gritó Glew-. Podéis ayudarme a preparar mis pociones. Estoy seguro de que conseguiré fabricar otra poción que me devuelva a mi tamaño normal. Eso es cuanto os pido. ¿Creéis que es demasiado?

-Mira -gritó Fflewddur-, si quieres que te ayudemos a preparar unas cuantas pociones tan horribles como esas que le hiciste tragar a Llyan, creo que estás actuando de una forma un tanto peculiar y que no me parece la más adecuada para conseguir que te ayudemos. -El bardo se calló y sus ojos se llenaron de un repentino pavor-. Gran Belin -

Librodot

murmuró-, al igual que hizo con Llyan...

Y Taran sintió como le temblaban las piernas, pues acababa de tener la misma idea que el bardo.

-Fflewddur -murmuró-, se ha vuelto loco. Esta caverna le ha hecho perder la cabeza.

-Nada de eso -replicó el bardo-. Lo que dice resulta perfectamente lógico, aunque sea una lógica que me parece de lo más desagradable. ¡No tiene a nadie con quien probar sus brebajes! -Pegó la espalda a la pared de piedra y se llevó las manos a la boca-. ¡Nada de eso, gusano rastrero y traidor! -gritó-, ¡No pensamos tragarnos tus repugnantes pociones ni aunque nos mates de hambre! ¡Y si intentas metérnoslas a la fuerza por el gaznate, descubrirás lo bien que sabe morder un Fflam!

-Os prometo que no tendréis que tomar ni una sola gota -les dijo Glew con voz suplicante-. Yo correré todos los riesgos. Y la verdad es que son unos riesgos terribles... Suponed que me convierto en una nubécula de humo y que acabo esfumándome, ¿eh? Cuando se trata con ese tipo de pociones nunca se sabe. Podría ocurrir.

-Ojalá -murmuró Fflewddur.

-No, no -siguió diciendo Glew-, podéis estar bien seguros de que no os pasará nada malo. Pero si será sólo un momentito... ¡Medio momentito! Y sólo necesito a uno de vosotros. ¡Sólo uno! No podéis decir que eso sea pedir demasiado, no creo que sea tanto egoísmo...

La voz de Glew había ido subiendo de tono hasta convertirse en un alarido frenético, y había empezado a gritar y gimotear tan de prisa que Taran apenas si podía comprender las palabras; pero mientras le escuchaba sintió como si su cuerpo fuera quedándose sin sangre, y el parloteo de Glew le fue helando el corazón.

-Glew -dijo por fin, desesperado-, ¿qué pretendes hacer con nosotros?

-Por favor, por favor, tratad de comprenderlo -dijo la voz de Glew-. Es mi única posibilidad. Estoy seguro de que funcionará. He estado pensando en ello desde que entré en este horrible agujero. Sé que soy capaz de preparar la poción adecuada; tengo todo lo que necesito. Todo salvo una cosa. Es un ingrediente de nada, una tontería... No os haré ni pizca de daño; no sentiréis nada. Os lo juro.

Taran dejó escapar un jadeo horrorizado.

-¡Piensas matar a uno de nosotros!

La voz de Glew llegó de nuevo hasta los compañeros después de un largo silencio; y por el tono parecía como si se sintiera un poco dolido.

-Dicho así, dicho así... Haces que suene tan..., ¡tan desagradable!

-Gran Belin -gritó Fflewddur-, ¡espera a que ponga las manos en tu ñaco cuello y entonces sabrás bien lo que es desagradable y lo que no!

Hubo otro silencio.

-Por favor -dijo Glew con un hilo de voz-, tratad de poneros en mi situación.

-Será un placer -dijo Fflewddur-. Basta con que apartes esa roca.

-No creáis que esto me resulta fácil -siguió diciendo Glew-. Os aprecio mucho, sobre todo a ese pequeño que está cubierto de pelos, y me da mucha pena tener que hacerlo. Pero estoy seguro de que nadie más vendrá nunca por aquí. Lo comprendéis, ¿verdad? Venga, decidme que no estáis enfadados. Jamás me perdonaría el haberos hecho enfadar...

«Además, creo que no tendré valor para escoger a uno de vosotros -añadió con voz quejumbrosa-. No, no, es imposible, no puedo. No me pidáis que pase por este tormento. No, decididlo entre vosotros. Creo que es la mejor solución.

«Creedme -siguió diciendo Glew-, yo lo pasaré mucho peor que vosotros. Pero cerraré los ojos, así no veré a quién habéis escogido. Después, cuando haya terminado, intentaremos olvidarlo, ¿eh? Oh, sí, seremos muy buenos amigos... Aunque habré perdido un amigo, claro está. Juro que os sacaré de aquí. Encontraremos a Llyan. Oh, sí, será maravilloso volver a verla... Todo acabará bien.

Librodot

»No os vayáis -dijo Glew-. Voy a hacer unos cuantos preparativos. Prometo que no os haré esperar mucho.

-¡Glew, escúchame! -gritó Taran-. No puedes hacer eso. ¡Libéranos!

No obtuvo respuesta alguna. La roca siguió inmóvil. -¡Cavad, amigos! -exclamó Fflewddur, desenvainando su espada-, ¡Cavad, si queréis salvar la vida!

Taran y Gurgi desenvainaron sus espadas y atacaron el suelo por debajo de la gran piedra, hundiendo las hojas con todas sus fuerzas en la dura tierra. Las puntas de sus espadas resonaban al chocar con los guijarros, pero por mucho que lo intentaron apenas si consiguieron hacer un pequeño agujero. El príncipe Rhun trató de meter su espada bajo la roca, pero lo único que consiguió fue que la punta acabara rompiéndose.

Taran cogió el juguete de Eilonwy. Se puso a cuatro patas y examinó cada centímetro de su prisión con la esperanza de hallar alguna grieta o un orificio minúsculo que los compañeros pudieran hacer más grande. Pero los muros de piedra eran tan lisos como inexpugnables.

-Nos tiene bien atrapados -dijo Taran, sentándose en el suelo-. Sólo hay una forma de salir de aquí: la que Glew nos ha ofrecido. -He estado pensando en ello y sólo necesita a uno de nosotros -dijo Rhun-. Eso deja a tres para que sigan buscando a la princesa. Taran permaneció en silencio durante unos segundos. -Creo que sé adonde quería ir Magg -dijo con amargura-. Caer Colur... Hemos dado con la respuesta, pero no nos sirve de nada. -¿Que no nos sirve de nada? -dijo Rhun-. Al contrarío. Basta con que sigamos la sugerencia de Glew y los demás podrán ir hacia allí. -¿Piensas que ese gusano rastrero mantendrá su palabra? -le preguntó Fflewddur, muy irritado-. Confío tan poco en él como en Magg. -De todas formas -dijo Rhun-, si no lo intentamos nunca podremos saberlo, ¿verdad?

Los compañeros se quedaron callados, meditando en lo que había dicho el príncipe de Mona. Gurgi, que había estado agazapado en un rincón con sus velludos brazos alrededor de las rodillas, miró a Taran con expresión desesperada.

-Gurgi irá -susurró con un hilo de voz, aunque temblaba tanto que apenas si podía hablar-. Sí, sí, él dará su pobre y tierna cabeza para los hervidos y los cocidos.

-Ah, mi valiente Gurgi -murmuró Taran-. Sí, estaba seguro de que acabarías ofreciendo tu pobre y tierna cabeza... -Le dio unas palmaditas al asustado Gurgi-. No, nada de eso. Tenemos que seguir juntos. Si Glew quiere una vida, tendrá que pagar un precio muy caro por ella.

Fflewddur estaba volviendo a excavar por debajo de la roca.

-Estoy totalmente de acuerdo contigo -dijo-. Nuestra única esperanza es que sigamos unidos. Tan pronto como ese hombrecillo haya vuelto... Oh, maldita sea, no sé por qué sigo pensando en él como si fuera un hombrecillo, dejando aparte el que ésa es la impresión que me produce, no importa cuál sea su tamaño... Bueno, supongo que acabará intentando coger a uno de nosotros por la fuerza. Tiene el mismo honor que una pulga, menos corazón que un mosquito y está absolutamente desesperado. Si luchamos con él hay bastantes posibilidades de que todos acabemos muertos.

-No estarás insinuando que aceptemos el trato que nos ha propuesto, ¿verdad? -le preguntó Taran.

-Desde luego que no -replicó Fflewddur-. Dado que no puedo llegar a la cabeza de ese hombrecillo, pienso darle un buen mandoble en las rodillas. Lo único que pretendía era dejar bien claro los riesgos que corremos. En cuanto a esa ridícula idea suya de que nosotros mismos escojamos a la víctima, no creo que debamos perder ni un instante pensando en ello.

-Pues yo no opino lo mismo -dijo el príncipe Rhun.

Librodot

Taran se volvió hacia él, sorprendido, sin comprender del todo lo que había querido decir. El príncipe de Mona le sonrió casi con timidez.

-Es lo único que le dejará satisfecho -dijo Rhun-, y la verdad, no me parece que hagamos tan mal negocio.

-Ningún negocio justifica el que se pierda una vida... -empezó a decir Taran.

-Me temo que te equivocas -respondió Rhun. Sonrió, meneando la cabeza-. He estado pensando mucho en ello desde que entramos en la caverna y creo que debemos enfrentarnos a la realidad. Yo... Bueno, creo que no he sido de gran ayuda. Al contrarío, sólo os he traído desgracias y mala suerte. No lo he hecho queriendo, claro está, pero parece que soy incapaz de evitarlo. Por lo tanto, si entre nosotros hay alguien que no sea imprescindible, bueno, creo que esa persona es... yo mismo."Es cierto -se apresuró a añadir Rhun, sin prestar atención a las protestas de Taran-. Me encantaría ser útil, sobre todo si eso ayuda a Eilonwy. Os aseguro que no me importará en lo más mínimo. Tal y como ha dicho Glew, será sólo un momento.

«Todos vosotros habéis demostrado ser capaces de sacrificar la vida para salvar a un compañero -añadió Rhun-. Fflewddur Fflam ofreció su vida a cambio de las nuestras en el cubil de Llyan. Incluso el pobre Gurgi acaba de ofrecer la suya. -Alzó la cabeza-. Un bardo, una humilde criatura del bosque y un Ayudante de Porquerizo. -Los ojos de Rhun se encontraron con los de Taran y, en voz baja, le dijo-: ¿Acaso un príncipe ha de ser menos que ellos? La verdad, creo que nunca podré estar a la altura de lo que se le exige a un auténtico príncipe. Salvo en esta ocasión.

Taran contempló a Rhun en silencio durante unos segundos.

-Hablas de estar a la altura de un príncipe -dijo-. Creía que no eras más que un bobo, un aprendiz. Me equivocaba. Eres todo un príncipe y eres mucho más hombre de lo qué jamás había pensado. Pero no eres libre de hacer tal sacrificio. Recuerda el juramento que le presté a tu padre.

El príncipe Rhun volvió a sonreír.

-Cierto, cierto, un juramento muy grave y difícil de cumplir -dijo-. Muy bien, te libero de él. Eh -añadió-, es sorprendente pero, me pregunto. ¿Qué se ha hecho de todos los murciélagos?

13 - La escalera

-Pero..., ¡si han desaparecido! -Taran paseó los rayos dorados de la esfera por todo el lugar-. ¡No queda ni uno!

-Sí, sí -exclamó Gurgi-. ¡Ya no hay chillidos ni graznidos!

-No puedo afirmar que les eche de menos -añadió el bardo-. Me llevo bastante bien con los ratones y siempre me han gustado los pájaros, pero si juntas los dos para formar un solo animal, la verdad es que prefiero no tenerlo cerca.

-Los murciélagos quizá acaben demostrando ser nuestros mejores amigos y nuestros guías más infalibles -dijo Taran-. Rhun ha dado con la solución. Los murciélagos han encontrado una salida. Si logramos descubrirla, podremos seguirles.

-Cierto, cierto -respondió el bardo frunciendo el ceño-. Creo que lo primero que debemos hacer es convertirnos en murciélagos. Después ya no tendremos más dificultades.

Taran fue apresuradamente de un extremo del agujero a otro. Usó la luz de la esfera para examinar las paredes, mandando los haces luminosos hasta la bóveda de roca, sin pasar por alto ningún saliente ni recoveco, pero lo único que vio fueron unos cuantos agujeros de los que se habían desprendido unas piedras.

Volvió a pasar los rayos luminosos una y otra vez por las paredes de la cueva y creyó ver una línea de sombras casi invisibles que se perdían entre las piedras de arriba. Dio un paso hacia atrás y la examinó cuidadosamente. La sombra se hizo un poco más pronunciada y Taran se dio cuenta de que indicaba la existencia de una angosta cornisa,

una irregularidad de las rocas.

-¡Ahí está! -gritó, mientras sostenía el juguete de Eilonwy tan firmemente como se lo permitía el temblor de sus manos-. Ahí... Apenas se ve, pues la pared se curva de tal modo que la deja medio escondida. Pero mirad allí, donde la roca parece hundirse...

-¡Sorprendente! -exclamó Rhun-. ¡Asombroso! Cierto, es un pasadizo. Los murciélagos han huido por él. ¿Crees que podremos imitarles?

Taran dejó la esfera dorada en el suelo, fue hacia la pared y trató de subir por ella aferrándose a las pequeñas irregularidades de la piedra; pero la pared era demasiado empinada y sus manos resbalaron. Intentó encontrar un asidero, fracasó y acabó cayendo de espaldas cuando llevaba recorrida una distancia similar a su propia estatura. Gurgi también había intentado escalar la lisa superficie de las rocas, y a pesar de su agilidad no tuvo más éxito que Taran. Acabó dejándose caer al suelo, resoplando y gimiendo.

-Tal y como os decía -observó Fflewddur con voz lúgubre-. Lo único que nos hace falta es tener unos cuantos pares de alas.

Taran no había apartado los ojos de aquel orificio que se burlaba de él ofreciéndole la promesa de una libertad situada allí donde no podía alcanzarla.

-No podemos trepar por la pared -dijo, frunciendo el ceño-, pero quizá aún haya esperanza. -Sus ojos fueron de la lejana cornisa a los compañeros y volvieron a clavarse en ella-. Una cuerda no nos serviría de nada, aun suponiendo que tuviéramos alguna disponible. No hay forma de asegurarla a la pared. Pero una escalera...

-Es exactamente lo que necesitamos -dijo Fflewddur-. Pero a menos de que seas capaz de construir una ahora mismo, no creo que debamos perder el tiempo llorando por algo que no tenemos.

-Podemos construir una escalera -dijo Taran en voz baja-. Sí, tendría que habérseme ocurrido hace rato.

-¿Cómo, cómo? -exclamó el bardo-. Los Fflam siempre han sido astutos pero creo que no consigo entenderte.

-Podemos hacerlo y no hace falta que nos devanemos los sesos buscando materiales -replicó Taran-, Nosotros mismos podemos ser la escalera.

-¡Gran Belin! -gritó Fflewddur, dando una palmada-, ¡Por supuesto! Sí, nos subiremos los unos encima de los otros. -Corrió hacia la pared y la midió de un vistazo-. No, sigue quedando demasiado arriba -dijo, meneando la cabeza-. El que se suba arriba de todo apenas si conseguirá llegar a ella.

-Pero conseguirá llegar -insistió Taran-. Es nuestra única forma de escapar.

-Es su única forma de escapar -le corrigió el bardo-. El que llegue hasta la cornisa y salga por ella hará que nuestra escalera pierda una longitud igual a la de su altura, sea quien sea. No me parece que sea una solución mucho mejor que la ofrecida por Glew -añadió-. Sólo uno de nosotros podría salvarse.

Taran asintió.

-Quizá después pueda volver y arrojarles una liana a los que se hayan quedado - dijo-. De esa forma... -Se calló antes de completar la frase.

La voz de Glew resonó en la caverna.

-¿Todo bien ahí dentro? -gritó el gigante-. Por aquí fuera todo va estupendamente. Ya he terminado con los preparativos. Espero que no os hayáis puesto demasiado nerviosos. Por favor, el que sea, ¿quiere dar unos cuantos pasos hacia adelante? No me digáis quién es; no quiero saberlo. Esto me resulta tan desagradable como a vosotros.

Taran se volvió rápidamente hacia el príncipe de Mona.

-Conozco muy bien a mis compañeros y hablo en nombre de todos ellos. Ya hemos tomado una decisión. No podemos salvarnos, es demasiado tarde. Intenta llegar a Caer Colur. Si te encuentras con Kaw, él podrá guiarte hasta allí.

-No pienso marcharme dejando abandonado a nadie -replicó Rhun-. Sois vosotros los

Librodot

que habéis tomado esa decisión, no yo. No voy a...

-Príncipe Rhun -le dijo Taran con firmeza-, creía que os habíais puesto a mis órdenes, ¿no? -La piedra ya estaba empezando a rechinar y Taran pudo oír claramente los resoplidos de Glew-. Tenéis que llevaros esto -le dijo, poniéndole entre los dedos el juguete de Eilonwy-. Pertenece a la princesa y sois vos quien debe devolvérselo. -Apartó los ojos del rostro de Rhun-. Espero que pueda iluminar brillantemente el día de vuestra boda.

Gurgi se había subido a los hombros del bardo, quien se había colocado junto a la pared. Rhun seguía sin decidirse. Taran le cogió por el cuello del jubón y le obligó a avanzar.

Taran trepó a los hombros de Fflewddur y después pasó a los de Gurgi. La escalera humana osciló peligrosamente. El bardo le gritó a Rhun que se apresurara, sintiendo sobre sí el peso de los compañeros. Taran notó como las manos de Rhun se aferraban en su cuerpo y empezaban a resbalar. Desde abajo le llegaba el jadear de Gurgi. Taran cogió a Rhun por el cinturón y tiró de él: el príncipe logró poner una rodilla encima de sus hombros y, un instante después, puso la otra.

-El pasadizo queda demasiado lejos -resopló Rhun.

-Ponte de pie -le gritó Taran-. Despacio y con calma... Ya casi has llegado.

Con un último esfuerzo, tensó sus músculos y se estiró cuanto pudo. Rhun logró llegar a la cornisa y Taran dejó de sentir su peso.

-Adiós, príncipe de Mona -gritó mientras Rhun se metía por la entrada del pasadizo.

Fflewddur dejó escapar un grito de advertencia y Taran se encontró cayendo al suelo. El golpe con los guijarros le dejó aturdido y sin aliento. Intentó recuperar el equilibrio. La caverna había quedado sumida en la más absoluta oscuridad. Tropezó con el bardo, que se había apartado de lo que Taran comprendió debía de ser la entrada a la caverna. Una ráfaga de aire frío le indicó que Glew ya había terminado de apartar la roca, y un instante después sintió la presencia de una sombra más oscura que las tinieblas de la caverna asomando por el orificio. Taran desenvainó su espada y la hizo girar ciegamente. La hoja golpeó contra algo sólido.

-¡Uy! ¡Ay! -gritó Glew-. ¡No hagas eso! El brazo que había intentado cogerles retrocedió a toda velocidad. Taran oyó como Fflewddur desenvainaba su espada. Gurgi se había colocado junto a Taran y estaba arrojando piedras tan de prisa como podía cogerlas.

-¡Tenemos que enfrentarnos a él! -gritó Taran-. Ahora veremos si su cobardía es tan considerable como su capacidad de mentir. ¡Aprisa! ¡No le demos ocasión de que vuelva a dejarnos encerrados aquí dentro!

Los compañeros se lanzaron hacia la salida, espada en ristre. Taran sabía que Glew estaba en alguna parte, dominándoles con su inmensa estatura, pero la negrura hacía que no se atreviera a utilizar su arma, pues temía herir a Gurgi o a Fflewddur, que avanzaban tambaleándose junto a él.

-¡Vais a estropearlo todo! -gimió Glew-. Ahora tendré que atrapar a uno de vosotros. ¿Por qué me obligáis a hacer esto? ¡Creí que lo habíais comprendido! ¡Creí que deseabais ayudarme!

Taran sintió una ráfaga de aire sobre su cabeza: Glew estaba intentando cogerle. Se dejó caer sobre las rocas.

-¡Gran Belin! -le oyó gritar a Fflewddur-, ¡Este pequeño monstruo puede ver mejor que nosotros en la oscuridad!

Hasta este momento los compañeros habían intentado mantenerse juntos, pero el brusco movimiento de Taran le había separado de los otros dos. Empezó a tantear con las manos, intentando encontrarlos y, al mismo tiempo, queriendo escapar a las frenéticas embestidas de Glew.

Librodot

Tropezó con un montón de piedras, que se derrumbó ruidosamente, y un instante después oyó el ruido de un líquido que caía.

Glew dejó escapar un estruendoso gemido.

-¡Ahora sí que la habéis hecho buena! -gritó desesperado-, ¡Habéis tirado mis pociones! ¡Basta, lo estáis destrozando todo!

Lo que debía de ser el pie de Glew pasó a unos centímetros de su cabeza y Taran lanzó un mandoble. La hoja vibró en su mano, pero Glew dejó escapar un terrible alarido. Una sombra casi invisible se alzó ante Taran, dando saltos sobre una sola pierna. El bardo tenía razón, pensó Taran aterrado; lo más peligroso de luchar contra Glew era que podía pisarte. El suelo temblaba bajo los pies del gigante y Taran intentó apartarse de la fuente de aquel sonido.

Y se encontró cayendo con un ruidoso chapoteo en uno de los estanques que había en el suelo de la caverna. Intentó levantarse y extendió los brazos, buscando algún asidero. El agua relucía con una pálida y fría claridad. Taran logró salir del estanque, con las ropas, la cara, las manos y el pelo repletos de gotitas luminosas. Ya no podría huir; el resplandor del agua le traicionaría sin importar donde se refugiase.

-¡Corred! -le gritó a los compañeros-. ¡Dejad que Glew me siga!

El gigante se plantó en el estanque de una sola zancada. La luz emitida por su cuerpo empapado hizo que Taran pudiera distinguir la inmensa silueta de Glew. Lanzó un mandoble, pero Glew apartó la hoja con su mano.

-Por favor, por favor, te lo suplico -gritó Glew-, ¡no empeores todavía más la situación! Tendré que preparar una nueva poción... ¿por qué eres tan desconsiderado? ¿Por qué no piensas un poquito en los demás?

El gigante se dispuso a cogerle. Taran alzó su espada en un último intento de protegerse.

Y una explosión de luz dorada tan brillante como el sol del mediodía bañó toda la caverna.

Glew se llevó las manos a los ojos lanzando un agudo grito de dolor.

-¡La luz! -aulló-. ¡Apagad esa luz!

El gigante se tapó la cabeza con los brazos, gritando y rugiendo. Sus ensordecedores alaridos despertaron ecos por toda la caverna. Las estalactitas temblaron, desprendiéndose del techo y haciéndose añicos contra el suelo; los cristales estallaron rociando a Taran con un diluvio de fragmentos. Y de repente vio que Glew ya no estaba de pie, sino tumbado cuan largo era, medio cubierto de guijarros, caído inmóvil allí donde uno de los cristales desprendidos de las paredes le habían acertado en la cabeza. Taran, aún algo aturdido, se puso de pie.

Y vio al príncipe Rhun, de pie en el umbral de la caverna, con el juguete de Eilonwy brillando en su mano.

14 - El libro vacío

-¡Hola, hola! -gritó Rhun, yendo apresuradamente hacia los compañeros-. Acabo de llevarme la mayor sorpresa de mi vida. No es que quisiera desobedecer tus órdenes, pero en cuanto hube logrado salir del pasadizo, yo... Bueno, no podía dejaros ahí para que os hirviera; no podía y eso es todo. No paraba de pensar en vosotros, estaba convencido de que ninguno habría logrado escapar y... -Se quedó callado y miró a Taran-. No estarás enfadado, ¿verdad? -le preguntó muy preocupado.

-Nos has salvado la vida -replicó Taran, y le estrechó la mano-. Lo único que puedo reprocharte es que para hacerlo hayas puesto en peligro la tuya.

-¡Alegría y felicidad! -gritó Gurgi-. ¡La pobre y tierna cabeza de Gurgi ya no tendrá que aguantar más pisotones y tropezones! ¡Y su bondadoso amo se ha salvado de las pociones y las cocciones!

Librodot

-Pero lo más asombroso de todo es que la esfera sigue brillando -dijo el príncipe Rhun, sonriendo con orgullo-. La luz no se apagó ni tan siquiera después de tenerla en mi mano. ¡Es sorprendente! -Y contempló la esfera dorada con gran curiosidad: los rayos de luz ya habían empezado a hacerse más débiles-. No sé qué ha podido pasar -dijo Rhun devolviéndole la esfera a Taran-, De repente empezó a brillar más y más fuerte, por sí sola. ¡Es increíble!

-La luz logró detenerle -dijo Fflewddur, con las manos en las caderas. El bardo estaba contemplando la inmóvil silueta de Glew-. Ese pequeño y repugnante gusano ha estado tanto tiempo aquí dentro que no pudo soportar la claridad. Vaya, he vuelvo a llamarle pequeño -añadió-, pero creo que para ser un gigante tiene un alma realmente minúscula... -Se puso de rodillas y examinó atentamente el rostro de Glew-. Tiene una buena brecha en la cabeza, pero sigue vivo. -Fflewddur puso una mano sobre la empuñadura de su espada-. Quizá haríamos bien asegurándonos de que..., bueno, de que no vuelva a despertarse nunca más.

-Olvídate de él -dijo Taran, poniendo la mano en su brazo para detenerle-. Ya sé que no tenía muy buenas intenciones, pero la verdad es que sigue dándome bastante pena. Pienso preguntarle a Dallben si puede ayudarle.

-Muy bien -dijo Fflewddur, no de muy buena gana-. Creo que él no se portaría tan bien con nosotros, pero... ¡Los Fflam siempre han sabido ser compasivos! Y ahora, de prisa, salgamos de este lugar.

-¿Cómo lograste bajar hasta aquí? -le preguntó Taran a Rhun-. ¿Encontraste alguna liana lo bastante larga?

El príncipe Rhun parpadeó, alarmado, y se quedó boquiabierto.

-Oh, yo... Me temo que lo he vuelto a hacer -murmuró-. No bajé. Salté. La verdad, no pensé en cómo volvería a salir. Es sorprendente, pero ni se me pasó por la cabeza... Lo siento, he conseguido que volvamos a estar en la misma situación de antes. -No del todo -le dijo Taran al abatido príncipe-. Podemos izarte hasta la cornisa tal y como ya hicimos. En cuanto hayas subido tendrás que buscar algo para ayudarnos a ascender. Pero tenemos que darnos prisa.

-No hace falta que nos subamos los unos sobre los otros -exclamó Fflewddur-. Se me ha ocurrido un sistema más sencillo. ¡Mira! -Señaló hacia una gran grieta que había aparecido en la pared de la caverna. Un rayo de sol caía sobre las piedras, y el aire fresco del exterior entraba silbando por la hendidura-. Eso es algo que debemos agradecerle a Glew. Ha gritado y rugido tanto que ha terminado por conseguir que las piedras se aflojaran. ¡Dentro de nada habremos salido de aquí! ¡Bendito sea ese pequeño monstruo repugnante! Dijo que deseaba hacer temblar a toda Mona -añadió-, y por el Gran Belin que lo ha conseguido..., ¡en cierta forma!

Los compañeros fueron rápidamente hacia la pared de la cueva y empezaron a abrirse paso por entre los montones de guijarros. Pero el príncipe Rhun se quedó quieto y empezó a hurgar dentro de su jubón.

-Vaya, esto es sorprendente -exclamó-. Estoy seguro de que lo había guardado aquí... -Y, frunciendo preocupadamente el ceño, volvió a hurgarse en los bolsillos.

-De prisa -le dijo Taran-, No podemos correr el riesgo de seguir en la caverna cuando Glew recobre el conocimiento. ¿Qué estás buscando?

-Mi libro -respondió Rhun-. ¿Dónde puede estar? Quizá cayó cuando estaba arrastrándome por ese agujero. O quizá...

-¡Olvídate de él! -le apremió Taran-. No sirve de nada. Ya has arriesgado la vida una vez. ¡No vuelvas a arriesgarla por un libro con las páginas en blanco!

-Era un bello recuerdo de nuestra aventura y además me habría sido útil -dijo Rhun-. No puede estar muy lejos. Seguid, no tardaré en alcanzaros. Sólo será un momento...

Se dio la vuelta y trotó hacia la entrada del túnel.

-¡Rhun! -gritó Taran, echando a correr detrás de él. El príncipe de Mona desapareció

Librodot

en el interior de la caverna. Taran se encontró a cuatro patas buscando a tientas por el suelo.

-¡Espléndido! -exclamó Rhun volviéndose a mirarle-. Un poquito de luz, justo lo que necesitaba... Bien, estoy seguro de que debe de andar por aquí. Para empezar, deja que me acuerde por dónde trepé. Suponiendo que se me hubiera caído entonces, tendría que estar cerca de la pared...

Si no había más remedio, Taran estaba decidido a sacar a rastras al príncipe de aquel agujero que tan cerca había estado de convertirse en su tumba. Fue hacia él y justo entonces Rhun dejó escapar un grito de triunfo.

-¡Aquí está! -exclamó el príncipe. Cogió el libro y empezó a examinarlo-. Espero que no se haya estropeado -observó-. Con tanto ir y venir de un lado para otro quizá se le hayan roto las páginas... No, parece... -Se quedó callado y meneó la cabeza, muy preocupado-. ¡Oh, qué pena! Ya no sirve de nada. Está cubierto de marcas y arañazos. ¿Qué puede haberle ocurrido?

Le entregó el pequeño volumen encuadernado en cuero.

-Mira -le dijo-. Qué lástima. No queda ni una página intacta. Ahora sí que ya no sirve de nada.

Taran estuvo a punto de arrojar el libro a un lado y llevar a la práctica sus planes de agarrar al príncipe por el cuello y sacarle a rastras, pero su mirada se posó en las páginas y lo que vio hizo que los ojos casi se le salieran de las órbitas.

-Rhun -murmuró-, esto es algo más que señales y arañazos. Son letras... Creí que las páginas estaban vacías. -Eso mismo creía yo -dijo Rhun-. ¿Qué puede...? Fflewddur les llamó a gritos, diciéndoles que se dieran prisa. Taran y el príncipe Rhun salieron de la caverna. Gurgi ya había llegado a la abertura del techo y estaba haciéndoles señas.

-El libro que encontramos en la choza de Glew... -empezó a decir Taran.

-No te preocupes por las propiedades de Glew, preocúpate de Glew -dijo Fflewddur-. Está empezando a moverse. Venga, en marcha o aún acabaremos metidos en una de sus pociones.

El sol acababa de asomar por el horizonte, pero después de la oscura y húmeda caverna su luz resultaba tan cálida como reconfortante. Los compañeros respiraron agradecidos el fresco aire de la primavera. Gurgi lanzó un grito de alegría y echó a correr, dejándoles atrás. No tardó en volver trayendo buenas noticias: el río quedaba bastante cerca. Los compañeros se dirigieron hacia él a la máxima velocidad posible.

Mientras caminaban Taran le entregó el libro a Fflewddur. -Aquí hay encerrado un gran misterio. No consigo leer lo que pone; está escrito en algún lenguaje antiguo. Pero en cuanto a cómo llegó hasta la choza de Glew...

-Después de todo lo que hemos pasado, puedo comprender que tengas ganas de bromear -replicó el bardo echándole una ojeada a las páginas-. Pero no creo que sea el momento más adecuado.

-¿Bromear? ¡No estoy bromeando! -Taran volvió a examinar el libro y se llevó una gran sorpresa. Las páginas estaban tan vacías como lo habían estado siempre-. Las letras... -balbuceó-. ¡Han desaparecido!

-Amigo mío, creo que tus ojos te han gastado una jugarreta -le dijo amablemente el bardo-. Cuando lleguemos al río te pondremos unos cuantos trapos empapados en la cabeza y ya verás como en seguida te sientes mucho mejor. Es comprensible. La oscuridad, el susto de que estuvieran a punto de hervirnos...

-Sé muy bien lo que he visto -protestó Taran-. Incluso en la caverna, incluso bajo la tenue luz del juguete de Eilonwy...

-Es cierto -dijo Rhun, que había estado siguiendo su conversación-. Yo también lo vi. Taran está en lo cierto. La luz de la esfera caía directamente sobre las páginas y... -

¡La esfera! -exclamó Taran-. ¡Esperad! ¿Será posible que...? -Sacó apresuradamente la esfera de su jubón mientras que los compañeros se

Librodot

detenían y le observaban en silencio. La luz empezó a brotar de la esfera, y Taran alzó la
mano de tal forma que sus rayos bañaron las páginas con un resplandor dorado.

Y las letras se hicieron visibles.

-¡Asombroso! -gritó Rhun-. ¡Es lo más sorprendente que he visto en mi vida!

Taran se puso en cuclillas sobre la hierba, sosteniendo la esfera cerca del libro, y fue pasando una hoja tras otra con dedos temblorosos. Todas las páginas estaban llenas de aquella extraña escritura. El bardo dejó escapar un prolongado silbido.

-Fflewddur, ¿qué significa esto? -le preguntó Taran.

Alzó la cabeza y le miró, preocupado.

El rostro del bardo había palidecido.

-En mi opinión -dijo Fflewddur-, lo que significa es que deberíamos deshacernos inmediatamente de este libro. Tirémoslo al río. Siento confesar que no puedo leer lo que pone. Jamás logré aprender esos alfabetos secretos y esos lenguajes antiguos... Pero reconozco un hechizo en cuanto lo veo. -Se estremeció, apartando los ojos del libro-. Si no os importa, prefiero no mirarlo. No es que me asuste... Bueno, sí, hace que sienta un terrible nerviosismo; y ya sabéis lo que opino sobre el meterse donde no te llaman.

-Si Glew dijo la verdad, el libro viene de un lugar lleno de magia y hechizos -dijo Taran-. Pero ¿quién sabe lo que podemos sacar de él? No pienso destruirlo -añadió, volviendo a guardar el libro dentro de su jubón-. No puedo explicároslo, pero tengo la misma sensación que si estuviera a punto de conocer un gran secreto. Es algo muy extraño, como cuando una mariposa te roza la mano y se aleja volando.

-Ejem -dijo Fflewddur, lanzándole una inquieta mirada a Taran-. Ya que insistes en llevarlo encima, te agradecería que... No es nada personal, entiéndeme, pero te agradecería que te mantuvieras un poco alejado de mí.

Los compañeros llegaron a la orilla del río ya bien avanzada la tarde, pero una vez allí tuvieron la alegría de ver que la fortuna había decidido sonreírles. Los restos de la balsa seguían donde los habían dejado. Empezaron a repararla. El príncipe Rhun, más animado que nunca, trabajaba infatigablemente. Durante un tiempo Taran había logrado olvidar que el príncipe de Mona iba a casarse con Eilonwy pero, mientras ayudaba a Rhun, que estaba asegurando las ramas con lianas nuevas, volvió a pensar en ello y se entristeció.

-Deberías estar orgulloso de ti mismo -le dijo Taran en voz baja-. Querías demostrar que eras un auténtico príncipe, ¿verdad? Pues ya lo has conseguido, Rhun hijo de Rhuddlum.

-Oh, vaya, quizá tengas razón -replicó Rhun, como si acabara de darse cuenta de ello-. Aunque es curioso... Ahora eso ya no me parece tan importante como antes. ¡Asombroso, pero así es!

Terminaron de repasar la balsa cuando el sol ya estaba ocultándose tras el horizonte. Taran, que había ido poniéndose más y más nervioso con el paso del tiempo, les dijo a los compañeros que sería mejor ponerse en marcha y no perder una noche en la orilla, por lo que todos subieron a la balsa.

El crepúsculo no tardó en caer sobre el valle, y las aguas del Alaw corrieron en veloces ondas plateadas bajo la luna. La orilla estaba muy silenciosa, flanqueada por oscuras colinas. Gurgi yacía acurrucado en el centro de la balsa, enroscado sobre sí mismo como una pelota de barro y hojas; el príncipe de Mona dormía junto a él, roncando apaciblemente con una sonrisa de satisfacción en su redondo rostro. Taran y Fflewddur se encargaron del primer turno de guardia, guiando la balsa, no muy marinera, que avanzaba rápidamente rumbo al océano.

Apenas si hablaron. Fflewddur seguía sintiendo cierta repulsión hacia aquel extraño libro, y Taran no paraba de pensar en el día siguiente y en sus esperanzas de que los compañeros se acercaran un poco más al final de su misión. Una vez más, el miedo y la

Librodot

duda le hicieron preguntarse si habría acertado en sus decisiones. Aun suponiendo que Eilonwy hubiera sido llevada a Caer Colur, Taran no tenía ninguna seguridad de que Magg (o Achren) siguieran reteniéndola allí. Había tan pocas cosas de las que pudiera estar seguro... El libro y su significado, incluso la auténtica naturaleza del juguete de Eilonwy, no era más que dos enigmas añadidos a otros muchos.

-¿Por qué? -murmuró-. ¿Cómo es que las letras sólo son visibles cuando la luz de la esfera cae sobre ellas? ¿Por qué se encendió para Rhun, cuando antes nunca lo había hecho? Y, ahora que pienso en ello, ¿por qué se encendió al tomarla en mi mano?

-Como bardo -le respondió Fflewddur-, sé muchas cosas sobre los objetos mágicos y puedo decirte... -Una de las cuerdas del arpa se partió en dos con un tañido casi musical-. Ah, sí -dijo Fflewddur-, la verdad es que sé muy poco de esas cosas. Eilonwy, naturalmente, tiene el don de hacer brillar esa luz siempre que le viene en gana. Como ya sabes, es medio maga y el juguete le pertenece. En cuanto a los demás casos, me pregunto, y cuidado, porque se trata tan sólo de una suposición..., me pregunto si no tendrá algo que ver con... ¿cómo podría expresarlo? Bueno, con no pensar en ello. O en ti mismo.

»Lo que quiero decir -añadió Fflewddur-, es que cuando cogí la esfera en la caverna no paraba de retirarme a mí mismo: si puedo conseguirlo, si soy capaz de encontrar la forma de que...

-Quizá estés en lo cierto -dijo Taran en voz baja, viendo como la orilla bañada por la blanca claridad lunar se deslizaba ante ellos-. Al principio sentí lo mismo que tú. Y recuerdo que después pensé en Eilonwy, sólo en ella; y la esfera empezó a brillar. El príncipe Rhun estaba dispuesto a sacrificar su vida; sólo pensaba en nuestra salvación, no en la suya. Y dado que estaba dispuesto al mayor sacrificio posible, la esfera brilló con más intensidad que nunca. ¿Será posible que ése sea su secreto? Pensar más en los demás que en nosotros mismos...

-Por lo menos, ése parece ser uno de sus secretos -replicó Fflewddur-. En cuanto descubres eso has descubierto un gran secreto, ciertamente..., con o sin el juguete.

Las colinas se iban haciendo cada vez más bajas y acabaron desapareciendo para convertirse en cañaverales. Taran sintió un olor a sal y algas. El río se fue ensanchando ante ellos, desembocando en un estuario más allá del cual había una extensión de agua todavía mayor. A su derecha, detrás de unos grandes peñascos, se oía resonar el estruendo del oleaje. De mala gana, acabó decidiendo que lo mejor sería esperar a que amaneciese. Fflewddur se encargó de despertar a Gurgi y al príncipe Rhun mientras que Taran llevaba la balsa hasta la orilla.

Los compañeros buscaron refugio entre un gran macizo de juncos y Gurgi abrió su bolsa para sacar comida. Taran, aún nervioso, fue hasta una pequeña loma y miró hacia el mar.

-No salgas de las sombras -dijo la voz de Gwydion-. Achren tiene los ojos muy agudos.

15 - La isla

El príncipe de Don brotó de entre los juncos igual que una sombra. Aunque ya no llevaba sus herramientas y el trapo atado a la cabeza, seguía vistiendo los raídos atuendos de su disfraz. Kaw, posado en su hombro, parpadeó y se alisó las plumas, indignado ante aquel brusco despertar; pero al ver a Taran movió la cabeza y empezó a graznar alegremente.

Taran, sobresaltado, lanzó una exclamación de sorpresa. El príncipe Rhun corrió hacia él, agitando su espada con gran vigor y poniendo una cara lo más feroz posible.

-¡Vaya, pero si parece el zapatero! -dijo Rhun, bajando su arma al ver a Gwydion-.

Librodot

¿Eres el zapatero? ¿Qué has hecho con esas sandalias que me prometiste?

-Ay, príncipe Rhun, vuestras sandalias deberán esperar a que resuelva otros asuntos -replicó Gwydion.

-No es ningún zapatero: es Gwydion, príncipe de Don -le explicó Taran en voz baja.

Gurgi y Fflewddur también habían venido a la carrera.

-¡Gran Belin! -balbuceó Fflewddur, boquiabierto-. ¡Y pensar que hemos compartido un establo en Dinas Rhydnant! Gwydion, mi señor, si me hubierais dicho quién erais...

-Te pido disculpas por haberte engañado -le respondió Gwydion-, pero no me atrevía a obrar de otra forma. El silencio era mi mejor escudo.

-Quería hablar con vos en Dinas Rhydnant, pero Magg no nos dio tiempo -le dijo Taran-. Ha secuestrado a Eilonwy. Nos han hablado de un lugar llamado Caer Colur, un lugar al cual quizá la haya llevado, y hemos estado intentando llegar hasta allí.

-Gracias a Kaw, conozco parte de vuestras aventuras -dijo Gwydion-. Me explicó que habíais decidido seguir el río. Os perdió de vista cuando Llyan le persiguió, pero acabó encontrándome.

»Achren también quería llegar a Caer Colur -siguió diciendo Gwydion-. Apenas lo supe intenté seguir su nave. Un pescador me llevó hasta el norte. La gente de vuestra isla es muy valiente -añadió, mirando a Rhun-. Espero que os acordéis de honrarles cuando seáis rey de Mona. El pescador estaba decidido a llevarme hasta Caer Colur, pero no podía aceptar que me hiciera ese favor, pues no me atreví a revelarle cuál era mi misión. Aun así, antes de volver a Mona me regaló la barca que llevaba en su embarcación y no quiso aceptar recompensa alguna, ni por su generosidad ni por el riesgo que había corrido.

-¿Habéis estado ya en Caer Colur? -le preguntó Taran-. ¿Encontrasteis alguna huella de Eilonwy?

Gwydion asintió.

-Sí. Pero no he logrado rescatar a la princesa -dijo con tristeza-. Achren la tiene prisionera. Magg actuó más de prisa que ninguno de nosotros.

-¡Esa maldita araña! -exclamó el bardo, con tal pasión en la voz que Kaw se removió, alarmado-. ¡Ah, esa sucia araña tramposa...! Dejad que me encargue de él, os lo suplico. ¡Magg y yo tenemos una considerable deuda que saldar, y ésta va creciendo a cada momento que pasa! -Alzó su espada-. ¡No la necesitará! ¡En cuanto le vea, le aplastaré con mis manos desnudas!

-Calma, calma -le ordenó Gwydion-. Puede que sea una araña, pero eso hace que su picadura sea doblemente mortífera. Su vanidad y su ambición le han convertido en esclavo de Achren. Ya le ajustaremos las cuentas en su momento, igual que haremos con Achren. Ahora debemos preocuparnos de Eilonwy.

-¿No hay forma de que podamos liberarla? -preguntó Taran-. ¿Está muy vigilada?

-La noche pasada fui remando hasta la isla -dijo Gwydion-. Estuve poco tiempo en ella y no pude descubrir dónde tienen cautiva a la princesa, aunque sí vi que Achren tiene consigo a un pequeño grupo de guerreros, esbirros y forajidos que han decidido unir su destino al de ella. No son demasiado peligrosos: no ya acompañada por ninguno de los Nacidos del Caldero de Arawn, los que no pueden morir... -Sonrió con amargura-. Sin la protección del Señor de Annuvin, la orgullosa Achren sólo puede mandar sobre lacayos.

-Entonces podemos atacarles ahora mismo -exclamó Taran, posando la mano sobre la espada-. Somos lo bastante numerosos para vencerles.

-Esta labor necesita algo más que fuerza física, y las espadas no son lo único a lo que debemos tenerle miedo -replicó Gwydion-. Hay muchas cosas que no os he contado y otras muchas que ni yo mismo sé. El enigma aún no ha sido revelado del todo. Pero he descubierto que los planes de Achren son más complejos de lo que había imaginado, y que Eilonwy corre un peligro más grave del que pensaba. Hay que sacarla de Caer Colur

Librodot

antes de que sea demasiado tarde.

Gwydion se envolvió en su capa y fue hacia la orilla. Taran le cogió del brazo.

-Dejad que os acompañemos -le suplicó-. Si hace falta, lucharemos junto a vos. Protegeremos a Eilonwy, la ayudaremos a escapar...

El guerrero se detuvo y miró a los compañeros que aguardaban su respuesta. Sus verdes pupilas se posaron en Taran, examinándole en silencio.

-No es que dude de vuestro valor. Pero Caer Colur encierra peligros más grandes de los que puedes imaginar.

-Quiero a Eilonwy. Todos la queremos -dijo Taran.

Gwydion guardó silencio durante unos instantes, su rostro curtido por la intemperie fruncido en una mueca de preocupación.

-Como desees -dijo por fin-. Seguidme.

El príncipe de Don guió a los compañeros desde las ciénagas hasta una angosta franja de playa. Una vez allí, siguieron el contorno de las aguas hasta llegar a una cala donde había una barca que se mecía al extremo de su amarra. Gwydion les indicó que subieran a ella, cogió los remos y, moviéndolos con silenciosa rapidez, llevó la pequeña embarcación hacia el mar.

Taran se colocó en la proa del bote, con las negras aguas moviéndose bajo él, esforzándose por ver alguna señal que indicara la cercanía de Caer Colur. El príncipe Rhun y los compañeros estaban agazapados en la popa mientras que los poderosos brazos de Gwydion hacían moverse los remos. Las estrellas habían empezado a desaparecer, y bancos de niebla brotaban del mar formando nubes heladas.

-Tenemos que actuar rápidamente y terminar nuestra misión antes de que salga el sol -dijo Gwydion-. La mayor parte de los guerreros de Achren están protegiendo la entrada que da al interior de la isla. Nosotros iremos por la otra parte, la más difícil. Puede que la oscuridad nos permita pasar desapercibidos.

-Glew nos contó que Caer Colur estaba separada del continente -dijo Taran-, pero no imaginaba que se encontrara tan lejos.

Gwydion frunció el ceño.

-¿Glew? Kaw no me ha hablado de ningún Glew.

-Ocurrió después de que Kaw tuviera que separarse de nosotros -le explicó Taran-, y no me sorprende que no fuera capaz de volver a encontrarnos, pues fuimos a parar a una caverna.

Le contó a Gwydion cómo habían encontrado el juguete de Eilonwy, cómo habían sido traicionados por Glew y lo sucedido con el extraño libro de las páginas vacías. Gwydion, que había estado escuchándole atentamente, acabó metiendo los remos en el bote y dejó que éste siguiera avanzando empujado por las olas.

-Es una pena que no me hablaras de eso antes. Habría podido encontrar una forma de ponerlo a buen recaudo -dijo mientras Taran le entregaba la esfera dorada, que empezó a brillar con fuerza. Gwydion se quitó la capa y la usó para disimular su luz. Cogió el libro que le ofrecía Taran, lo abrió y acercó la esfera a las páginas vacías. El antiguo alfabeto se hizo visible. El rostro de Gwydion estaba tenso y pálido-. No puedo leerlo -les dijo-, pero sé reconocer lo que habéis encontrado: este libro es el mayor tesoro de la casa de Llyr.

-¿Un tesoro de Llyr? -murmuró Taran-, ¿Y cuál es su naturaleza? ¿Pertenece a Eilonwy?

Gwydion asintió.

-Eilonwy es la última princesa de Llyr, y es suyo por derecho de nacimiento. Pero hay otra cosa que debes saber. Durante generaciones las hijas de la casa de Llyr fueron las hechiceras más poderosas de todo Prydain, y siempre supieron utilizar sus dones con bondad y sabiduría. Vivían en Caer Colur y allí guardaban sus tesoros, objetos mágicos y utensilios encantados cuya naturaleza ni tan siquiera yo conozco.

Librodot

»Las crónicas de la casa de Llyr sólo hacen veladas alusiones a cuál era la protección de que gozaban tales misterios. Las leyendas hablan de un hechizo conocido como el Pelydryn Dorado, un hechizo que era transmitido de madre a hija, y de un libro que contenía todos los secretos de aquellos objetos mágicos, así como otros muchos hechizos de un gran poder.

«Pero Caer Colur acabó siendo abandonado, convirtiéndose en ruinas, y Angharad, hija de Regat, se marchó del castillo para contraer matrimonio contrariando los deseos de su madre. Se llevó consigo el libro de hechizos y todo el mundo creía que el libro había desaparecido. En cuanto al Pelydryn de Oro, nadie sabe en qué consiste. -Gwydion contempló la esfera-. Ahora veo que el Pelydryn de Oro no ha desaparecido. ¿Dónde podía estar mejor escondido? Un juguete puesto en manos de una niña...

»Eilonwy creía que la habían mandado a vivir con Achren para que estudiara y acabase aprendiendo a ser una hechicera -siguió diciendo Gwydion-, pero no era así. Achren raptó a Eilonwy y se la llevó al Castillo Espiral.

-Entonces, ¿Achren no supo darse cuenta de que esta esfera ocultaba el Pelydryn de Oro? -le preguntó Taran-, Si conocía su naturaleza, ¿cómo es que la dejó en manos de Eilonwy?

-Achren no se atrevía a obrar de otra forma -le respondió Gwydion-. Sí, sabía cuál era la herencia de Eilonwy. Reconoció el Pelydryn, pero sabía que éste perdería su poder si era arrebatado por la fuerza a su legítima propietaria, y en tal caso el libro de hechizos también habría desaparecido. Achren no podía intentar nada hasta que el libro no hubiera sido encontrado.

-Y, sin llegar a saberlo, Glew dio con el libro de hechizos -dijo Taran-. ¡Pobre y tonta criatura, convencida de que le habían engañado...!

-Cierto -replicó Gwydion-. Sin la luz del Pelydryn de Oro no tenía forma alguna de ver la escritura oculta en el libro, pero, ni aun así, le habría servido de nada. Los hechizos sólo pueden ser utilizados por una hija de la casa de Llyr. Sólo Eilonwy tiene la capacidad de leerlos..., aunque no será capaz de hacerlo hasta que no esté a punto de convertirse en mujer. Eilonwy ya casi es una mujer y pronto será capaz de dominar todos los hechizos de Caer Colur. Ésa es la razón de que Achren desee tenerla en su poder.

-Entonces, Eilonwy se encuentra a salvo -exclamó Taran-. Si es la única que puede utilizar los hechizos, Achren no se atreverá a hacerle daño... Y Achren tampoco osará hacernos daño a nosotros, dado que tenemos el Pelydryn y el libro de los hechizos.

-Sí, pero quizá Eilonwy corra un peligro mucho más grave que antes -le respondió Gwydion con voz preocupada.

Gwydion guardó cuidadosamente el libro y la esfera dorada en su jubón y volvió a remar. Taran se agarró a la borda del bote y vio asomar ante ellos un gran montículo oscuro. Gwydion había llevado el bote mar adentro y seguía remando, haciéndoles moverse en un pronunciado semicírculo. Las olas agitaban la pequeña embarcación, haciéndola avanzar cada vez más de prisa. El estruendo del oleaje resonaba en los oídos de Taran. Gwydion empezó a remar usando primero un solo remo y después el otro, y el bote entró en un angosto canal de aguas espumeantes: al verlo, Gurgi empezó a gimotear con voz quejumbrosa.

Los pináculos de Caer Colur se alzaban como agujas negras contra la oscuridad del cielo. La niebla giraba alrededor de las columnas de piedra, y Taran se dio cuenta de que aquellas columnas habían sido torres de una altura imponente, pero ahora no eran más que ruinas que se elevaban hacia el cielo igual que fragmentos de espadas rotas. A medida que fueron acercándose a ellas pudo ver las grandes puertas de hierro, recuerdo de un tiempo en el que Caer Colur fue una fortaleza del continente. Las puertas daban al mar pero, como sea que el castillo se había hundido un poco en el suelo, ahora se encontraban medio sumergidas por el inquieto oleaje. Las aguas se estrellaban contra

Librodot

ellas con un sordo rugir, como si quisieran asaltar las ruinas y completar su destrucción.

Cerca de las grandes puertas el viento y el agua habían creado una especie de pequeña cala, y allí fue donde Gwydion amarró el bote, haciéndoles señas a los compañeros para que desembarcasen. Mientras trepaban por las rocas Taran oyó un lento y agónico chirriar que venía de las puertas, como si éstas hubieran adquirido una voz propia y protestaran contra el continuo embate de las olas. Gwydion empezó a subir por los riscos. Rhun logró encontrar un asidero entre los guijarros y le siguió con gran dificultad, mientras que Taran y Gurgi iban detrás de él para cogerle en caso de que el príncipe de Mona resbalase. Fflewddur iba el último, esforzándose en silencio.

Kaw ya estaba en las murallas, y Taran, viendo el acantilado y los parapetos medio en ruinas que se alzaban sobre ellos, le envidió sus alas. Gwydion les hizo avanzar junto a la base del muro y les llevó hacia las grandes puertas. El bastión parecía haber sufrido el mandoble de una inmensa espada, y la brecha dejada por el golpe estaba llena de guijarros y rocas sueltas. Una vez allí, el príncipe de Don les indicó que debían detenerse.

-Quedaos aquí -les dijo en voz baja-. Yo me adelantaré para averiguar dónde están los puestos de vigilancia de Achren.

Y se esfumó por entre las ruinas, sin hacer ni un solo ruido. Los compañeros se agazaparon junto a los peñascos, sin atreverse a hablar.

Taran apoyó la cabeza en los brazos. Su mente volvía una y otra vez a las palabras de Gwydion, y la imagen de Eilonwy ocupaba todos sus pensamientos: no lograba creer que aquella joven esbelta y sonriente pudiera tener poderes tan grandes como los de Achren. Eilonwy no tardaría en recuperar la libertad, se dijo. Pero a medida que crecía su impaciencia también lo hicieron sus temores, y acabó alzando la cabeza, preocupado, esforzándose por ver u oír algo que anunciara el regreso de Gwydion.

Estaba empezando a sentir la tentación de seguir sus pasos, pero un instante después Gwydion apareció de entre las sombras.

-Achren no está muy bien protegida -dijo Gwydion con una hosca sonrisa-. Uno de los centinelas está mirando hacia el interior mientras que el otro dormita apoyado en su espada. El resto duerme profundamente.

Los compañeros avanzaron por la hendidura de las murallas. Su problema actual era encontrar el sitio donde estaba prisionera Eilonwy, y tan sólo pensar en ello Taran sintió una oleada de abatimiento. Las ruinas de Caer Colur se extendían detrás de los muros como los restos de un gran esqueleto. Lo que antes habían sido majestuosos salones y torres yacía ahora ante los compañeros, y Taran miró preocupadamente a Gwydion. El guerrero indicó a los compañeros que desenvainaran sus espadas y les dijo a cada uno de ellos por dónde debían buscar.

Fflewddur ya se disponía a ir hacia uno de los rincones de la fortaleza cuando Taran casi dejó escapar un grito de sorpresa. Kaw alzó el vuelo desde la torre en que estaba posado y fue hacia él, aterrizando en su brazo. El cuervo movió las alas, se lanzó nuevamente hacia los aires y trazó un par de círculos alrededor de la torre.

-¡La ha encontrado! -susurró Taran-, ¡Nuestra búsqueda ha terminado!

-No, acaba de empezar -le advirtió Gwydion-. Uno de nosotros trepará a la torre para ver si es posible liberarla. Los demás ocuparán posiciones en el muro para impedir cualquier ataque sorpresa de los centinelas de Achren.

-Yo iré -propuso Taran; pero un instante después vaciló, volviéndose hacia el príncipe Rhun. Inclinó la cabeza y dijo-: Va a ser tu prometida y sé que deseabas...

-Deseaba demostrarle mi valor a la princesa, ¿no es así? Sí -le respondió Rhun-. Pero ya no lo deseo. Me basta con demostrármelo a mí mismo. Y, la verdad, creo que Eilonwy preferirá verte a ti antes que a ningún otro.

Taran miró a Gwydion, quien asintió y dio instrucciones a los demás compañeros para que fueran hacia el lado del castillo que miraba al interior. Rhun se marchó junto

Librodot

con Gurgi y Fflewddur. Gwydion puso una rodilla en tierra y sacó el libro y la esfera dorada de su jubón.

-En caso de que algo vaya mal, estos objetos no deben caer en manos de Achren -dijo, escondiéndolos cuidadosamente bajo los escombros. Los cubrió de guijarros y alisó la tierra a su alrededor-. Espero que aquí estén seguros hasta que volvamos.

Kaw había vuelto a reunirse con Taran. Gwydion se puso en pie y sacó de su cinturón un rollo de cuerda, hizo un lazo en uno de los extremos y se lo alargó a Kaw, diciéndole algo en un susurro. El pájaro cogió la cuerda con su pico y voló silenciosamente hasta el extremo de la torre, quedándose inmóvil sobre un saliente de piedra y dejando caer el lazo a su alrededor.

Gwydion se volvió hacia Taran.

-Ya sé lo que sientes -le dijo con dulzura-. Sube, Ayudante de Porquerizo. Esta misión es cosa tuya.

Taran corrió hacia la torre. La cuerda se tensó bajo su peso y zarcillos de niebla giraron a su alrededor mientras que sus pies intentaban hallar algún asidero en las irregularidades de la pared. Taran agarró la cuerda con más fuerza y empezó a trepar. Una ráfaga de viento marino le abofeteó y su cuerpo se apartó de la torre, quedando suspendido en el aire durante un instante. Las olas se estrellaban contra las rocas. Taran no se atrevió a mirar hacia abajo y se esforzó desesperadamente por detener el loco girar de su cuerpo. Su pie volvió a golpear la piedra. Tirando con todas sus fuerzas de la cuerda, logró subir un poco más.

El parapeto de la torre apareció ante él, y Taran logró izarse por entre las piedras. Una linterna sorda brillaba apagadamente dentro de la pequeña estancia que había más allá. Taran sintió como el corazón le daba un vuelco. Eilonwy estaba allí.

La princesa yacía inmóvil sobre un diván. Seguía llevando el vestido que le había dado Teleria, aunque ahora estaba roto y manchado de barro. Su cabello rojo y oro le tapaba los hombros, Y su rostro estaba pálido y ojeroso.

Taran saltó del parapeto y corrió por las losas del suelo hasta llegar a Eilonwy. Le puso la mano en el hombro. La muchacha se removió, ladeando el rostro y murmurando en sueños.

-¡De prisa! -le dijo Taran en un susurro-. Gwydion nos está esperando.

Eilonwy se incorporó en el diván, se pasó una mano por la frente y abrió los ojos. Cuando vio a Taran dejó escapar una exclamación de sorpresa.

-Gurgi también está aquí -dijo Taran-. Fflewddur, el príncipe Rhun..., todos nosotros. Estás a salvo. ¡De prisa!

-Qué interesante -murmuró Eilonwy con voz soñolienta-. Pero ¿quiénes son? Y, además -añadió-, ¿quién eres tú?

16 - Una reunión entre desconocidos

-Yo soy Eilonwy, hija de Angharad, hija de Regat -siguió diciendo Eilonwy, llevándose la mano a la luna creciente de plata que brillaba en su cuello-. Pero ¿quién eres tú? -repitió-. No comprendo nada de lo que me has estado diciendo.

-Despierta -exclamó Taran, cogiéndola por los hombros y sacudiéndola-. Estás soñando.

-Oh, sí, es verdad, estaba soñando -le respondió Eilonwy con una sonrisa absorta-. Pero ¿cómo lo has sabido? Cuando duermes no se nota si sueñas o no, ¿no es cierto? -Se calló, frunciendo el ceño-. ¿O sí? Tengo que pensar en ello. Supongo que la única forma de averiguarlo es observarme a mí misma cuando esté dormida. Y, la verdad, no tengo ni idea de cómo puedo... -Su voz fue haciéndose más y más débil; de repente pareció olvidarse de que Taran estaba junto a ella y se reclinó nuevamente en el diván-. Es difícil..., muy difícil -murmuró-. Es como intentar ponerse del revés. ¿O será quizá

Librodot

ponerse del derecho?

-¡Eilonwy, mírame! -Taran intentó levantarla del diván, pero Eilonwy le apartó dejando escapar una exclamación de enfado-. Tienes que escucharme -insistió Taran.

-Eso es lo que he estado haciendo hasta ahora -replicó ella-, y de momento nada de lo que has dicho tiene sentido. La verdad, estaba mucho más a gusto durmiendo. Prefiero soñar a que me griten. Pero ¿qué estaba soñando? Era un sueño muy agradable..., había una cerda y..., y alguien que... No, ya no me acuerdo, se ha ido más de prisa que una mariposa. Has estropeado mi sueño.

Taran había logrado conseguir que volviera a erguirse en el diván y estaba examinándola, asustado. Pese a su ropa sucia y al desorden de su cabellera Eilonwy no daba la impresión de haber sufrido ningún daño físico. Pero sus ojos parecían extrañamente apagados, como dos delgadas láminas de cristal. No era el sueño lo que aturdía su mente, y las manos de Taran temblaron al comprender que Eilonwy había sido drogada o -y se le heló el corazón con sólo pensarlo-, hechizada.

-Escúchame con atención -suplicó-. No tenemos tiempo... -Creo que nadie debería irrumpir en los sueños de otra persona sin pedir permiso antes -dijo Eilonwy, un tanto ofendida-. No sé, me parece una descortesía. Es como tropezar con una telaraña que todavía está ocupada.

Taran corrió hacia el baluarte. Miró hacia abajo, pero no pudo ver rastro alguno de los compañeros, ni de Kaw. La luna ya estaba bastante baja y el cielo no tardaría en iluminarse. Volvió rápidamente hacia Eilonwy.

-¡Date prisa, te lo ruego! -exclamó-. Baja conmigo por la cuerda. Es lo bastante fuerte para sostenernos a los dos.

-¿Una cuerda? -exclamó Eilonwy-. ¿Yo? ¿Bajar por una cuerda contigo? La verdad, te conozco desde hace muy poco tiempo, pero no paras de sugerirme cosas a cual más ridícula. No, gracias. -Ahogó un bostezo-. Prueba a bajar tú solo y deja que vuelva a dormirme -añadió con voz algo hosca-. Espero ser capaz de recordar el punto en que me quedé... Eso es lo peor de que alguien irrumpa en tu sueño. Después nunca logras encontrar el momento exacto en que te quedaste.

Taran, cada vez más desesperado, se arrodilló junto a ella. -¿Qué te ocurre? -murmuró-. Tienes que luchar contra ese sopor que te domina. ¿Es que no me recuerdas? Taran, Ayudante de Porquerizo...

-Qué interesante -observó Eilonwy-. Tienes que contarme más cosas sobre ti. Pero ahora no es el momento.

-Piensa -la apremió Taran-, Recuerda Caer Dallben... Coll... Hen Wen...

El viento marino sopló a través del parapeto llevando consigo hebras de niebla que parecían lianas. Taran repitió aquellos nombres y los nombres de los compañeros.

La mirada de Eilonwy estaba tan perdida en la lejanía que ella misma parecía estar muy lejos de la pequeña estancia.

-Caer Dallben -murmuró-. Qué extraño... Creo que eso también podría ser parte de mi sueño. Había un huerto; los árboles estaban en flor. Yo estaba trepando por un tronco, lo más arriba posible...

-Sí, así fue -se apresuró a decirle Taran-. Yo también me acuerdo de ese día. Dijiste que subirías hasta el final del manzano. Te advertí de que no debías hacerlo pero, aun así, lo hiciste.

-Quería saber cómo eran los árboles -siguió diciendo Eilonwy-. Hay que hacerlo cada año, ¿sabes?, porque los árboles nunca son iguales que el año pasado. Y en el sueño llegaba a la última rama...

-No era ningún sueño sino la vida que conoces -le dijo Taran-, tu propia vida, no una sombra que se desvanece con el sol. Sí, llegaste hasta la rama más alta. Y se rompió, como me temía.

-¿Cómo es posible que alguien conozca los sueños de otra persona? -dijo Eilonwy,

Librodot

como si hablara consigo misma-. Sí, se rompió y yo empecé a caer. Abajo había alguien que me cogió en brazos. Quizá fuera un Ayudante de Porquerizo... Me pregunto qué habrá sido de el.

-Está aquí, a tu lado -le dijo Taran en voz baja-. Te ha estado buscando durante mucho tiempo, de formas que ni tan siquiera él comprendía. Y ahora que te ha encontrado, ¿no serás capaz de hallar el camino que te lleve de nuevo junto a él?

Eilonwy se puso en pie. Sus pupilas se posaron en él y, por primera vez, una luz parecía brillar en ellas. Taran le ofreció las manos. Eilonwy vaciló y dio un paso hacia él. Pero antes de que hubiera terminado de darlo sus ojos volvieron a opacarse y la luz murió.

-Es un sueño, nada más -murmuró, dándole la espalda.

-¡Esto es obra de Achren! -exclamó Taran-. No consentiré que siga haciéndote daño.

La cogió por el brazo y tiró de ella hacia el parapeto.

Al oír el nombre de Achren todo el cuerpo de Eilonwy se envaró. Logró soltarse de su mano y se encaró con él.

-¿Osas tocar a una princesa de la casa de Llyr?

Su voz era seca y áspera; sus ojos se habían vuelto fríos y duros, y Taran se dio cuenta de que aquel fugaz recuerdo de su vida anterior se había esfumado. Sabía que lo más importante era sacarla de allí, costara lo que costase. Su terror y su pena crecieron aún más al pensar que quizá ya no hubiera esperanza de sal varia, ni aún llevándosela en ese mismo instante. Intentó cogerla por la cintura y echársela a la espalda.

Eilonwy le golpeó el rostro con tal fuerza que Taran retrocedió, tambaleándose. Pero no fue el golpe lo que más le dolió, sino la mirada de odio y desprecio que lo acompañaba. En sus labios había una sonrisa de burlona malicia. Para ella era un desconocido y, por un instante, Taran sintió que se le iba a romper el corazón.

Repitió su intento de cogerla. Eilonwy lanzó un grito de rabia, se retorció en sus brazos y logró escapar.

-¡Achren! -gritó-. ¡Achren, ayúdame!

Corrió hacia la entrada de la pequeña estancia y huyó por el pasillo. Taran cogió la linterna sorda y echó a correr en pos de la princesa. Las sandalias de Eilonwy despertaron ecos por entre las sombras del pasillo y Taran tuvo tiempo de ver como la punta de su vestido se esfumaba detrás de una esquina. Eilonwy no había dejado de gritar el nombre de Achren. Unos segundos más y el castillo despertaría y los compañeros serían descubiertos. Taran se maldijo a sí mismo: lo había estropeado todo. Ahora no tenía donde escoger. Debía capturar a la hechizada joven antes de que toda esperanza de huir se desvaneciera. Oyó un grito procedente de la muralla y un entrechocar de espadas.

La linterna sorda le quemó la mano y Taran la arrojó a un lado. Corrió hacia el final del pasillo, sumido en la oscuridad, y bajó a toda prisa un tramo de peldaños. El Gran Salón de Caer Colur se extendió ante él, con la luz carmesí del alba bañando los restos de su esplendor. Eilonwy cruzó rápidamente las losas medio rotas y volvió a esfumarse. Una mano le agarró por el jubón y le hizo girar sobre sí mismo. Una antorcha brilló ante sus ojos.

-¡El Ayudante de Porquerizo! -siseó Magg.

El gran mayordomo sacó una daga de entre sus ropas y atacó a Taran, quien alzó un brazo para desviar el golpe. La daga falló el blanco. Magg lanzó una maldición y agitó la antorcha igual que si fuera una espada. Taran retrocedió, e intentó desenvainar su espada. El Gran Salón resonaba con los gritos de los centinelas recién despertados. Un instante después, Taran vio llegar a Gwydion, con los compañeros pisándole los talones.

Magg se dio la vuelta. Fflewddur había logrado dejar atrás a los guerreros que le perseguían e iba a toda velocidad hacia el gran mayordomo. La revuelta cabellera del bardo flotaba en el aire, y su rostro estaba iluminado por una furia triunfal.

Librodot

-¡La araña es mía! -gritó Fflewddur, haciendo silbar su hoja por encima de su cabeza.

Nada más ver al enloquecido bardo Magg dejó escapar un chillido de terror e intentó huir. Un instante después el bardo cayó sobre él, propinando golpes a derecha e izquierda con la parte plana de su espada, en un ataque tan frenético que casi ninguno de sus mandobles logró dar en el blanco. Magg, con la fuerza que da la desesperación, se lanzó sobre el cuello del bardo y empezó a luchar contra él.

Antes de que Taran pudiera ir en ayuda de Fflewddur, un guerrero que enarbolaba un hacha cargó contra él y, pese a defenderse con todas sus fuerzas, Taran no tardó en verse empujado hacia una esquina del Salón. Por entre la confusión del combate pudo ver a Gwydion y Rhun, luchando frenéticamente con otros guerreros. El príncipe de Mona manejaba con furor su espada rota y el atacante de Taran acabó cayendo bajo uno de sus golpes.

Fflewddur y Magg seguían luchando el uno contra el otro. Taran corrió hacia el bardo, pero la oscura y velluda silueta de Gurgi se le adelantó. Gurgi saltó hacia adelante con un chillido de rabia y se agarró a los hombros de Magg. El gran mayordomo seguía llevando la cadena de eslabones plateados propia de su cargo; Gurgi se aferró a ella y empezó a balancearse de un lado para otro. Magg dejó escapar un jadeo ahogado y se agarró a ellos con todas sus fuerzas, mientras que Fflewddur, sentado sobre la cabeza de Magg, daba toda la impresión de estar poniendo en práctica su amenaza de aplastar al traicionero gran mayordomo.

Gwydion, que había desenvainado a la llameante Dyrnwyn, había acabado con dos guerreros, que yacían inmóviles sobre las losas. El resto de los centinelas, aterrados ante el fuego de su acero, huyeron a toda velocidad. Gwydion fue rápidamente hacia los compañeros.

-¡Eilonwy está hechizada! -exclamó Taran-. Se me ha escapado.

La mirada de Gwydion se dirigió hacia el otro extremo del salón: unos tapices escarlata acababan de ser echados a un lado, revelando una pequeña estancia. Y allí estaba Eilonwy, con Achren junto a ella.

17 - Los hechizos de Caer Colur

Taran sintió que se le helaba el corazón, y su mente volvió a recordar la pesadilla de otro día en que también había quedado paralizado de terror ante Achren. Y viendo a la reina vestida de negro volvió a temblar, igual que si fuera el mismo muchacho asustado que había sido entonces. La reina llevaba el cabello suelto, y trenzas plateadas caían sobre sus hombros; la belleza de sus rasgos no había cambiado, aunque su rostro estaba tan pálido como el de una muerta. En el Castillo Espiral había lucido joyas; ahora sus delgadas manos y sus blancos brazos aparecían desnudos. Pero sus ojos, tan duros como piedras preciosas, parecieron capturar la mirada de Taran haciendo que no pudiera apartar la vista de su rostro.

Gwydion ya iba hacia ella. Taran le siguió, lanzando un grito y con la espada desenvainada. Eilonwy se encogió sobre sí misma, aferrándose al brazo de Achren.

-Soltad vuestras armas -les ordenó Achren-. Mi vida y la de esta muchacha están unidas la una a la otra. ¿Queréis matarme? Si lo hacéis, ella deberá compartir mi muerte.

Al ver la espada negra Achren se puso rígida, pero no hizo ningún gesto de huir. En vez de ello, sus labios se curvaron con la sombra de su sonrisa. Gwydion se detuvo y clavó los ojos en su rostro. Y, lentamente, con las facciones oscurecidas por la ira, guardó a Dyrnwyn en su funda.

-Obedécela -le murmuró a Taran-. Me temo que Achren dice la verdad. Incluso muriendo puede ser mortífera.

-Sabes obrar con sabiduría, Gwydion -dijo Achren en voz baja-. No me has

Librodot

olvidado, y yo tampoco te he olvidado a ti. Y veo también al Ayudante de Porquerizo y a ese estúpido bardo que ya debería llevar mucho tiempo convertido en alimento para los cuervos. Puede que los otros no me conozcan tan bien como vosotros, pero no tardarán en saber quién soy.

-Libera a la princesa Eilonwy de tu hechizo -dijo Gwydion-. Devuélvenosla y podrás marcharte sin que nadie te lo impida.

-El señor Gwydion es generoso -replicó Achren con una sonrisa burlona-. Me ofreces la seguridad cuando eres tú quien corre más peligro... Poner el pie en Caer Colur ya fue toda una imprudencia. Y ahora, cuando más desesperada es tu situación, más osadas se vuelven tus palabras. -Siguió mirándole en silencio-. Lástima que despreciaras la oportunidad de convertirte en mi esposo y gobernar conmigo.

»¿Liberar a la chica? -siguió diciendo Achren-. No, Gwydion. Me servirá tal y como había planeado. Está atada por algo más que mis hechizos. Ya conoces a sus antepasados y sabes que la sangre de las hechiceras fluye por sus venas. Caer Colur lleva mucho tiempo aguardando a su princesa. Ha estado llamándola y seguirá haciéndolo mientras una sola piedra de la fortaleza siga en pie. Este lugar es suyo por derecho de nacimiento; lo único que hago es ayudarla para que reclame su herencia.

-¡La estás obligando a reclamarla! -dijo Taran sin poder contenerse por más tiempo-, Eilonwy no vino a Caer Colur por su propia voluntad, y sólo sigue aquí porque tú la. tienes prisionera.

Su desesperación venció a todo sentido de la cautela y Taran dio un par de pasos hacia Eilonwy, que le estaba mirando con curiosidad. Gwydion puso una mano sobre su hombro y le hizo retroceder.

-¿Crees realmente que no quiere quedarse aquí? -Achren alzó su mano y señaló hacia la alcoba, en la que había un viejo cofre casi tan grande como la misma Eilonwy-.
Le he mostrado lo que contiene -dijo-. Todos los objetos mágicos que han estado esperándola... Un poder como nunca ha conocido se encuentra al alcance de su mano. ¿Vas a pedirle que se olvide de él? Deja que sea ella misma quien te responda.

Y al oír las palabras de Achren, Eilonwy irguió la cabeza. Sus labios se movieron pero no dijo nada. Empezó a juguetear con la cadenilla de plata que colgaba alrededor de su cuello.

-Escúchame, princesa -se apresuró a decirle Achren en voz baja-. Serían capaces de privarte de tu herencia, de los hechizos que te pertenecen por derecho de nacimiento.

-Soy una princesa de Llyr -dijo fríamente Eilonwy-. Quiero lo que es mío. ¿Quiénes son estos hombres que pretenden arrebatármelo? Veo al que me asustó cuando dormía en mi habitación. Un cuidador de cerdos, según él mismo afirmó. Al resto no les conozco.

El desgarrador gemido de Gurgi resonó por todo el Gran Salón.

-¡Sí, sí, nos conoces! ¡Oh, sí! No le digas esas cosas tan horribles a los apenados compañeros. ¡No puedes olvidar! ¡Tienes delante a Gurgi, el humilde y fiel Gurgi! ¡Gurgi espera servir a la sabia princesa, tal y como siempre hizo!

Taran apartó la mirada. El dolor de aquella pobre criatura le entristecía aún más que el suyo. Achren, que estaba observando atentamente a Eilonwy, movió la cabeza en un gesto de satisfacción.

-¿Y su destino? -le preguntó-. ¿Cuál será el destino de quienes pretenden robar la herencia de una princesa?

Eilonwy frunció el ceño. Sus ojos pasaron lentamente de un compañero a otro y acabó volviéndose hacia Achren, de mala gana, como perpleja.

-Serán..., serán castigados.

-Habla con tu voz -protestó Taran, lleno de ira-. ¡Con tus palabras! Pero en lo más hondo de su corazón no desea hacernos ningún daño.

-¿Eso crees? -replicó Achren, cogiendo a Eilonwy por el brazo y señalando hacia

Librodot

Magg, que yacía sobre las losas inmovilizado por la firme presa del bardo-. Princesa, uno de tus leales servidores sigue cautivo de estos intrusos. Haz que sea liberado.

Fflewddur, que estaba sentado a horcajadas sobre los hombros de Magg, apretó con más fuerza el cogote del gran mayordomo. Magg bufó y maldijo mientras que el bardo le sacudía furiosamente.

-¡Tengo prisionera a tu araña amaestrada! -gritó Fflewddur-. Él y yo tenemos una cuenta pendiente que debía haber sido saldada hace mucho tiempo. ¿Quieres que te lo devuelva entero? Pues entonces, deja que la princesa Eilonwy venga con nosotros.

-No necesito hacer tratos contigo -respondió Achren,
haciéndole una seña a Eilonwy. Taran vio que el rostro de la
joven había adoptado una expresión hosca y severa; Eilonwy
alzó su brazo, con los dedos apuntando hacia adelante. -¿Cuál
de ellos será? -se preguntó Achren-. ¿Esa criatura deforme que
osó llamarse sirviente tuyo?

Gurgi alzó la cabeza, perplejo y atemorizado, mientras que Achren le murmuraba algo a Eilonwy en una lengua extraña. Los dedos de la joven se movieron levemente. Los ojos de Gurgi se llenaron de sorpresa e incredulidad. Durante un segundo permaneció inmóvil, boquiabierto, mirando fijamente a la princesa. Los dedos de Eilonwy, que apuntaban al atónito Gurgi, se pusieron rígidos. Y Gurgi se envaró, dejando escapar un grito de dolor, agarrándose la cabeza con las manos.

Achren le miró con un destello de placer en las pupilas. Volvió a susurrarle algo a Eilonwy. Gurgi chilló. Empezó a girar sobre sí mismo, moviendo los brazos igual que si quisiera alejar a unos seres invisibles que le atormentaban. Se arrojó al suelo, aullando, doblándose sobre sí mismo, y empezó a rodar de un lado para otro. Taran y Gwydion corrieron hacia él, pero aquella pobre criatura torturada siguió debatiéndose igual que un animal herido, golpeándoles y manoteando ciegamente en su agonía.

Fflewddur se levantó de un salto.

-¡Basta ya! -gritó-. ¡No le hagas más daño a Gurgi! ¡Tendrás a tu Magg! ¡Llévatelo!

A una orden de Achren, Eilonwy bajó la mano. Gurgi se quedó inmóvil sobre las losas, jadeando. Todo su cuerpo temblaba, sacudido por los sollozos. Alzó su hirsuta cabeza, y Taran vio correr por su rostro unas lágrimas que no nacían tan sólo del sufrimiento que había soportado. Poco a poco, con un gran esfuerzo, Gurgi, agotado, logró ponerse a cuatro patas.

Arrastrándose, Gurgi consiguió avanzar un par de metros. Sus llorosos ojos se volvieron hacia Eilonwy.

-Sabia princesa... -murmuró-. Ella no desea llenar la pobre y tierna cabeza de Gurgi con dolores y sudores. Gurgi lo sabe y la perdona.

Magg, que había quedado libre de la presa del bardo, se levantó a toda velocidad y fue a ponerse junto a Achren. Su encuentro con Fflewddur había dejado al gran mayordomo en un estado lamentable. Sus elegantes ropas estaban llenas de rotos y desgarrones, su cabellera, empapada de sudor, le medio tapaba a frente y la cadena de plata propia de su rango tenía unos cuantos eslabones abollados. Pese a ello, y por el hecho de estar cerca de Achren, Magg se cruzó de brazos e irguió la cabeza en un gesto altivo; sus ojos estaban llenos de rabia y odio, y Taran estuvo seguro de que si Achren le hubiera concedido tal poder, una simple mirada de Magg habría bastado para que Fflewddur se retorciera presa de unos tormentos aún peores que los de Gurgi.

-Pagarás muy caro esto, arpista -gruñó Magg-. Me alegra no haber hecho que te azotaran y te echasen del castillo nada más verte; pues ahora eso me permitirá colgarte con las mismas cuerdas de tu arpa de la torre más alta del castillo de Rhuddlum. Y te | aseguro que eso es lo que haré apenas sea señor de Dinas Rhydnant.

-¡Señor de Dinas Rhydnant! -exclamó Fflewddur-. Ni siquiera mereces llevar la insignia de mayordomo.

Librodot

-¡Tiembla, arpista! -se burló Magg-. Dinas Rhydnant me pertenece. Achren me lo ha prometido, igual que me ha prometido todo el reino. ¡Seré rey! ¡Magg, el rey, Magg el magnífico!

-¡Serás Magg, el rey de los gusanos! -le contestó el bardo-. Así que Achren te ha prometido un reino, ¿en? ¡No te mereces ni una despensa!

-Las promesas de Achren son falsas -exclamó Taran-. ¡Ya tendrás ocasión de saberlo y lamentarlo, Magg!

La reina vestida de negro sonrió.

-Achren sabe cómo recompensar a quienes la sirven, al igual que sabe cómo castigar a quienes la desafíen. No habrá reino tan poderoso como el de Magg, y la gloria de Caer Colur será más grande que nunca. Su Gran Salón volverá a ser el centro de poder que domine a todo Prydain. Hasta el mismísimo Señor de Annuvin se arrodillará ante mí rindiéndome homenaje. -La voz de Achren se había convertido en un murmullo; un fuego helado parecía arder sobre sus pálidos rasgos. Sus ojos ya no veían a los compañeros, sino algo que estaba mucho más lejos que ellos-. Arawn de Annuvin temblará y suplicará clemencia. Pero su trono será hecho añicos. Yo, Achren, le enseñé los secretos del poder. Me traicionó, y ahora sufrirá mi venganza. Yo goberné Prydain antes que él, y nadie osó poner en duda mi derecho a hacerlo. Todo volverá a ser como antes. Para siempre...

-Cierto, las leyendas hablan de aquellos tiempos en que gobernaste -le dijo secamente Gwydion-, y de cómo buscaste maneras para dominar las mentes y los corazones. Atormentaste a quienes no quisieron adorarte; y aquellos que se doblegaron ante ti conocieron una vida no mucho mejor que la lenta agonía del tormento. Y también sé que exigías sacrificios humanos y que te alegraba oír los gritos de tus víctimas. No, Achren, eso no volverá a suceder. ¿Crees que esta muchacha te permitirá volver a esos tiempos?

-Me obedecerá -replicó Achren-, me obedecerá de una forma tan cierta como si tuviera su corazón latiendo en la palma de mi mano.

Los ojos de Gwydion llamearon.

-Hablas en vano, Achren. Tus palabras no pueden engañarme.
¿Pretendes gobernar mediante la princesa Eilonwy? Los hechizos de
Eilonwy siguen durmiendo y no tienes forma alguna de hacer que
despierten. El rostro de Achren se puso lívido y dio un paso hacia
atrás, igual que si la hubiera
golpeado.

-No sabes de qué estás hablando.

-¡Oh, claro que sí lo sabe! -gritó Rhun, que había estado escuchando sus palabras con una expresión de asombro en el rostro-. ¡El libro! ¡La luz dorada! ¡Están en nuestro poder y nunca te los entregaremos! -exclamó con voz de triunfo, encarándose con Achren.

18 - El Pelydryn de Oto

-¡Príncipe Rhun, silencio!

El aviso de Taran llegaba demasiado tarde. Rhun, que ya había comprendido su error, se llevó una mano a los labios; su redondo rostro se llenó de preocupación y miró a su alrededor, aturdido. Gwydion guardaba silencio, sus rasgos curtidos por la intemperie, pálidos y tensos; pero la mirada que le lanzó al infeliz príncipe de Mona no estaba cargada de reproche, sino de pena. Los hombros del príncipe Rhun se fueron encorvando; agachó la cabeza y dio media vuelta, clavando los ojos en el suelo.

Antes de que a Rhun se le escaparan aquellas palabras y mientras Gwydion había estado hablando, Taran percibió cierto temor en el rostro de Achren. Pero ese temor se

Librodot

había desvanecido y los labios de la reina se curvaron en una leve sonrisa.

-¿Creéis que deseo ocultaros la verdad, mi señor Gwydion? -le dijo-. Ya sabía que el libro de los hechizos no se encontraba en Caer Colur y he estado buscándolo durante mucho tiempo. El Pelydryn de Oro fue escondido en un lugar seguro, o quizá fue la princesa quien lo perdió, no lo sé... Cierto, lo único que necesito para llevar a cabo mis planes es tener ese par de objetos. Os ruego que aceptéis mi agradecimiento -siguió diciendo Achren-. Me habéis ahorrado una tediosa labor de búsqueda. Creo que lo mejor es que os ahorréis una considerable cantidad de dolor poniendo en mis manos esos dos objetos... ¡Ahora mismo! -ordenó secamente-. Entregádmelos.

-El príncipe de Mona ha dicho la verdad -replicó Gwydion con voz firme, escogiendo lenta y cuidadosamente sus palabras-. Hemos encontrado el libro de hechizos y la luz que puede revelarlos. Pero el resto de lo que ha dicho también es verdad: nunca los tendrás.

-Ah, ¿no? -dijo Achren-. Pero si lo único que debo hacer es alargar la mano y cogerlos.

-No los llevamos encima -respondió Gwydion-. Están bien escondidos y en un lugar al que no podrás llegar.

-Eso también puede arreglarse con facilidad -dijo Achren-. Hay formas de aflojar la lengua y hacer que hasta los secretos más profundos acaben siendo proclamados a gritos. -Miró al príncipe Rhun-. El príncipe de Mona ha hablado sin necesidad de que yo se lo pidiera. Ya volverá a hacerlo.

Rhun parpadeó, tragando saliva con un cierto esfuerzo, pero resistió la mirada de Achren.

-Si estás pensando en torturarme, puedes empezar cuando quieras -le dijo-. Será interesante ver qué eres capaz de averiguar, dado que no tengo ni la más mínima idea de dónde está el Pelydryn. -Tragó una honda bocanada de aire y cerró los ojos-. Bien, ya tienes tu respuesta. Adelante.

-Achren, mi señora, entregadme al arpista -le rogó Magg mientras Fflewddur le miraba con expresión desafiante-. Mi música le hará cantar mejor de lo que jamás lo ha hecho acompañándose con su arpa.

-Contén tu lengua, mayordomo -le dijo secamente Achren-. Puedes tener la seguridad de que estarán dispuestos a hablar mucho antes de que haya terminado con ellos.

Los dedos de Gwydion se posaron sobre la empuñadura de la espada negra. -No le hagas daño a ninguno de mis compañeros -exclamó-. Si lo haces, te juro que acabaré contigo sin importarme cuál sea el precio.

-¡Yo también voy a hacerte un juramento! -replicó Achren-. ¡Intenta oponerte a mí y la chica morirá! -Siguió hablando, ahora en voz más baja y suave-: Bien, Gwydion, ésta es la situación: vida contra vida y muerte contra muerte. ¿Qué piensas escoger?

-Si se han llevado mi juguete tienen que devolverlo -dijo Eilonwy, dando un paso hacia Achren-. No debe seguir en manos de unos desconocidos...

Taran no pudo contener un grito de pena al oír las palabras de Eilonwy. Achren, que había estado observando el rostro de cada compañero, se volvió rápidamente hacia él.

-Veo que todo esto te resulta muy desagradable, Ayudante de Porquerizo - murmuró-. El que Eilonwy te llame desconocido es muy doloroso, ¿verdad? Te hiere más cruelmente que la hoja de un cuchillo, ¿eh? Es algo todavía peor que los tormentos de esa mísera criatura que yace a tus pies. Eilonwy seguirá en su estado actual porque tal es mi voluntad. Y, sin embargo, podría devolverle su memoria. ¿Crees que una baratija dorada o un libro de hechizos que no significan nada para ti es pedir un precio demasiado alto a cambio de eso?

Achren se acercó a Taran, paralizándole con su mirada. Su voz se había convertido en un susurro; sus palabras parecían tener a Taran como único destinatario, enroscándose lentamente alrededor de su corazón.

Librodot

-¿Qué le importa a un Ayudante de Porquerizo el que yo reine o no sobre Prydain? Ni el mismísimo Gwydion puede devolverte aquello que más amas; a decir verdad, lo único que puede hacer es causar su muerte. Pero yo puedo darte su vida. Sí, ése es mi don, y sólo yo puedo concedértelo.

»Y puedo darte más, mucho más -susurró Achren-. Conmigo la princesa Eilonwy será reina. Pero ¿quién será su rey? ¿Quieres que la deje libre para que se case con un príncipe estúpido? Sí, Magg me ha contado que va a serle entregada en matrimonio al hijo de Rhuddlum.

»¿Cuál crees que será entonces el destino de un Ayudante de Porquerizo? ¿Recuperar a una princesa sólo para entregársela a otro? Dime, Taran de Caer Dallben, ¿no es justamente eso lo que estás pensando? Pues piensa también esto: Achren siempre devuelve los favores que se le hacen.

Los ojos de Achren le atravesaban igual que dagas y Taran sintió que la cabeza le daba vueltas. Sollozando, intentó que sus oídos dejaran de percibir aquellos susurros, pero no lo consiguió, y acabó tapándose el rostro con las manos.

-Habla -dijo la voz de Achren-. El Pelydryn de Oro..., el lugar donde está escondido... -¡Tendrás lo que pides!

Por un instante Taran creyó que aquellas palabras habían sido pronunciadas por su propia voz, como si ésta hubiera vencido su deseo de mantenerse callado. Y después, atónito, comprobó que no era así.

Era Gwydion quien había hablado.

El príncipe de Don tenía la cabeza echada hacia atrás, sus ojos ardían como los de un lobo y en su rostro había una ira que Taran jamás había visto antes. La voz del guerrero resonó por todo el Gran Salón, fría y áspera, despertando ecos terribles, y Taran tembló al oírla. Incluso Achren pareció sobresaltarse.

-Tendrás lo que pides -repitió Gwydion-. El Pelydryn de Oro y el libro de los hechizos están enterrados en las ruinas del muro, cerca de la puerta, y yo mismo los puse allí.

Achren permaneció en silencio durante unos instantes, contemplándole con los ojos entrecerrados.

-¿Estás mintiéndome, Gwydion? -murmuró apretando los dientes-. Si lo que has dicho no es verdad, la princesa Eilonwy morirá.

-Están allí -replicó Gwydion-. ¿Qué ocurre, no te atreves a cogerlos?

Achren le hizo una brusca seña a Magg.

-Tráelos -le ordenó. El gran mayordomo salió apresuradamente del salón, y Achren se volvió de nuevo hacia Gwydion-. Ten cuidado, príncipe de Don -murmuró con voz enronquecida-. No pongas la mano sobre tu espada. No intentes nada.

Gwydion no le respondió. Taran y los compañeros permanecían inmóviles, incapaces de hablar.

Magg volvió a entrar en el Gran Salón. Su rostro cetrino estaba cargado de una salvaje emoción y enarbolaba triunfante el Pelydryn de Oro. Corrió hacia Achren.

-¡Aquí están! -gritó-. Son nuestros.

Achren le arrebató los dos objetos. La esfera dorada se había vuelto tan opaca como el plomo: toda su belleza había desaparecido. Achren la sostuvo ávidamente en sus manos; sus ojos ardían y su sonrisa mostraba las blancas puntas de sus afilados dientes. Permaneció inmóvil durante un par de segundos, como si le costara separarse de los tesoros que había estado codiciando, y acabó depositándolos en las manos de Eilonwy.

Magg ya no podía contener por más tiempo su impaciencia. Sus dedos, convertidos en garras, acariciaron los eslabones de su cadena mientras que sus flacas mejillas temblaban y la codicia encendía sus ojillos.

-¡Mi reino! -gritó con voz estridente-. ¡Mío! ¡Pronto será mío!

Achren giró sobre sí misma y le lanzó una mirada despectiva.

Librodot

-¡Silencio! ¿Un reino, estúpido rastrero? Da gracias de que te permita conservar la vida.

Magg se quedó boquiabierto, y su rostro al oír las palabras de Achren, se volvió del mismo color que el queso mohoso. Enmudecido por el terror y la rabia, incapaz de soportar la terrible amenaza que había en los ojos de Achren, Magg fue encogiéndose sobre sí mismo.

Eilonwy tenía en su mano el libro de hechizos y lo había abierto. Había cogido el Pelydryn de Oro y lo estaba examinando con gran curiosidad. Una lucecita, que parecía un copo de nieve llameante, había empezado a cobrar forma en las profundidades de la esfera dorada. Eilonwy frunció el ceño y sus rasgos se retorcieron en una expresión muy extraña. Taran, horrorizado, la vio estremecerse violentamente y mover la cabeza de un lado para otro como si sufriera un gran dolor. Abrió los ojos al máximo y dio la impresión de que iba a hablar. Pero la voz que brotó de sus labios apenas si fue un jadeo. Y, sin embargo, en aquel fugaz momento Taran tuvo la impresión de que Eilonwy había conseguido acordarse vagamente de quién era. Quizá lo que había intentado gritar fuera su propio nombre... La joven se tambaleó como desgarrada por unas fuerzas terribles que lucharan dentro de ella.

-¡Lee los hechizos! -le ordenó Achren. Y, poco a poco, la luz del Pelydryn se fue haciendo más potente. Todo el Gran Salón empezó a vibrar con un tenue y confuso murmullo, como si el viento hubiera adquirido la capacidad de hablar y estuviera suplicando, exigiendo, dando órdenes... Hasta las mismísimas piedras de Caer Colur parecían capaces de hablar.

-¡De prisa! ¡De prisa! -gritó Achren.

Y, sintiendo una repentina oleada de esperanza, Taran se dio cuenta de que Eilonwy estaba luchando contra el poder que la tenía prisionera. La angustiada joven se hallaba ahora en un lugar donde las amenazas de Achren ya no podían alcanzarla, un sitio donde ninguno de los compañeros podría ayudarla.

Su solitario combate llegó a un brusco final. Eilonwy alzó la esfera dorada y acercó su luz a las páginas vacías. Taran dejó escapar un grito de desesperación.

El Pelydryn de Oro llameó con una potencia nunca vista, y Taran levantó la mano para protegerse los ojos. El Gran Salón se inundó de luz. Gurgi se echó al suelo y se tapó la cabeza con sus velludos brazos. Los compañeros retrocedieron, atemorizados. Y de repente Eilonwy arrojó el libro a las losas del suelo. De las páginas brotó una nube escarlata que se fue convirtiendo en una cortina de fuego tan inmensa que llegaba hasta el techo abovedado del Gran Salón. El libro de hechizos estaba consumiéndose en las llamas que él mismo había creado, pero el fuego no disminuía sino que se hacía cada vez más fuerte, rugiendo y crujiendo, dejando de ser escarlata para adquirir una cegadora claridad blanca. Las marchitas páginas giraron en un torbellino llameante, bailando en el corazón del incendio, y mientras lo hacían las voces susurrantes de Caer Colur, derrotadas, empezaron a gemir. Los cortinajes escarlata de la pequeña estancia se agitaron locamente, devorados por la columna de fuego. El libro se había esfumado, pero las llamas seguían creciendo y creciendo, como si nada pudiera calmar su apetito.

Achren estaba gritando en un frenesí de rabia, su rostro retorcido en una mueca de furia y desesperación. Y Eilonwy, con el Pelydryn de Oro entre sus dedos, se fue encogiendo sobre sí misma y cayó al suelo.

19 - La inundación

Gwydion dio un paso hacia adelante.

-¡Tu poder ha llegado a su fin, Achren! -gritó.

La reina se tambaleó con el rostro lívido, giró sobre sus talones y huyó del Gran Salón lanzando chillidos de rabia. Taran corrió hacia Eilonwy y, olvidándose de las

Librodot

llamas, intentó levantar el lacio cuerpo de la joven. Gwydion corrió en pos de Achren. El bardo le siguió con la espada desenvainada. Magg se había esfumado. Gurgi y el príncipe Rhun corrieron hacia Taran para ayudarle. Fflewddur volvió cuando apenas si habían pasado unos segundos. Tenía el rostro gris como las cenizas.

-¡La araña pretende ahogarnos! -gritó-. ¡Magg le ha abierto las puertas al mar!

Y dominando el grito del bardo Taran oyó el trueno de las olas. Caer Colur tembló. Colocó a la inconsciente Eilonwy sobre su hombro y avanzó tambaleándose por entre los escombros. Kaw trazaba círculos frenéticos sobre las torres. Fflewddur les gritaba a los compañeros que avanzasen hacia la entrada, el único sitio desde donde podían tener esperanzas de llegar al bote. Taran le siguió con el tiempo justo de ver, desesperado, cómo las grandes puertas de hierro y madera eran casi arrancadas de sus goznes por los embates del agua. Las puertas acabaron abriéndose, y la marea de agua espumeante se lanzó sobre la isla igual que una bestia famélica.

Más allá de los muros se veía el barco de Achren, con el mástil torcido y las velas agitándose bajo el viento, flotando sobre una gran ola. Los guerreros supervivientes se aferraban a los costados de la embarcación, esforzándose por trepar a ella. Magg estaba de pie en la proa, su rostro deformado por el odio, agitando el puño mientras contemplaba la destrucción de la fortaleza. Los restos del bote de Gwydion giraban locamente entre el oleaje, y Taran supo que con él habían perdido su único medio de escape.

Los muros exteriores se derrumbaron bajo el primer impacto del mar. Los bloques de piedra temblaron empezando a desmoronarse. Las torres de Caer Colur se tambalearon y el suelo osciló bajo los pies de Taran.

La voz de Gwydion se alzó por encima del estruendo, dominándolo. -
¡Salvaos! ¡Caer Colur va a ser destruida! ¡Apartaos de las paredes si no
queréis que os aplasten!

Taran vio que el príncipe de Don había trepado al punto más alto del baluarte hacia el que había huido Achren. Logró alcanzarla, e intentó llevársela de allí y salvarla del derrumbe, pero Achren se resistía, golpeándole y arañándole el rostro. Sus alaridos y maldiciones resonaban claramente dominando el ruido de las olas. Gwydion perdió el equilibrio y cayó al suelo mientras que el baluarte se hacía pedazos.

El último fragmento de muro que servía de barrera a las aguas acabó cediendo a sus embates. Una cortina de agua sibilante cubrió el cielo. Taran agarró con más fuerza a Eilonwy. Las olas se abatieron sobre ellos, arrastrándoles. Taran sintió como la espuma salada entraba por su garganta, y el implacable asalto de las aguas casi logró arrancarle de los brazos a la joven inconsciente. Luchó por emerger a la superficie mientras la isla se partía en dos, creando un torbellino que intentaba arrastrarle consigo. Taran luchó contra las aguas, sujetando desesperadamente a Eilonwy, y cuando logró librarse del torbellino se encontró a merced de las olas, que le arrojaban de un lado para otro igual que si fueran caballos salvajes imposibles de controlar.

Giró sobre sí mismo y el mar siguió golpeándole, arrebatándole las fuerzas y el aliento. Pero aún no había perdido la esperanza, pues el oleaje coronado de blanca espuma parecía estar llevándoles, a él y a su frágil carga, cada vez más cerca de la orilla. Aturdido y medio cegado por las aguas verdinegras, Taran logró distinguir fugazmente la playa y las últimas rompientes. Agitó su brazo libre, intentando nadar, pero aquel último es fuerzo hizo que su debilitado organismo le traicionara y Taran se hundió en la oscuridad.

Taran despertó bajo un cielo grisáceo. El gruñido que resonaba en sus oídos no era el del oleaje. Dos inmensos ojos amarillos le devolvieron la mirada. El gruñido se hizo más fuerte. Un chorro de aire cálido le bañó la cara. Cuando pudo ver más claramente distinguió unos dientes muy afilados y un par de orejas peludas. Presa de confusión, se

Librodot

dio cuenta de que estaba tumbado sobre su espalda y que Llyan estaba junto a él, con una enorme zarpa acolchada reposando sobre su pecho. Lanzó un grito de alarma y luchó por liberarse.

-¡Hola, hola!

Y un instante después vio inclinarse sobre él al príncipe Rhun, con una gran sonrisa en su redondo rostro. Fflewddur se encontraba junto a él. El bardo estaba tan empapado como Rhun, y fragmentos de algas colgaban de su amarilla cabellera.

-Calma, calma -le dijo Fflewddur-. Llyan no pretende hacerte daño. Sólo quiere demostrar que te aprecia, aunque a veces tiene formas bastante extrañas de mostrar su afecto. -Dio unas palmaditas en la gran cabeza de la gata y le rascó por debajo de sus potentes mandíbulas-. Vamos, Llyan -le dijo-, sé buena... No te subas encima de mi amigo; todavía no se ha recuperado del todo. Pórtate bien y te cantaré algo tan pronto como las cuerdas de mi arpa se hayan secado.

Fflewddur se volvió nuevamente hacia Taran.

-Tenemos mucho que agradecerle. De hecho, debemos agradecérselo todo... Llyan nos fue sacando de las aguas después de que el oleaje acabara arrastrándose hasta aquí. Si no hubiera sido por ella, me temo que aún seguiríamos en el mar.

-Fue realmente asombroso -dijo el príncipe Rhun-. Estaba seguro de que me había ahogado, ¡y lo extraño es que me sentía igual que antes!

-Debo confesar que cuando recuperé el conocimiento y vi a Llyan me llevé un buen susto -dijo Fflewddur-. Tenía mi arpa entre sus patas, como si apenas pudiera esperar a que me despertara y volviese a tocar. ¡Mi música la vuelve loca! Por eso nos siguió hasta aquí. ¡Y, Gran Belin, me alegro de que lo hiciera! Pero creo que finalmente ha logrado entender que hay un tiempo y un lugar para cada cosa. La verdad es que ha estado portándose muy bien -añadió, mientras Llyan empezaba a frotarse la cabeza contra él con tal vigor que el bardo apenas si pudo conservar el equilibrio.

-¿Dónde están los demás? -le preguntó Taran, muy preocupado.

-Me temo que a Kaw no hay forma de encontrarle. Gurgi ha ido a buscar madera para encender una hoguera -replicó el bardo-. Pobre criatura, sigue teniéndole terror a Llyan... Pero ya se acostumbrará. La verdad es que me he encariñado bastante con ella. Encontrar buenos oyentes es francamente difícil, y creo que me quedaré con ella. O -añadió, mientras Llyan le pasaba los bigotes por el cuello y abrazaba al bardo con sus potentes patas-, quizá sería más adecuado decir que es ella quien ha decidido quedarse conmigo...

-¿Y Eilonwy, y Gwydion? -le preguntó Taran.

Toda la jovialidad del bardo se esfumó de repente.

-Sí, bueno... -murmuró-. Están aquí. Gwydion ha hecho cuanto ha podido.

Taran se puso de pie, cada vez más asustado. Gwydion estaba junto a unos peñascos, arrodillado ante dos cuerpos inmóviles. Taran fue tambaleándose hacia él. Gwydion alzó los ojos al oírle venir, el rostro lleno de preocupación.

-Eilonwy vive -dijo respondiendo a la pregunta que ardía en los ojos de Taran-. Aparte de eso..., no puedo decirte nada más. Pero hay algo que sí sé: Achiren ya ha dejado de controlarla.

-Achren... Entonces, ¿Achren ha muerto? -le preguntó Taran, contemplando aquella figura vestida de negro.

-Achren también vive -le respondió Gwydion-, aunque por ahora se encuentra suspendida entre la vida y la muerte. Pero su poder ha desaparecido. Ésta es la solución del enigma, aunque no pude saberlo hasta que no me enfrenté a ella en el Gran Salón. Al principio no estuve seguro. Cuando comprendí que estaba realmente decidida a morir antes de perder su control sobre Eilonwy, supe que ya no le quedaba ningún poder mágico y que sólo era capaz de utilizar unos cuantos hechizos menores. Lo leí en sus ojos y en su voz. Su estrella empezó a apagarse en cuanto se separó del Señor de

Librodot

Annuvin.

»Los hechizos de Caer Colur eran su última esperanza. Ahora han desaparecido y Caer Colur se ha fundido en el fondo del mar -añadió Gwydion-. Ya no hace falta que sigamos teniéndole miedo a Achren.

-Yo aún la temo -dijo Taran-, y jamás olvidaré Caer Colur. Achren me reveló la verdad -siguió diciendo en voz baja-. Sentí que no tenía fuerzas para seguir escuchándola ni un segundo más... Temí que acabaría diciéndole dónde estaba escondido el Pelydryn..., y mi única esperanza era que me matarais antes de que hablara. Pero -añadió Taran, perplejo- vos mismo le revelasteis dónde estaba.

-Era un riesgo que debía correr -replicó Gwydion-. Tenía ciertas sospechas sobre cuál era la auténtica naturaleza del juguete de Eilonwy; dado que sólo él podía revelar los hechizos, su poder era lo único que podía destruirlos. Era la única forma de que Eilonwy quedara libre. En cuanto al precio que debería pagar por ello, no tenía forma alguna de saberlo. Ay, me temo que Eilonwy ha sufrido mucho, quizá demasiado...

-¿No podemos hacer que despierte? -murmuró Taran. -No la toques -dijo Gwydion-. Tiene que despertar por sí misma. Lo único que podemos hacer es aguardar y no perder las esperanzas.

Taran agachó la cabeza.

-Habría dado mi vida para protegerla y lo haría ahora mismo si con ello pudiera ahorrarle todo este sufrimiento. -Sonrió con amargura-. Achren me preguntó cuál sería el destino de un Ayudante de Porquerizo, ¿verdad? Yo mismo me he hecho esa pregunta en más de una ocasión. Ahora me doy cuenta de que la vida de un Ayudante de Porquerizo tiene muy poca importancia y apenas sirve de nada. No sirve ni para ofrecerla a cambio de otra vida...

-No creo que el príncipe Rhun opine lo mismo que tú -le dijo Gwydion-. De no ser por ti, seguiría perdido y en peligro mortal.

-Le hice un juramento al rey Rhuddlum -replicó Taran-. He mantenido mi promesa.

-Y de no haber hecho ese juramento, ¿acaso no habrías actuado igual? -le preguntó Gwydion.

Taran guardó silencio durante unos segundos y acabó asintiendo.

-Sí, creo que sí. Estaba atado por algo más que mi juramento. Rhun necesitaba mi ayuda, igual que yo la suya. -Se volvió hacia Gwydion-. También recuerdo que un príncipe de Don supo auxiliar a un Ayudante de Porquerizo más bien estúpido. Por lo tanto, ¿no es justo que ahora sea un Ayudante de Porquerizo quien ayude a un príncipe?

-Tanto da que seas príncipe o porquerizo -le dijo Gwydion-, eso es algo propio de la naturaleza humana. Los destinos de los hombres están unidos entre sí, y darles la espalda a esos destinos es tan imposible como huir del tuyo propio.

-Y tú, Gwydion, mi señor, me has impuesto un destino muy cruel -dijo la voz de Achren.

La figura vestida de negro se había puesto en pie. Achren se agarró a las rocas para no caer. Su rostro, medio oculto por su capa, estaba pálido y ojeroso, y sus labios se habían puesto lívidos.

-La muerte habría sido mejor que esto. ¿Por qué me la niegas?

La reina, perdida su altivez anterior, alzó la cabeza y Taran se encogió sobre sí mismo. Durante un breve segundo vio como en sus ojos volvía a brillar el orgullo y la furia.

-Me has destruido, Gwydion -exclamó Achren-. ¿Esperas acaso ver cómo me arrastro a tus pies? Dices que he perdido todos mis poderes. -Achren dejó escapar una áspera carcajada-. No, aún me queda un último poder.

Y entonces Taran vio que en su mano sostenía una rama medio podrida por las aguas. Alzó la rama y Taran dio un respingo de sorpresa al ver como sus contornos se hacían borrosos. Y, de repente, la rama se convirtió en una daga.

Librodot

Achren lanzó un grito de triunfo y se dispuso a hundirla en su propio pecho. Gwydion saltó sobre ella, cogiéndola por las muñecas. Achren se debatió, pero Gwydion logró arrancarle la daga, que volvió a convertirse en una rama podrida. Gwydion la partió en dos, arrojando los fragmentos a lo lejos. Achren, sollozando, se dejó caer sobre la arena.

-Tus hechizos siempre han sido hechizos de muerte -le dijo Gwydion. Se arrodilló junto a ella y le puso una mano en el hombro-. Achren, debes buscar la vida, y no la muerte.

-¿Qué vida puedo tener salvo la de una exiliada? -grito Achren, apartándose de él-. Déjame en paz.

Gwydion asintió.

-Encuentra tu propio camino, Achren -le dijo en voz baja-. Y si ese camino acaba llevándote a Caer Dallben, hay una cosa que debes saber: Dallben no te cerrará las puertas.

El cielo se había llenado de nubes, y aunque pasaba muy POCO del mediodía los acantilados de la costa estaban volviéndose de color púrpura, igual que en el ocaso. Gurgi había hecho una hoguera, y los compañeros, silenciosos, se instalaron junto a ella, cerca de Eilonwy, que seguía dormida. Achren, envuelta en su capa, estaba agazapada un poco más lejos, inmóvil.

Taran había pasado toda la mañana junto a Eilonwy. El temor de que no despertara nunca, o de que si despertaba siguiera como antes, sin conocerle, hicieron que no lograra descansar. Ni Gwydion podía decir cuan grave era el daño que había sufrido Eilonwy ni cuánto tardaría en recuperarse de él.

-No te desanimes -le dijo Gwydion-. El sueño será más beneficioso para su espíritu que cualquier poción que yo pudiera darle.

Eilonwy se agitó, inquieta. Taran se levantó de un salto. Gwydion puso una mano sobre su brazo y, amablemente, hizo que volviera a sentarse. Los párpados de Eilonwy se movieron levemente. Gwydion, muy serio, la vio abrir los ojos y alzar lentamente la cabeza.

20 - La prenda

La princesa se incorporó, contemplando a los compañeros con una cierta curiosidad.

-Eilonwy -murmuró Taran-, ¿nos conoces?

-Taran de Caer Dallben -dijo Eilonwy-. Sólo un Ayudante de Porquerizo sería capaz de hacer semejante pregunta. Por supuesto que te conozco. Lo que no entiendo es qué hago en esta playa, calada hasta los huesos y llena de arena.

Gwydion sonrió.

-La princesa Eilonwy ha vuelto a nosotros.

Gurgi lanzó un grito de alegría y un instante después Taran, Fflewddur y el príncipe Rhun empezaron a hablar al unísono. Eilonwy se tapó los oídos con las manos.

-¡Basta, basta! -chilló-. Estáis consiguiendo que me dé vueltas la cabeza... ¡Escucharos es peor que intentar contarse los dedos de las manos y de los pies al mismo tiempo!

Los compañeros se obligaron a guardar silencio durante un rato mientras Gwydion le contaba rápidamente todo lo que había sucedido. Cuando hubo terminado, Eilonwy meneó la cabeza.

-Veo que os habéis divertido mucho más que yo -dijo, rascando la barbilla de Llyan mientras la inmensa gata ronroneaba de placer-. Sobre todo porque apenas si recuerdo nada.

«Lástima que Magg escapara -siguió diciendo Eilonwy-. Ojalá estuviese aquí. Tengo unas cuantas deudas pendientes con él. Cuando iba a desayunar esa mañana, Magg apareció por uno de los pasillos, me dijo que acababa de suceder algo muy grave y que

Librodot

debía ir con él sin perder ni un momento.

-Si pudiéramos haberte prevenido... -empezó a decir Taran.

-¿Prevenirme? -replicó Eilonwy-. ¿Te refieres a Magg? Oh, nada más verle supe que ese tipo tramaba algo.

Taran la miró, boquiabierto.

-Y aun así, ¿fuiste con él?

-Naturalmente -dijo Eilonwy-. De lo contrario, ¿cómo hubiera podido averiguar qué tramaba? Estabas tan ocupado durmiendo delante de mi habitación y amenazándome con eso de ponerme centinelas... Sabía que razonar contigo no serviría de nada.

-No seas tan duro con él -le dijo Gwydion, sonriendo-. Sólo quería protegerte. Tenía órdenes mías.

-Sí, ya lo comprendo -dijo Eilonwy-, y pronto empecé a desear que estuvierais conmigo. Pero a esas alturas ya era demasiado tarde. Apenas salimos del castillo, Magg me ató. ¡Y me amordazó! ¡Eso fue lo peor de todo! ¡No podía pronunciar ni una sola palabra!

«Pero eso hizo que sus planes acabaran saliendo mal -siguió diciendo-. Magg se escondió en las colinas hasta que el grupo de búsqueda nos hubo dejado atrás. Después me llevó al bote. Puedo aseguraros que tendrá las espinillas amoratadas durante bastante tiempo... Y entonces fue cuando perdí mi juguete. Como estaba amordazada, no pude hacerle entender que quería recuperarlo.

«Aunque le estuvo bien empleado. Cuando vio que no lo llevaba encima, Achren se puso muy furiosa. Le echó la culpa a Magg y me sorprende que no le hiciera cortar la cabeza en ese mismo instante. A mí me trató con mucha dulzura y consideración, por lo que en seguida supe que planeaba hacerme algo muy desagradable.

«Después de eso -continuó Eilonwy-, Achren arrojó un hechizo sobre mí, y ya no recuerdo gran cosa. Hasta que volví a tener en las manos mi juguete, claro está. Entonces..., entonces ocurrió algo muy extraño. Su luz me permitió veros a todos.
Realmente, no es que os viera con los ojos, sino con mi corazón. Supe que deseabais que destruyera los hechizos. Y yo también lo deseaba tanto como vosotros.

«Aun así, era como si mi mente estuviera partida en dos mitades. Una de ellas, quería destruir los hechizos y otra no quería renunciar a ellos. Sabía que era mi única ocasión de convertirme en hechicera, y si renunciaba a mis poderes no volvería a tener esperanza de recuperarlos. Supongo -le dijo en voz baja a Taran-, que me sentí igual que tú en los pantanos de Morva, hace mucho tiempo, cuando tuviste que decidir si renunciabas al broche mágico de Adaon.

»El resto no fue muy agradable -y su voz estuvo a punto de quebrarse-. Yo... Bueno, prefiero no hablar de eso. -Guardó silencio durante unos momentos. Luego añadió-.- Ahora ya nunca podré ser hechicera. No me queda otro remedio que aprender a ser una joven normal y corriente.

-Creo que puedes enorgullecerte de eso -le dijo Gwydion con afabilidad-. Tu sacrificio ha impedido que Achren conquistara Prydain. Te debemos algo más que nuestras vidas.

-Me alegra que el libro de hechizos acabara quemándose -dijo Eilonwy-, pero siento mucho haber perdido mi juguete. Estoy segura de que ahora debe andar flotando en alta mar... -Suspiró-. Bueno, eso ya no tiene remedio. Pero lo echaré de menos.

Y, mientras Eilonwy hablaba, Taran vio algo que se movía contra la oscuridad grisácea del cielo. Se levantó de un salto. Era Kaw, y venía hacia ellos a toda velocidad.

-¡Ahora ya estamos todos reunidos! -exclamó Fflewddur.

Llyan irguió las orejas y sus largos bigotes se estremecieron, pero no intentó saltar sobre el cuervo. En vez de ello, tomó asiento sobre sus cuartos traseros y ronroneó cariñosamente al ver a su antiguo enemigo.

Kaw revoloteó sobre Eilonwy, con las plumas revueltas, sucias y hechas un desastre.

Librodot

Pese a su penoso aspecto, no paraba de graznar y chillar, chasqueando el pico como si estuviera terriblemente satisfecho de sí mismo.

-Juguete! -graznó Kaw-. Juguete!

Y el Pelydryn de Oro cayó de sus garras para aterrizar en las manos de Eilonwy.

Gwydion había decidido que los compañeros debían descansar hasta el alba, pero el príncipe Rhun estaba impaciente por volver a Dinas Rhydnant.

-Hay mucho que hacer -dijo-. Me temo que hemos permitido que Magg se ocupara de asuntos que deberíamos atender nosotros mismos. Ser príncipe es más complicado de lo que pensaba. Eso es algo que he aprendido gracias a un Ayudante de Porquerizo -añadió, estrechándole la mano a Taran-, y gracias a todos vosotros. Y aún me falta conocer gran parte de Mona. Si tengo que ser rey, debo asegurarme de que la conozco toda. Aunque espero verla de una forma un poco distinta a como la veo ahora... Por eso, y si no os importa, me gustaría que nos marcháramos en seguida.

Gurgi no tenía ningún deseo de quedarse por más tiempo cerca de Caer Colur, y Fflewddur apenas si podía contener su impaciencia por mostrarle a Llyan el nuevo hogar que la aguardaba en su reino. Eilonwy insistió en que estaba plenamente restablecida y podía viajar, y Gwydion acabó accediendo a que partieran sin más dilación. Y también accedió a pasar por la caverna para ver qué tal le iba todo a Glew, pues Taran seguía queriendo mantener la promesa que le había hecho al desdichado gigante.

El grupo de viajeros se preparó para abandonar la orilla. Achren, que había acabado consintiendo en acompañarles hasta Caer Dallben, caminaba lentamente, sumida en sus propios pensamientos, mientras Llyan no paraba de corretear y jugar con el bardo y Kaw se divertía haciendo piruetas por el cielo.

Eilonwy se había acercado un momento hasta donde rompían las olas. Taran, que la había seguido, permaneció inmóvil mientras ella observaba el movimiento de las aguas.

-Pensé que debía echarle una última mirada a Caer Colur -dijo Eilonwy-, sólo para acordarme del sitio en que está. O, para ser más exactos, del sitio en que ya no está... Casi me da pena que haya desaparecido. Aparte de Caer Dallben, fue el único hogar que he conocido.

-Cuando te encuentres sana y salva en Dinas Rhydnant me marcharé de Mona -dijo Taran-. Tenía la esperanza de que quizá, después de todo lo que te ha sucedido..., pensé que quizá volvieras con nosotros. Pero Gwydion está seguro de que Dallben quería que te quedaras aquí. Supongo que tiene razón. Casi me parece oír a Dallben: que te rescaten no tiene nada que ver con que te eduquen.

Eilonwy guardó silencio durante unos segundos y luego se volvió hacia Taran y dijo:

-Cuando estaba en Caer Colur me acordé de otra cosa: Dallben dijo que llega un momento en el cual debemos ser más de lo que somos. Quizá sea cierto que convertirse en una joven dama tenga más importancia que ser una hechicera, no lo sé... Tal vez se refería a eso. Tendré que descubrirlo por mí misma.

“Por lo tanto, si he de aprender a comportarme como una joven dama, y suponiendo que haya alguna diferencia entre eso y lo que ya soy ahora -siguió diciendo Eilonwy-, intentaré aprender dos veces más de prisa que esas gallinas tontas de Dinas Rhydnant y así podré volver a casa el doble de rápido, porque ahora Caer Dallben es mi único hogar...

»Oh, ¿qué es esto? -exclamó Eilonwy-. ¡El mar nos ha hecho un regalo!

Se arrodilló en la arena y de entre las olas extrajo un objeto cubierto de algas. Lo limpió y Taran pudo ver que se trataba de un antiguo cuerno de batalla, con la punta y la embocadura incrustadas de plata.

Eilonwy lo sostuvo en sus manos, contemplándolo con expresión pensativa.

-Es cuanto queda de Caer Colur -dijo, sonriendo con tristeza-. No tengo ni idea de

Librodot

para qué puede servir ahora, y nunca lo sabré. Pero si prometes no olvidarme hasta que nos encontremos de nuevo, yo prometo no olvidarme de ti. Y este cuerno servirá como prenda de mi promesa.

-Pues claro que te lo prometo -le dijo Taran, y no supo qué otra cosa añadir-. Pero ¿qué prenda puedo darte yo? No tengo ninguna, aparte de mi palabra.

-¿La palabra de un Ayudante de Porquerizo? -le preguntó Eilonwy-. Creo que servirá. Anda, toma el cuerno. Dar regalos es mucho más agradable que decir adiós.

-Pero tenemos que decirnos adiós -replicó Taran-. Ya sabes que el rey Rhuddlum y la reina Teleria quieren que te cases con el príncipe Rhun.

-¡Oh, claro! -exclamó Eilonwy-. Bueno, pues te aseguro que no lo conseguirán. Eso de que la gente tome decisiones por ti tiene su límite, ¿no te parece? Rhun ha mejorado mucho, desde luego; creo que este viaje es lo mejor que le ha ocurrido en toda su existencia, y algún día hasta es posible que llegue a convertirse en un rey bastante respetable. Pero en cuanto a casarme con él... -No llegó a completar la frase. Le miró-. ¿Acaso pensaste seriamente ni por un momento que yo...? Taran de Caer Dallben -exclamó con voz irritada, echando chispas por los ojos-, ¡no pienso volver a dirigirte la palabra!

»Al menos -se apresuró a añadir-, no durante cierto tiempo.

FIN

Librodot

Librodot